

DESEO



MAUREEN CHILD

EL PLACER MÁS DULCE

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Estaba enamorada de su jefe y, por su propio bien, tenía que dejar el trabajo.

Sin embargo, la vida tenía otros planes, porque, justo cuando Sadie Matthews estaba presentándole la renuncia a Ethan Hart, el consejero delegado de la empresa en la que trabajaba, él recibió por sorpresa la tutela de una niña de seis meses. Sadie no podía dejar a Ethan solo en aquel trance, pero compartir aquella situación tan cercana con él significaba que podía saltar una chispa escondida entre ellos...

Capítulo Uno

—**Y**a hemos hablado de esto.

Ethan Hart se recostó en el respaldo de la silla y miró a su hermano menor, que estaba al otro lado del escritorio, con los ojos entrecerrados. Sentía exasperación. ¿Cuántas veces tenían que pasar por aquello? Una vez más, Ethan se preguntó si tener a su hermano pequeño en la junta era buena idea.

Gabriel Hart se levantó de la butaca y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No, Ethan. No hemos hablado de nada. Tú has dado órdenes, que no es lo mismo.

Ethan miró a su hermano con una ceja enarcada.

—Pues, si recuerdas tan bien nuestra última conversación, me pregunto por qué has venido a intentar repetirla.

—Porque, por muy obcecado que seas, no pierdo la esperanza de poder comunicarme contigo.

—¿Que yo soy obcecado? Eso tiene gracia, viniendo de ti —dijo Ethan, agitando la cabeza.

—Estoy intentando hacer algo importante, no solo para mí, sino para toda la empresa.

Ethan sabía que su hermano estaba convencido de ello. Gabriel siempre había sido el que intentaba poner en práctica ideas nuevas y arriesgadas. Eso no era ningún problema para él, pero ¿para la empresa? No valía la pena hacer peligrar la reputación que se habían labrado durante generaciones por el mero hecho de probar algo nuevo.

Aquella era una antigua discusión. Desde que Gabe había ocupado su puesto en la fábrica de chocolates de la familia Hart, los dos estaban enfrentados. Y a Ethan le dolía, porque siempre habían estado unidos. Sin

embargo, él era quien estaba a cargo de la empresa, y él era quien tenía la última palabra. Gabriel tendría que acostumbrarse y aceptarlo.

Se puso de pie y se volvió hacia su hermano.

—Gabe, lo cierto es que hemos vendido quince millones de kilos de chocolate el año pasado. La empresa va bien y no es necesario correr ningún riesgo.

—Demonios, Ethan, nuestro bisabuelo fundó esta empresa y la llevó a lo más alto corriendo riesgos.

—Es cierto. Joshua Hart fue quien fundó la empresa —respondió Ethan con tirantez—. Y, después, cada generación ha sabido mantener una reputación impecable. Somos una de las cinco chocolateras más importantes del mundo. ¿Por qué iba a querer arriesgarme en este momento?

—Para ser el número uno —replicó Gabe. Con una evidente frustración, se pasó la mano por el pelo negro—. Los tiempos cambian, Ethan. Los gustos cambian. Podemos seguir haciendo el mismo chocolate de gran calidad y, al mismo tiempo, aumentar la oferta de sabores y texturas. Así atraeríamos a clientes más jóvenes que permanecerán con nosotros durante décadas.

Ethan miró a su hermano y sintió afecto e irritación. Las cosas siempre habían sido así entre ellos. Él siempre había cuidado de su hermano pequeño, que era el salvaje, el que quería probar cosas nuevas, ver lugares nuevos. Siempre estaba dispuesto a correr riesgos y él había tenido que rescatarlo en más de una ocasión. Y eso estaba bien, hasta que llegaba el momento de ocuparse de la empresa. En ese ámbito, él no iba a cuestionar tradiciones que habían convertido una fábrica de chocolates familiar en un gigante mundial.

—Si quieres fundar tu propia empresa —le dijo Ethan, suavemente— y vender chocolate con orégano, o lo que sea, hazlo. Heart Chocolates va a seguir en la cima dándoles a nuestros clientes exactamente lo que quieren y esperan de nosotros.

—Muy seguro —replicó Gabe, agitando la cabeza—. Y aburrido.

Ethan dio un resoplido.

—¿El éxito es aburrido? Sabemos lo que funciona, Gabe. Siempre lo hemos sabido.

Gabe se apoyó con ambas manos en el escritorio de Ethan.

—Soy parte de esta empresa, Ethan. Somos hermanos. Este es el negocio familiar. Papá nos lo dejó a los dos. Y quiero participar en las decisiones que se tomen.

—Tú tienes voz y voto —respondió Ethan, cada vez más irritado.

—Pero tú tienes la última palabra.

—Claro que sí. Los dos heredamos la empresa, pero yo la dirijo.

Ethan miró a su hermano a los ojos. La ira le había formado un nudo en el estómago, pero trató de calmarse. Entendía lo que sentía Gabriel: su hermano quería dejar huella en la empresa familiar. Pero eso no significaba que él fuera a arriesgar todo lo que habían construido por las ideas de su hermano. Ciertamente, podían ofrecer nuevos sabores, bombones nuevos con rellenos extraños que serían lo opuesto a todos sus valores tradicionales. Sin embargo, eso no iba a interesar a sus clientes actuales, porque ellos sabían lo que querían y contaban con que Heart Chocolates se lo proporcionara.

—No vas a permitir que lo olvide nunca, ¿verdad?

Gabriel se apartó del escritorio y se metió las manos en los bolsillos.

—Mira, Gabe, entiendo qué es lo que quieres hacer, pero mi responsabilidad es proteger la reputación de la empresa que forjaron las anteriores generaciones.

—¿Y crees que yo quiero destruirla? —preguntó su hermano con asombro.

—No. Simplemente, me parece que no estás sopesando bien todas las consecuencias que tendría desarrollar esta idea.

Ethan había perdido la paciencia. Trató de enfocarlo desde un ángulo distinto.

—Si ofreciéramos un surtido nuevo de bombones con la esperanza de conseguir más clientes, estaríamos obligados a lanzar una gran campaña publicitaria, aparte de la que ya tenemos en marcha.

—Pam dice que la campaña podría incluirse en la que estamos usando ahora.

Ethan enarcó una ceja.

—Pam, ¿eh? ¿Y quién es Pam?

Gabriel respiró profundamente y suspiró, como si se arrepintiera de haberla mencionado.

—Pam Cassini —dijo—. Es muy inteligente. Está montando su propia agencia de relaciones públicas y tiene muy buenas ideas.

—Y te estás acostando con ella —dijo Ethan. ¿Acaso era aquella la explicación del nuevo intento de Gabe por cambiar las cosas? ¿Estaba su última novia detrás de todo aquello?

—¿Y qué tiene que ver?

Antes de que pudiera responder, alguien llamó a la puerta. Sadie Matthews, su secretaria, se asomó al despacho. Los miró a los dos con sus enormes ojos azules y preguntó:

—¿Ha terminado la guerra?

—Ni de lejos —respondió Gabe.

Ethan frunció el ceño.

—¿De qué se trata, Sadie?

—Los gritos se oyen por toda la planta —dijo la secretaria. Entró en el despacho y cerró la puerta.

Ethan la miró fijamente, con dureza.

Sadie llevaba cinco años en el puesto de secretaria de dirección. Era alta, tenía el pelo rubio, rizado y corto, y los ojos azul oscuro. Parecía que siempre estaba a punto de sonreír. Era eficiente, guapa, inteligente y sexy, pero estaba fuera de los límites. Durante aquellos años, había tenido que aprender a no reaccionar como lo hubiese hecho si no trabajara para él. No era fácil. Cualquier hombre caería de rodillas con solo ver sus curvas. Su boca era toda una tentación, y tenía un brillo de rebeldía en los ojos que siempre le había interesado. Alguna vez se había planteado despedirla para poder insinuarse, pero era demasiado buena en su trabajo.

Ella caminó hacia su escritorio mientras decía:

—De hecho, he oído a un par de personas hacer una apuesta sobre cuál de los dos iba a ganar este asalto.

—¿Quién? —preguntó Ethan, mirando a su hermano.

—No voy a decirlo —respondió ella.

—Qué demonios, Sadie... Ella lo ignoró y miró a Gabriel.

—El nuevo distribuidor está esperando en tu despacho. Si lo prefieres, le digo que no puedes acudir a la reunión porque estás en plena batalla con tu hermano...

Gabriel apretó los dientes, pero asintió.

—De acuerdo. Voy ahora mismo —dijo. Después, miró a su hermano—. Pero esto no ha terminado, Ethan.

—Ya me lo imaginaba —respondió él con un suspiro.

Cuando Gabriel se marchó, Ethan preguntó:

—¿Has apostado por mí?

Ella sonrió.

—¿Cómo sabes que apostado?

—Eres demasiado lista como para no apostar por mí.

—Vaya, un cumplido para mí y unas palmaditas en la espalda para ti, y todo al mismo tiempo. Impresionante.

—¿Está el distribuidor en el despacho de Gabe o lo has hecho solo para interrumpir la discusión?

—Está en el despacho de verdad —respondió ella, mientras se acercaba al ventanal—. Pero yo quería que la discusión acabara, así que me habría inventado algo.

—Me está volviendo loco —dijo Ethan.

Se giró y fue hacia el ventanal, que tenía vistas al océano Pacífico. Se detuvo al lado de Sadie y observó el mar. El mes de enero podía ser frío y gris en el sur de California, pero, en invierno, el mar tenía su propia magia. El agua estaba tan oscura como el cielo y las olas rompían sin cesar en la orilla. Los surfistas nadaban sobre las tablas a la espera de la ola perfecta, y había algunos barcos con velas de colores navegando. Una escena como aquella, normalmente, le habría proporcionado calma. Sin embargo, la situación con Gabe era cada vez más irritante para él.

—Sigue empeñado en hacer cambios en la gama de bombones —le dijo a Sadie—. Y ahora está con una mujer que le ayuda a llevar a cabo su campaña.

—No es una idea completamente descabellada —dijo ella encogiéndose de hombros.

Él la miró fijamente.

—Tú también, no, por favor.

Sadie se encogió de hombros otra vez.

—Los cambios no siempre son malos, Ethan.

—Según mi experiencia, sí —dijo él. La tomó por los hombros e, ignorando el salto que le dio el corazón en el pecho, la giró para que lo mirara de frente. Entonces, la soltó y, antes de retroceder un paso, añadió—: La gente siempre está hablando de cambiar su vida. Coche nuevo, casa nueva, color de pelo nuevo, creencias nuevas... Pues yo creo que lo estático también tiene su valor. Vale para encontrar lo que funciona y mantenerlo.

—Es cierto, pero, algunas veces, el cambio es el único camino.

—Esta vez, no —murmuró él.

Fue a su escritorio, se sentó y tomó el último informe de marketing. Lo miró por encima y dijo:

—Sadie, si vas a ponerte del lado de Gabe en esto, no quiero saberlo. No estoy de humor para tener otra discusión.

—Bueno, todos tenemos que hacer cosas que no queremos hacer.

—¿Cómo? —preguntó él, y la miró.

Ella exhaló un suspiro y le entregó una hoja de papel.

—Voy a dejar el trabajo.

—No, no puedes dejar el trabajo. Tenemos una reunión dentro de veinte minutos.

—De todos modos...

Ethan se quedó mirándola. No estaba seguro de si la había entendido bien. Aquello salía de la nada, de repente, y no tenía sentido.

—No, no lo vas a dejar.

Ella agitó el papel.

—Lee la carta, Ethan.

Él se la quitó y pasó la mirada por las líneas mecanografiadas.

—Esto es absurdo. No lo acepto —dijo.

Sadie se agarró las manos por detrás de la espalda para resistir la tentación de recuperar la carta y fingir que no había ocurrido nada. Sabía perfectamente que iba a ser difícil dejar el puesto y que Ethan iba a oponerse, y le preocupaba que él pudiera convencerla de que se quedara.

Porque, en realidad, no quería marcharse de Heart Chocolates.

Pero tampoco quería pasar los siguientes cinco años como había pasado los cinco anteriores: perdidamente enamorada de un jefe que solo la veía como un mueble de oficina de lo más eficiente.

—No puedes marcharte —dijo él y, al ver que ella se negaba a tomar de nuevo la carta, la dejó boca abajo sobre el escritorio, como si no pudiera soportar ver el escrito—. Tenemos que acabar la campaña de primavera, la reforma de la fábrica...

—Y todo se hará sin mí —dijo Sadie.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Es porque quieres un aumento? Muy bien, pues ya lo tienes.

—No se trata del dinero, Ethan —respondió ella con tirantez.

Ya había ganado más dinero que en cualquier otro trabajo. Ethan era generoso con sus empleados.

Él se puso en pie.

—De acuerdo, dos semanas extra de vacaciones por año, aparte del aumento.

Ella se echó a reír. De veras, para ser tan buen jefe, algunas veces no tenía ni idea de nada.

—Ethan, ahora no tomo días de vacaciones. ¿De qué me sirven dos semanas más?

—No estás siendo razonable.

—Estoy siendo pragmática.

—No estoy de acuerdo.

—Pues lo siento —respondió ella.

Era cierto. No quería irse. No quería dejar de verlo para siempre. De hecho, al pensarlo, se le formaba un nudo en el estómago. Y era eso, precisamente, lo que dejaba claro que no tenía otra opción.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Quiero tener una vida —respondió ella.

Estaba desesperada y detestaba que aquel sentimiento pudiera reflejarse en su tono de voz, pero llevaba ocho años trabajando en Heart Chocolates y, durante los últimos cinco años, había sido la secretaria de Ethan. Había dedicado muchísimas horas al trabajo. Casi no veía a su

familia y nunca estaba en casa. Quería romanticismo. Sexo. Quería formar una familia antes de ser demasiado vieja para conseguirlo.

—Ya tienes una vida —le dijo él—. Eres una parte esencial de este negocio. Y eres imprescindible para mí.

Ojalá. El verdadero problema era que llevaba varios años enamorada de Ethan, pero no era un sentimiento mutuo y, de seguir así, algún día se convertiría en una anciana amargada. Tenía que dejar aquel puesto por su propio bien.

—Esto es trabajo, Ethan, y en la vida hay más cosas.

—No, que yo haya notado —respondió él.

—Es una parte del problema —dijo ella—. ¿No lo entiendes? Trabajamos con un horario horriblemente largo, venimos incluso los fines de semana y, el año pasado, me llamaste cuando estaba en la boda de mi prima para que viniera a ayudarte a solucionar aquella confusión en el envío del Día de la Madre.

—Era importante.

—Y la boda de Megan, también —dijo ella—. No insistas, tengo que hacerlo. Es hora de cambiar.

—Cambios, otra vez —murmuró él. Se puso de pie, rodeó el escritorio y se acercó a ella—. Me estoy hartando de esa palabra, de verdad.

—Los cambios no son siempre malos.

—Ni buenos. Cuando las cosas funcionan bien, ¿por qué hay que estropearlas?

—Sabía que esto no te iba a gustar, y tal vez haya venido a decírtelo en un momento inoportuno, justo después de tu última batalla con Gabe, pero, sí. Yo necesito un cambio.

Lo miró fijamente a los ojos, que eran verdes como la hierba, y sintió una punzada de arrepentimiento por haber presentado su dimisión. Ethan tenía el pelo castaño. Estaba despeinado, seguramente porque se habría pasado los dedos muchas veces por la cabeza mientras discutía con su hermano. Llevaba la corbata aflojada y estaba tan sexy que a ella se le cortó la respiración.

¿Qué tenía aquel hombre, por qué la afectaba tanto? No se trataba solo de que fuera tan guapo, ni de todos los anhelos que despertaba en ella solo con mirarla. Ethan era fuerte, inteligente y duro, y aquella

combinación era una tentación constante para ella. Así pues, lo único que podía hacer era dejar aquel trabajo. ¿Cómo iba a quedarse, si sabía que nunca iba a poder mantener una relación con él?

—Demonios, Sadie, ¿qué es lo que quieres cambiar, exactamente?

—Mi vida. ¿Sabes que mi hermano, Mike, y su mujer, Gina, acaban de tener su tercer hijo?

—¿Y qué? —preguntó él en un tono confundido—. ¿Qué tiene eso que ver contigo?

—La mujer de Mike tiene dos años menos que yo —dijo ella, moviendo las manos con un gesto de disgusto—. Tiene tres hijos. Yo solo tengo tres plantas moribundas en mi apartamento.

—¿Qué significa eso?

—Pues... que quiero tener una familia, Ethan. Quiero estar con un hombre que me quiera...

«Contigo», le susurró su cerebro, pero rápidamente, ella reprimió aquella voz interior.

—Quiero tener hijos, Ethan. Voy a cumplir treinta años.

—¿En serio? ¿Se trata de un momento de reloj biológico?

—No es solo un momento —dijo ella—. Llevo bastante tiempo pensando en esto. Ethan, trabajamos quince horas al día; algunas veces, más. Hace siglos que no salgo con nadie, y llevo tres años sin mantener relaciones sexuales.

Él pestañeó.

Y ella se estremeció. Bueno, eso quizá no quería decírselo. Era muy embarazoso que lo supiera.

—Lo que quiero decir es que no quiero mirar atrás cuando sea vieja y lo único que pueda decir sea: «Vaya, sí que fui una buena secretaria. Esa oficina iba como la seda, ¿verdad?».

—A mí no me parece tan mal.

Ella lo señaló con el dedo, exasperada.

—Eso es porque tú tampoco tienes vida. Te encierras en tu trabajo. Nunca hablas con nadie, salvo con Gabe o conmigo. Tienes una mansión en Dana Point, pero nunca estás allí. Comes comida rápida en tu escritorio y dedicas todos tus esfuerzos a los libros de contabilidad y las estadísticas, y eso no es sano.

Él enarcó una ceja.

—Muchas gracias. Pero esto no va sobre mi vida, ni sobre mí.

—En cierto modo, sí. A lo mejor, si contratas a una secretaria que se empeñe en cumplir su horario de nueve a cinco, tú también tendrás que salir de este despacho de vez en cuando.

—Muy bien —dijo él—. Si quieres un horario de nueve a cinco, podemos hacerlo.

Sadie se echó a reír.

—No, no podemos. ¿Te acuerdas de la boda de mi prima Megan? Lo siento mucho, Ethan, pero tengo que dejarlo. Me quedo dos semanas más para enseñar a mi sustituta.

—¿Quién? —preguntó él, y se cruzó de brazos, como si estuviera retándola a encontrar una candidata adecuada.

—Vicky, de Marketing.

—No lo dices en serio.

—¿Qué tiene de malo?

—Canturrea constantemente.

Era cierto. Además, tenía un oído terrible.

—De acuerdo. Beth, la de Nóminas.

—No —dijo él—. Usa un perfume insoportable.

—¿Y Rick? Lleva dos años trabajando aquí. Conoce la empresa.

—Rick siempre está de acuerdo con Gabe. No voy a pasarme el santo día discutiendo con mi secretario.

Cierto. Entonces, solo quedaba que él mismo sugiriera a la persona que iba a sustituirla.

—¿A quién sugieres tú, entonces?

—A ti. Somos un equipo muy bueno, Sadie. ¿Por qué quieres disolverlo?

—No puede ser. Yo encontraré a alguien —dijo ella con firmeza.

Ethan no parecía muy contento, pero, al final, asintió con tirantez.

—Y aceptas no marcharte hasta que tu sustituto esté preparado.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Y tú estás de acuerdo en que aceptarás al sustituto.

Él se encogió de hombros.

—Si la persona en cuestión puede hacer el trabajo, por supuesto.

—Qué razonable —dijo ella. Ladeó la cabeza y lo observó atentamente—. ¿Por qué será que no te creo?

—¿Por tu forma de ser desconfiada?

—Tengo motivos para ser desconfiada —replicó ella.

—Pero ¿por qué iba a mentir yo?

—Para conseguir lo que quieres.

—Me conoces bien —dijo él, cabeceando—. Otro motivo por el que hacemos tan buen equipo.

Era cierto, demonios. Ella no quería marcharse, pero tampoco podía soportar quedarse.

—Ethan, lo digo en serio. Dejo el trabajo.

Él la observó durante un largo instante, en silencio.

—De acuerdo.

Y, en un segundo, se erigieron todas sus defensas y sus ojos dejaron de transmitir la más mínima emoción.

—Vaya, sí que se te da bien eso.

—¿El qué?

—Pasar del calor al frío en un abrir y cerrar de ojos.

—No sé de qué estás hablando.

—Claro que sí. Es tu sello. En cuanto una conversación o una negociación se encamina en una dirección que tú desapruebas, arriba las defensas. Y, ahora que he dejado mi puesto oficialmente, te puedo decir que no me gusta que lo hagas.

Él frunció el ceño.

—¿De veras?

—Sí —dijo ella, y se puso las manos en las caderas—. ¿Sabes? Es estupendo poder decir lo que pienso.

—Nunca me ha parecido que no lo hicieras —replicó él.

—Ya —respondió ella, riéndose—. Pero no tienes ni idea de la moderación que he ejercido durante estos años. Bueno, hasta ahora.

Él entrecerró los ojos.

—Vaya, así que ahora te sientes muy segura de ti misma, ¿eh?

—Siempre estoy segura de mí misma, pero no solía contarte lo que pensaba. Tengo que admitir que es muy liberador. Ah, y otra cosa: odio tu café.

Eso debió de ser insultante para él.

—Es la mejor selección de café de Sumatra. Me la traen por avión cada dos meses.

—Sí, y es horrible. Tiene el sabor de la mejor selección de tierra de Sumatra.

—Me parece que no me gusta esta nueva política de franqueza radical.

Ella sonrió. Lo había sorprendido, y eso era algo casi imposible de conseguir, porque Ethan Hart siempre iba dos o tres pasos por delante del pensamiento de los demás.

—Pues a mí sí me gusta.

—Podría despedirte y zanjar la cuestión ahora mismo —le advirtió él.

—Pero los dos sabemos que no vas a hacer eso. A ti no te gustan los cambios, ¿no te acuerdas? Así que eso no va a suceder.

Alguien llamó a la puerta. Los dos se volvieron a mirar.

—Adelante —dijo Ethan.

—¿Señor Hart? ¿Ethan Hart?

Entró una mujer. Llevaba en brazos a un bebé de unos seis meses.

Al verla, a Sadie se le derritió el corazón. Era una niña preciosa, con unos enormes ojos marrones y el pelo negro. Se estaba mordiendo el puño. La mujer que la tenía en brazos atravesó el despacho.

—Sí, soy yo. Ethan Hart. ¿Quién es usted? —preguntó él, con frialdad.

—Melissa Gable —respondió la señora.

Se quitó del hombro una bolsa negra llena de pañales y la dejó en la silla de las visitas. Después, metió la mano en la bolsa, sacó un sobre grande de color marrón y se lo entregó a Ethan.

—Soy de los Servicios Sociales. He venido a entregarle a Emma Baker.

—¿Quién es Emma Baker? —preguntó él, desconfiadamente.

—Ella —dijo la señora Gable, y le dio el bebé a Ethan.

Capítulo Dos

Poco después de su discusión con Ethan, Gabriel estaba en casa de su novia, Pam Cassini, totalmente frustrado.

No quería volver a su despacho después de la inútil discusión que había mantenido con su hermano. Todo el mundo lo había oído y sabía que él había perdido. Detestaba que Ethan no fuera capaz de escuchar a nadie, y detestaba haber nacido el segundo. Si él hubiera sido el hermano mayor, Heart Chocolates sería distinto.

—Pero yo siempre seré el hermano pequeño —murmuró.

El socio más joven, el que siempre se vería obligado a luchar por cualquier muestra de reconocimiento. Tal vez debería haberse ido a su casa, a su apartamento de Huntington Beach. Tenía alquilada la mitad del último piso del mejor hotel de la ciudad, y disfrutaba de las vistas y de la comodidad del servicio de habitaciones y de limpieza las veinticuatro horas del día.

En aquel momento estaba de muy mal humor, así que debería haberse marchado a casa. Pero tampoco quería estar solo.

—Oh, reconócelo. Querías ver a Pam. Hablar con ella.

Durante los últimos seis meses, Pam se había convertido en alguien muy importante para él, más de lo que quisiera admitir. Cuando la había conocido, él no estaba buscando una relación a largo plazo. Y quizá había caído en una por ese mismo motivo. No le resultaba extraño que las mujeres quisieran atrapar a uno de los hermanos Hart, pero Pam era distinta, una mujer fuerte, lista y ambiciosa. Tenía su propia carrera profesional, que le apasionaba tanto como a él la suya. Y él admiraba eso.

La casita de Pam estaba en una calle tranquila de Seal Beach. Era cálida y acogedora. Tenía la puerta de entrada de color amarillo vivo, flanqueada por un par de macetones de barro con flores de color blanco y

rosa. Aquella vivienda cabía dos veces en su apartamento, pero tenía algo de lo que su apartamento carecía: Pam.

Llamó a la puerta y se puso a caminar por el pequeño porche mientras esperaba. Cuando ella abrió, él dijo:

—Mi hermano tiene la cabeza de hormigón.

Pam suspiró, lo miró comprensivamente y abrió la puerta de par en par. Cuando Gabriel pasó por delante de ella, le preguntó:

—¿Sigues sin querer probar una nueva gama?

Él fue directamente al salón y se detuvo delante de la pequeña chimenea de gas, donde danzaban algunas llamas por encima de unos troncos artificiales.

—Ha reaccionado como un vampiro ante una ristra de ajos.

Gabe, agitando la cabeza, se giró hacia ella en el estrecho salón. Apenas notó el olor a café recién hecho ni se fijó en el cómodo mobiliario. Sin embargo, cuando ella se le acercó, ni siquiera la furia que sentía por Ethan le impidió disfrutar de su visión.

Pam era de estatura baja y tenía un cuerpo exuberante, curvilíneo, que lo volvía loco. Aquel día llevaba una camiseta blanca y ajustada y unas mallas negras que definían perfectamente su trasero, las caderas y las piernas. Iba descalza y tenía las uñas de los pies pintadas de color rojo.

Tenía el pelo negro y largo, y los ojos castaños, los más cálidos que él había visto en la vida. Su boca carnosa le había resultado una tentación desde el primer momento en que se conocieron, hacía seis meses, en una convención del chocolate. Por supuesto, él estaba allí en representación de Heart Chocolates, y Pam estaba repartiendo tarjetas de su empresa de relaciones públicas.

Aquella noche cenaron juntos y, a finales de semana, se habían vuelto inseparables. Desde ese momento habían seguido juntos. A ella le gustaban sus ideas y lo animaba a enfrentarse a Ethan para sacar adelante sus planes y sus ambiciones.

—Intentar convencer a Ethan para que cambie de opinión no está sirviendo de nada. Te lo dije, Gabe, lo que necesitamos es la receta del chocolate —le dijo Pam.

Aunque llevaba varias semanas repitiéndolo, él todavía vacilaba. Para un chocolatero, la receta de su chocolate era algo sagrado. Por ridículo que pudiera parecer, había espías industriales por el mundo,

ansiosos por robar la receta de un competidor. Ellos mismos podían usarla, o venderla, o publicarla online o, sencillamente, encontrar la forma de estropearla. La familia Hart había custodiado su receta durante generaciones, como cualquier otra chocolatera.

Y él dudaba ante la idea de ser el primer miembro de la familia Hart que le confiara la receta a un extraño.

—Piénsalo, Gabe —le estaba diciendo Pam—. Yo conozco a un gran chocolatero del que podemos fiarnos. Con la receta, él podrá hacer muestras de los nuevos sabores, y tú podrás presentárselos a Ethan. Cuando los pruebe, verá que tú tenías razón y se pondrá de tu parte.

Bonita fantasía, pensó Gabe, pero no era real. Dio un resoplido.

—Tú no conoces a Ethan.

—Pero te conozco a ti —dijo ella, suavemente, y adoptó un tono de voz seductor que siempre conseguía enloquecerlo—. Eres decidido y, cuando crees en algo, nunca te rindes. Lo consigues. Me conseguiste a mí, ¿no?

A pesar de todo, él sonrió. ¿Cómo no iba a sonreír, con aquella impresionante mujer mirándolo con los ojos llenos de deseo?

—Nos conseguimos el uno al otro.

—Ooh, buena respuesta —dijo ella.

Se lamió los labios y sonrió lentamente. Después, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Al instante, Gabe se excitó y se rindió a la necesidad que se apoderaba de él. Nunca había sentido una pasión como la que sentía con ella. Una parte de él se preguntó cuánto podría durar aquel fuego. Después, dejó de pensar. La frustración, la ira, todo lo demás se desvaneció al notar el contacto de sus labios.

Y, mientras se movían juntos, con un ritmo que le cortaba la respiración, supo que no había otro lugar en el que quisiera estar.

—Um... —dijo Sadie, mirando al bebé que Ethan tenía en brazos—. ¿Hay algo que quieras decirme?

—No es mía, si es lo que estás preguntando —dijo él, y la miró con el ceño fruncido. Siempre había tenido mucho cuidado. No tenía hijos y no pensaba tenerlos—. Creo que sabría si he engendrado un bebé o no. Además, tú misma acabas de decir que yo no tengo vida. ¿Cómo iba a ser esto mío?

Sadie suspiró.

—No es un «esto». Es una niña.

—Muy bien. Pues no es mía.

—Ahora, sí —dijo ella. Miró los documentos que les había dejado la trabajadora social y le preguntó—: ¿Te suenan de algo Bill y Maggie Baker? Eran sus padres.

Él frunció el ceño. Y lo frunció aún más cuando el bebé empezó a dar patadas en el aire y profirió un grito del que habría estado orgulloso cualquier hombre lobo.

—¿Qué le pasa?

—Seguramente, que ha oído que la has llamado «esto» —murmuró Sadie, y le quitó al bebé de los brazos. Se colocó a la niña sobre una cadera y la meció hasta que dejó de llorar.

Ethan dio un paso atrás, por si acaso. La condenada trabajadora social había hecho su trabajo. Le había entregado al bebé, le había dado una sillita para el coche y una bolsa de pañales y se había marchado tan rápidamente que él no había tenido tiempo para discutir de nada. Pero ahora ya sí estaba preparado para aquella discusión. No podía ocuparse de un bebé. La idea era absurda. ¿Quién lo había nombrado tutor de un niño? Él nunca había estado con niños.

Baker. Bill Baker. ¿Por qué le resultaba familiar?

Miró a Sadie y, a pesar de la situación, sintió calor por todo el organismo. Llevaba cinco años trabajando con aquella mujer y siempre había tratado de contener su instinto, pero no era fácil.

Allí estaba ella, con un bebé en brazos, y él seguía ardiendo de deseo. Sadie le sonrió al bebé y le besó la frente, y a él le dio un salto el corazón. La deseaba con todas sus fuerzas y, ahora que ella había dejado el trabajo, podría insinuarse. Pero, si hacía algo así y luego conseguía convencerla de que no se marchara, no habría más que complicaciones. Así pues, nada de insinuarse. Apretó los dientes y se imaginó bajo una ducha de agua fría.

—Baker —dijo—. ¿Por qué me suena ese apellido?

Entonces, lo recordó. Miró al bebé y, después, a Sadie.

—Claro. Lo conocía. Fuimos compañeros de piso durante la universidad, por el amor de Dios. Hicimos un trato estúpido.

—Supongo que tenía algo que ver con niños.

—Qué graciosa. Sí, lógicamente, tenía que ver con niños. Bill no tenía familia. Maggie y él se comprometieron. Ella tampoco tenía familia y se había criado en manos de los servicios sociales. Así que él me pidió que fuera tutor legal de sus hijos si alguna vez le ocurría algo.

—¿Y aceptaste? —preguntó Sadie, en un tono de sorpresa que fastidió a Ethan.

—Era mi amigo —respondió él, ofendido—. Yo tenía veinte años. Por supuesto que acepté. Pero no se me ocurrió pensar que podría tener consecuencias. A esa edad piensas que eres inmortal. Él tenía la misma edad que yo, ¿quién iba a pensar que podía morir?

—Creo que él, no —dijo Sadie, y hojeó la documentación que les había dejado la trabajadora social—. Estaban de viaje a Colorado y el coche se salió de la carretera y chocó con un árbol. La policía cree que Bill se quedó dormido al volante. Su mujer y él murieron en el acto —explicó, y miró a la niña—. Es un milagro que ella no muriera también.

—Milagro —dijo él. Respiró profundamente y exhaló un suspiro. Desde su punto de vista, la supervivencia del bebé era una tragedia. La niña había perdido a sus dos padres a la vez y había quedado bajo la tutela de alguien que no tenía la más mínima idea de qué hacer con ella—. ¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora?

Sadie lo miró confundida, como si no pudiera creer que él hubiese hecho aquella pregunta.

—Pues criarla.

—Lo dices como si fuera muy sencillo.

—Ethan —dijo Sadie pacientemente—. Ella no tiene a nadie más. Te necesita.

Eso no sonaba nada bien. Él no quería que lo necesitaran. Durante todos aquellos años había trabajado duramente para no tener conexión con nadie. Salvo por su breve matrimonio, claro. Pero incluso eso había resultado una excelente lección sobre la vida. Ethan había aprendido que era un marido horrible. No era el tipo de hombre a quien le interesaba la vida hogareña.

—Tú misma acabas de decirme que no tengo vida. ¿Cómo voy a proporcionársela a ella?

Al oír que él levantaba la voz, el bebé empezó a llorar, y Sadie la mecía con un poco más de brío.

—Supongo que tendrás que hacer algunos cambios, Ethan.

Aquella palabra otra vez. Los cambios, normalmente, solo servían para estropearlo todo. A él le gustaba su vida tal y como era, recorriendo un camino conocido. Y, ahora... cambios.

Sin embargo, sabía que no iba a poder evitar aquello. Por muy inconsciente que fuera a los veinte años, había hecho una promesa y tenía que cumplirla.

—No necesito una vida —dijo, tratando de dominar el pánico que sentía—. Necesito una niñera.

—Oh, Ethan.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó él—. ¿Casarme? No. La respuesta es una niñera. Lo único que tengo que hacer es encontrar a la persona adecuada. A alguien bien cualificado... —de repente, se interrumpió y miró el reloj—. Tenemos una reunión sobre la adquisición de Donatello ahora mismo.

—Sí, bueno, pero no podemos ir —dijo ella, y miró al bebé, como si quisiera recordarle que su vida acababa de convertirse en un infierno—. Ya puedo decirte que Richard Donatello no ha cambiado de opinión en cuanto a venderte su empresa.

—Pero cambiará —dijo Ethan—. Puedes cuidarla tú mientras yo me encargo de los negocios.

—No —dijo Sadie, negando con la cabeza—. Yo no soy tu niñera, soy tu secretaria. Además, acabo de dejar el puesto, ¿no te acuerdas?

—Me acuerdo de que te has comprometido a mantenerte en tu puesto quince días más. Así que todavía estás en nómina.

—Soy una ayudante.

—¡Pues ayúdame! —exclamó él con desesperación.

La niña empezó a llorar otra vez. Ethan se estremeció.

—Shh, shh —susurró Sadie, meciendo al bebé. Después, miró a Ethan con severidad—. Cancela la reunión, Ethan.

Demonios. Sadie tenía razón. La reunión tendría que esperar. Y él tenía que hacer algo con respecto a aquella situación. Antes de poder pensarlo mejor, dijo:

—Te pago cien mil dólares si te quedas un mes más.

—¿Qué? —preguntó ella, con los ojos abiertos como platos.

Por supuesto que la había sorprendido. Él mismo estaba asombrado.

—Cien mil dólares —respondió Ethan, y añadió, moviendo la mano—: Con la condición de que me ayudes con...

—Se llama Emma —dijo Sadie con ironía.

—Bien. Así que ya sabes eso, con lo cual, me llevas ventaja. ¿Y bien? ¿Qué dices?

—Me parece que estás loco —respondió Sadie—. Pero, sí, me quedo un mes más. Te ayudaré a buscar una buena niñera.

—Y a cuidarlo hasta entonces.

—A cuidarla.

—Sí, a cuidarla —dijo él. Sacó el teléfono móvil y apretó un par de botones. Después, esperó—. Kelly, dile al equipo que la reunión se pospone hasta mañana. Ha... ha ocurrido algo —añadió, mirando a Sadie y al bebé.

Cuando colgó, volvió a mirarlas y se metió las manos a los bolsillos para no tener que tomar a la niña de nuevo.

—Llama a Alice y dile lo que ha pasado. Que prepare una habitación en casa para la niña. Que compre todo lo que necesite y que se lo lleven con urgencia.

—Ethan...

—Tú todavía trabajas para mí, Sadie. Hazlo —le dijo él.

Después, se sentó en su escritorio y comenzó a trabajar. Evitó volver a mirar a Sadie y se dijo que era lo mejor que podía hacer. Demonios, de todas formas, el bebé no querría que él lo tomara en brazos.

Unas pocas horas más tarde, Sadie, Ethan y la niña estaban en Target, delante de los artículos para bebés.

—¿Y cómo se sabe lo que hay que comprar? —preguntó él.

—Bueno, yo tengo un poco de experiencia —respondió Sadie—. En uno de esos raros domingos que he tenido libres, he ido de compras con Gina, mi cuñada.

—Entonces, eres la guía.

Ethan estaba completamente fuera de su elemento en aquellos grandes almacenes, que siempre estaban abarrotados. Ella apretó los dientes al ver que se mantenía tan alejado como podía del carrito de la

niña. Le había prometido que lo ayudaría con el bebé, no que iba a hacerlo todo ella. No, ni por un bono de cien mil dólares. Aquella era una gran oportunidad para que él se apartara del camino que había diseñado tan cuidadosamente para sí mismo, y ella quería ver que lo hacía. Sin embargo, sabía que no era el momento para mantener una discusión. Muy pronto, la niña iba a tener hambre, o habría que cambiarle el pañal, o estaría cansada... Sadie prefería evitar una debacle como la que había presenciado con su sobrino hacía un par de semanas.

—Está bien —dijo de repente—. Lo primero que necesitamos son pañales.

—Bien —dijo Ethan. Rápidamente, se puso manos a la obra—. Pero... ¿de qué talla? Hay un millón.

Miró por todas las estanterías con total desconcierto.

—Sujétala. ¿Cuánto crees que pesa?

Él se pasó una mano por el pelo.

—¿Unos diez kilos?

—De acuerdo —dijo ella—. Empieza por ahí. Yo voy a buscar leche en polvo y biberones y... todo.

Sí, ella había estado de compras con Gina, pero solo para añadir algunas cosas del bebé a una casa que ya estaba bien abastecida. Aquello, sin embargo, era empezar de cero, y se sentía abrumada por tener que decidir lo que podría necesitar Ethan para cuidar de Emma. Él tenía razón; eran demasiadas cosas.

Mientras la niña daba palmadas en el carrito y Ethan estaba al final del pasillo, leyendo las instrucciones de las bolsas de pañales, Sadie puso en el carro todo lo que pensaba que podía ser útil. Juguetes, un osito de peluche que Emma agarró y se negó a soltar, biberones, sonajeros... El carro estaba lleno cuando Ethan se giró y puso en él una sola bolsa de pañales.

—¿Una? ¿Crees que valdrá con eso? —preguntó ella, asombrada.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? Tú eres la experta.

—Oooh —dijo Sadie, sonriendo—. Ha tenido que ser muy duro para ti decir eso. Ethan Hart, el hombre que nunca se equivoca y a quien hay que obedecer pase lo que pase.

Él frunció el ceño.

—Durante estos cinco años no has sido tan sarcástica.

—Porque lo decía todo murmurando —respondió ella—. Toma dos paquetes más de pañales, para empezar.

—¿Para empezar qué? ¿El apocalipsis? —preguntó él mirando el carro—. Ella no necesita todo esto en realidad, ¿no?

El bebé frunció el ceño como si lo hubiera entendido y no estuviera de acuerdo y Sadie estuvo a punto de echarse a reír. Se contuvo, porque temía que su carcajada fuera de histeria. Estaban rodeados de gente y por los altavoces sonaba el hilo musical de los almacenes.

—¿De verdad quieres enterarte a mitad de la noche de que necesitas algo que no tienes?

—Nooo, no. Está bien. Nos lo llevamos todo —dijo él. Empezó a caminar hacia la zona de las cajas, pero Sadie lo detuvo.

—También necesita ropa, Ethan.

Él se quedó boquiabierto.

—Esto es increíble. ¿Cómo lo hace la gente?

—Bueno, es que la mayoría de la gente no necesita comprarlo todo el mismo día...

—Ah, claro —dijo él, y miró hacia el pasillo que acababan de recorrer—. ¿Sabes? En el negocio del chocolate se ganan millones, pero resulta que son migajas. Las verdaderas ganancias están en los artículos para bebés. ¿Cómo es posible que necesite tantas cosas alguien que ni siquiera camina?

Ella casi sintió lástima por él. Casi. Todo aquello alteraba enormemente el plácido lugar que era su vida. Pero no le quedaba más remedio que enfrentarse a ello.

—Es un misterio. Vamos. Ropa de bebé.

Ethan la siguió, murmurando cosas para el cuello de su camisa, y Sadie miró a los ojos a Emma y sonrió. En los cinco años que había pasado trabajando para él, nunca lo había visto tan fuera de su elemento. Le producía una especie de ternura. No necesitaba más motivos para sentirse atraída por él, así que trató de reprimir lo que estaba sintiendo.

Pero Ethan, inconscientemente, no se lo permitió. Tomó un pijama de bebé lleno de ositos, en vez de decantarse por el de pingüinos. Ella lo

miró con desconcierto, y él señaló a Emma, que estaba mordiéndole la oreja al osito de peluche.

—Le gustan los osos —dijo.

A Sadie se le aceleró el corazón, y respiró profundamente para calmarse.

Ethan no quería al bebé, pero estaba haciendo todo lo posible para que estuviera bien cuidado. No le gustaban los cambios, pero estaba aceptando el cambio más grande de su vida. Su entorno, desde luego, no eran unos grandes almacenes, pero allí estaba, en Target. Y, por Dios, no había derecho a que fuese tan sexy, pero así era. Mientras pensaba todo aquello, Sadie vio a una mujer que estaba mirándolo sin poder disimular su admiración.

Sadie sabía que tenía que reprimirse. Iba a alejarse de Ethan dentro de poco tiempo; tenía que encontrar al hombre adecuado para ella. Fueran cuales fueran sus sentimientos por él, sabía que tratar de conquistarlo sería una catástrofe.

Él no era el tipo de hombre que la convenía y, si intentaba convencerse de lo contrario, iba a exponerse a un duro sufrimiento. Así pues, se concentró en las compras para Emma y se prometió a sí misma que, algún día, estaría haciendo aquello para su propia familia.

Lo triste era que Ethan no formaría parte de ella.

Capítulo Tres

Cuando terminaron, Sadie se quedó atónita por lo mucho que había comprado Ethan, y eso, sin contar los muebles que había encargado y que, con suerte, ya estarían entregados. Ella llevó a Emma en su coche mientras Ethan cargaba todas las bolsas y cajas en el suyo. Se habían llevado los dos coches para que ella pudiera marcharse al terminar, una vez que él estuviera instalado con su nueva pupila.

Con Emma en su sillita de seguridad, Sadie se dirigió hacia Dana Point. Casi no podía seguir el ritmo de Ethan mientras él recorría la Pacific Coast Highway. Cualquiera habría pensado que estaba tratando de perderla, pero eso no podía ser cierto, porque ella ya sabía dónde vivía.

Había estado más veces en casa de Ethan, para llevarle documentos o para asistir a alguna de las fiestas que organizaba para los distribuidores. Sin embargo, aquel día la sensación era muy diferente. No estaban allí por el trabajo, y eso, en cierto modo, cambiaba la percepción que ella tenía de la casa.

Era de estilo español y gigantesca, incluso para los estándares de una mansión. El techo de tejas rojas hacía que las paredes blancas parecieran aún más brillantes de lo normal. El jardín, desde la amplia zona de césped hasta los macizos de flores y los rosales trepadores que crecían sobre la pérgola del patio trasero, estaban cuidadosamente atendidos por un equipo de jardineros. Las ventanas, que iban del suelo al techo, brillaban bajo la luz del sol de invierno. Ella sabía que detrás de la casa había un patio en pendiente que bajaba hasta los acantilados, donde las olas rompían constantemente contra las rocas.

La vista era majestuosa y la casa, en sí, era asombrosa. Las habitaciones eran enormes, abiertas y bonitas, con el mobiliario en tonos marrones y de madera. Los pasillos estaban pavimentados con azulejos de cerámica de color rojo oscuro. El lugar favorito de Sadie era un patio cerrado de estilo español. Era una zona de estar exterior, rodeada por tres

lados de la casa y equipada con muebles cómodos, una barra y cocina. Las macetas de terracota acogían gran variedad de plantas y desde allí se disfrutaba de unas maravillosas vistas del mar.

Sin embargo, aquel día no tenía tiempo para deleitarse. Tenía a un bebé malhumorado en el asiento trasero y un montón de cosas que descargar.

Ethan se acercó a su coche y abrió su puerta. La niña eligió aquel momento para gritar con furia, e Ethan hizo una mueca.

—¿Cómo es posible que alcance esas notas?

—Es un don.

—¿Por qué no la llevas dentro? Voy a buscar al jardinero y a algunos de sus muchachos para vaciar los coches.

Sadie dio un resoplido.

—Estás intentando no tocarla, ¿verdad?

—¿Ves por qué te contraté? —respondió él—. Eres muy lista.

—Ya.

Aquello no auguraba nada bueno para Ethan y Emma. Si evitaba al bebé cada vez que podía, no se adaptaría nunca a la nueva situación. Sí, le había pagado mucho dinero para que siguiera presente hasta que la situación se arreglase, pero ella iba a asegurarse de que él se encargara, por lo menos, de la mitad del cuidado del bebé.

Sacó a la niña del asiento del coche, se la puso sobre una de las caderas y se dirigió hacia la puerta principal.

Ethan iba detrás de ella y, cuando abrieron la puerta y entraron, se detuvieron en seco. Alice, el ama de llaves de Ethan, estaba en el vestíbulo, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Alice desafiaba los estereotipos. Al ver su cuerpo redondeado y sus brillantes ojos azules, la mayoría de la gente se habría imaginado que era muy amable. Nada más lejos de la realidad. Ella nunca había entendido por qué Ethan tenía a una mujer tan desagradable trabajando para él. Probablemente porque rara vez estaba en casa y no tenía que tratar a menudo con aquella empleada.

Alice miró al bebé con los ojos entrecerrados y una expresión acusadora.

—Soy el ama de llaves. No cuido a bebés —dijo, rotundamente.

—Bien —dijo Ethan, y empujó con suavidad a Sadie para que siguiera avanzando.

—Lo digo en serio —insistió Alice, y alzó la barbilla—. Tengo mi rutina, y no voy a permitir que la altere ningún niño.

—He dicho que bien —repitió Ethan—. Fernando y algunos de los chicos van a llevar la comida del bebé y todo lo demás a la cocina. ¿Han llegado los muebles de su habitación?

—Sí —dijo Alice con desagrado—. Esos hombres han dejado suciedad por el suelo y han estado haciendo ruido durante casi una hora.

Ethan se quedó mirándola.

—Entonces, su habitación está preparada.

—Sí, pero no espere que yo vaya a limpiar lo que manche un bebé.

Sadie respiró profundamente y apretó la mandíbula para no decirle a Alice lo que opinaba de ella. Estrechó con suavidad a la niña, como si quisiera protegerla de aquellas muestras de maldad, y se dio cuenta de que Ethan estaba enfadado. Era curioso que Alice no se percatara de ello.

—Soy un ama de llaves, no una niñera —dijo Alice.

—La he oído la primera vez —dijo Ethan, y Sadie notó su tono de advertencia.

—Pues no lo olvide —dijo la mujer—. Y, ahora, voy a cenar en mi cocina. Como no sabía que iba a venir y, además, con compañía —añadió, mirando con desprecio a Sadie y a la niña—, no he preparado la comida. No soy niñera, ni soy cocinera.

—Y, además, ya no tiene trabajo —le dijo Ethan—. Está despedida —contestó Ethan—. Recoja sus cosas y márchese.

—¿Cómo? —preguntó Sadie.

No podía creerlo. Llevaba años pensando que él debía deshacerse de Alice, pero ¿hacerlo precisamente aquel día, cuando ya había suficiente alboroto? Además, ¿qué había ocurrido con lo de que «el cambio es malo»?

Alice miró a Ethan con indignación.

—No veo ningún motivo para esto...

Ethan dio un paso hacia delante, y Alice retrocedió. Aunque no corría ningún peligro, y la mujer lo sabía, el hecho de que Ethan mostrara su ira era tan extraño que, cuando lo hacía, resultaba sorprendente.

—Esta es mi casa, Alice, no la suya —le dijo—. Algo que parece que olvidó hace años.

—No sé a qué se refiere...

—Sí, claro que sí —dijo Ethan—. ¿De verdad piensa que no me he dado cuenta de que se comporta como si fuera la reina de mi casa? He estado dispuesto a aguantar su actitud porque, francamente, no me importaba usted lo suficiente como para hacer un cambio. Pero se acabó. Esta es mi casa, y voy a contratar a alguien que se preocupe más de hacer bien su trabajo que de fingir que es la señora del castillo.

Alice empezó a farfullar, y Sadie bajó la cabeza para ocultar su sonrisa. No debería alegrarse de que sucediera aquello, pero Alice se lo merecía desde hacía años.

—Me debe dos semanas de sueldo —dijo el ama de llaves.

—Tiene razón —respondió Ethan mientras caminaba hacia las escaleras—. Deje una dirección en la mesa de la entrada y le enviaré un cheque, además de una bonificación por despido.

—¿Una bonificación? —preguntó Sadie en voz baja mientras lo seguía.

—Vale la pena —murmuró Ethan.

—¿Lo ves? —preguntó ella—. No todos los cambios son malos.

—Ya...

Cuando consiguieron que la niña se calmara en la habitación, Ethan estaba aún más nervioso. Había despedido a su ama de llaves, le habían cargado con un bebé y su secretaria había dejado el trabajo.

—Vaya día —musitó.

—Sí, ha sido un día largo —dijo Sadie—. Por lo menos, la habitación de Emma ha quedado preciosa. Salvo por la pintura de color beis. Deberías cambiarla por algo más de niña.

—No voy a tener ninguna habitación de color rosa en mi casa —dijo él mientras bajaban las escaleras.

—Yo no he dicho que tenga que ser rosa —replicó ella—. Eso es un poco sexista, ¿no te parece?

—No sabía que un color pudiera ser sexista.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. Estaba pensando en algo más alegre, como un amarillo claro o un color verde suave. Con fotografías y algún mural. Algo que la estimule.

Él dio un resoplido.

—Por cómo gritaba cuando la has acostado en su cuna, a mí me parece que está muy estimulada.

Sadie se detuvo al final de las escaleras, se giró y lo miró.

—Se ha quedado sin padres, la han llevado con gente a la que no conoce y la hemos obligado a acostarse en una cama que no es la suya. Me gustaría ver cómo nos comportaríamos nosotros en esa situación —dijo ella echando chispas por los ojos.

Ethan alzó las dos manos.

—Tienes razón.

Al oírlo, Sadie se quedó asombrada.

—Vaya. Tengo razón. Este sí que es un día señalado.

—Otra vez ese sarcasmo. ¿Qué significará que esté empezando a gustarme?

—¿Que eres un masoquista? —preguntó ella con una sonrisa.

Después, se encaminó hacia la mesa del vestíbulo, tomó su bolso y se lo colgó del hombro.

Él la miró con desconfianza.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy a casa.

En el rostro de Ethan apareció una expresión de pánico. Miró el monitor del bebé que llevaba en una mano, como si fuera una granada.

—No puedes irte.

—Claro que sí —dijo ella, y volvió a sonreír—. No te preocupes. Gracias a la bonificación voy a quedarme otro mes, así que nos vemos mañana.

—Quédate.

Ella pestañeó.

—¿Quieres que me quede a pasar la noche?

—No. Quiero que te quedes aquí para ayudarme con el bebé hasta que encuentre a una niñera o contrate a un ama de llaves que no sea alérgica a los niños.

Ella se echó a reír con tantas ganas que los rizos rubios se le movieron alrededor de la cabeza.

—Ni hablar.

Su risa le resultó erótica y muy molesta a la vez. Sadie estaba a punto de salir por la puerta e iba a dejarlo solo en casa con una niña. Aquel día, él le había pagado mucho dinero para que se quedara un mes más. Tal vez lo único que tenía que hacer era ofrecerle más. El dinero era fácil para él. Pedir ayuda, no.

—Te pago cincuenta mil dólares más si te quedas a vivir aquí temporalmente.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Sí, pero es que no me lo creo.

—Pues créetelo —respondió Ethan—. Mira, no me gusta reconocer esto, pero con respecto al bebé, estoy totalmente perdido. Necesito tu ayuda.

Ella volvió a sonreír.

—¿Estás diciendo que hay algo que Ethan no puede gestionar?

Él frunció el ceño.

—Te lo estás pasando bien con todo esto, ¿eh?

—Un poco.

—Pues sí, lo admito. Necesito tu ayuda. ¿Cuál es tu respuesta?

—Que, por cincuenta mil dólares, por supuesto que me quedo.

—Vaya, no esperaba que aceptaras tan rápidamente. ¿Quién iba a saber que eras tan mercenaria?

Ella se echó a reír.

—¿Mercenaria? Puede que a ti te lo parezca, pero voy a darte una noticia: A lo mejor no es igual para los millonarios, pero el resto de nosotros, los peones, tenemos que pagar la hipoteca, el coche, la comida... Este dinero me permitirá tomarme el tiempo necesario para encontrar otro trabajo. Y, a lo mejor, arreglar la fontanería de mi casa...

A él no le gustó nada lo de «encontrar otro trabajo», pero se dio cuenta de que, hasta aquel momento, no se había interesado por la vida de Sadie. Debería haberlo hecho. Su coche era un sedán que debía de tener más de quince años. ¿Por qué tenía un coche tan viejo? ¿Y tenía problemas con la fontanería de su casa? Demonios, hasta ahora él no sabía que tuviera una casa en propiedad.

Habían trabajado codo con codo durante cinco años y Sadie era un misterio para él. Culpa suya, se dijo. Siempre se había sentido tan atraído por ella que la había tratado como si fuera invisible. No se había interesado por Sadie porque no podía permitírselo. Desde que se había despedido de la empresa, unas horas antes, era como si estuviera tratándola por primera vez.

El deseo era tan fuerte como siempre, pero se había dado cuenta de algo más: de que ella le caía muy bien.

Sadie seguía mirándolo, observándolo, esperando. Al final, él dijo:

—De acuerdo, está bien. Tú eres la heroína de la clase trabajadora y yo soy un avaro sin sentimientos.

—Eso es aproximado —dijo ella con una sonrisa. Aquella sonrisa fue para él como si le dieran un puñetazo en el esternón. El golpe fue tan intenso que se le cortó la respiración—. Bueno, no tanto. Acabas de pagarme ciento cincuenta mil dólares para que te ayude durante un mes. La gente normal no hace eso.

—Entonces, ¿ahora tampoco soy normal?

Ella se echó a reír de nuevo, y a él le irritó darse cuenta de lo mucho que le gustaba aquel sonido.

—Claro que no.

—Muchas gracias —murmuró él, y se dio cuenta de que ella todavía tenía las llaves del coche en la mano—. ¿Dónde vas? Acabas de decir que ibas a quedarte.

—Pero no sin ropa. Voy a casa a hacer una maleta —dijo Sadie.

Él miró hacia arriba con cara de preocupación.

—Estás agobiado de verdad, ¿eh? —le preguntó ella—. Vamos, no te preocupes. Estaré de vuelta dentro de una hora, más o menos —añadió. Abrió la puerta, salió al porche y dijo—: Emma no te va a matar, Ethan.

Cuando ella se marchó, él cerró la puerta y murmuró:

—No estés tan segura.

—Tengo muchas dudas sobre esto.

Gabriel estaba junto al edificio de Heart Chocolates, y lo miraba como si no lo hubiera visto nunca. Había pensado mucho en aquel plan, y todavía no sabía lo que debía hacer.

Después de todo, era un Hart, y había crecido oyendo las mismas historias que Ethan. Le habían enseñado a respetar lo que había antes que él y a construir sobre los cimientos de las tradiciones que ya estaban escritas en piedra.

Pero ¿no era eso lo que estaba intentando hacer? Construir algo nuevo sobre lo que les habían dejado. Si seguían por el camino de Ethan, tendrían éxito, al menos, a corto plazo. Pero, si no crecían y construían algo nuevo, ¿estarían haciéndole justicia al tatarabuelo que había fundado la chocolatería?

A su espalda, en la Pacific Coast Highway, había mucho tráfico. Se giró para observar la vida que se desarrollaba en la calle y el viento frío de enero le golpeó la cara. Aunque anochece temprano, la gente seguía yendo a la playa para bailar alrededor de las hogueras, para hacer parrilladas y escuchar música.

Cuando era pequeño, él también iba de fiesta a la playa. Sin embargo, en aquel momento, en aquel lugar, solo podía pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Su familia había guardado durante generaciones el secreto de su receta de chocolate. ¿Estaba dispuesto a ser el primer Hart que compartiera esa receta con alguien ajeno a la tradición familiar?

—Gabe... —le dijo Pam. Lo tomó de la mano y se la apretó, como si notara su incertidumbre—. No estás traicionando a nadie. Estás intentando ayudar. Mejorar las cosas.

—Sí —dijo él—. Pero no estoy seguro de que Ethan lo viera de la misma forma.

—No se trata de Ethan —dijo ella suavemente—. Pero, sinceramente, si no te sientes bien con esto, no lo hagas.

Él miró sus ojos castaños, que en aquella penumbra parecían más profundos y más oscuros de lo normal. Se aferró a su mano como si fuera su salvación.

—Tengo que hacerlo. Pero una vez que Ethan se entere, esto podría separarnos para siempre. Y, aunque sea tan molesto, sigue siendo mi hermano. Desde que murió mi padre, él fue el cabeza de familia. Se ha ocupado de todo. Se ocupó de que yo fuera a la universidad y lo dirigió todo hasta que yo pude incorporarme a la junta directiva.

—Y, en cuanto te incorporaste, te ató en corto —le recordó ella—. Me has contado muchas veces que Ethan rechaza todas tus ideas.

Gabe se estremeció.

—Bueno, tal vez lo haya pintado peor de lo que es...

—Yo lo sé todo sobre la familia, Gabe. Y, sí, mi hermano también me vuelve loca. Pero esto debes decidirlo tú. Estás teniendo dudas —dijo Pam mientras le sujetaba la mano.

—Sí —respondió él, y volvió a mirar hacia el edificio en el que estaba contenida la herencia de su familia.

No podía dejar de preguntarse si el vínculo familiar sobreviviría al hecho de que él actuara a espaldas de Ethan tan solo para demostrar algo. Por otro lado, si no lo hacía, si no intentaba poner a prueba sus ideas, ¿no le guardaría a Ethan un rencor que terminaría por destruir completamente su relación?

Ojalá tuviera la respuesta para aquellas preguntas.

—¿Gabe? —dijo Pam. Él la miró—. No le estás haciendo nada a Ethan. Lo estás haciendo por Ethan.

Como ya te he dicho, entiendo lo que es la lealtad familiar. De verdad. Pero, algunas veces, tienes que hacer lo que crees que está bien, aunque tu familia no esté de acuerdo. Esta es tu oportunidad para demostrar algo, no solo a Ethan, sino, también, a ti mismo. Pero, si no quieres hacerlo...

—No, no quiero —dijo él, y se inclinó para darle un beso rápido—. Pero no tengo elección.

—¿Estás seguro, Gabe? —le preguntó Pam, y se mordió el labio como si estuviera ansiosa—. Yo te voy a apoyar de todos modos. Incluso podrías esperar a un momento mejor. No quería presionarte para que hagas esto al decirte que le llevemos la receta del chocolate a mi amigo pastelero.

—No me has presionado —dijo él—. No pienses eso. La idea de producir nuevos sabores es muy buena. Pero estoy haciendo esto por mí, Pam. Si no lo intento, nunca lo sabré.

Ella lo observó unos instantes y, después, asintió.

—Muy bien. Entonces, estoy contigo.

—Sí —dijo él sonriendo—. Es verdad.

Le dio un abrazo y la guio hacia las puertas de cristal de la entrada. Sabía que Ethan ya no estaba allí, porque su coche no estaba en el aparcamiento, así que tenían vía libre.

El vigilante de seguridad se puso en pie en cuanto los vio a través de las puertas y abrió. Cuando entraron, volvió a cerrar con llave. La luz se reflejaba en el suelo de madera de color miel. Las paredes estaban adornadas con grandes fotografías de sus bombones.

—Buenas noches, señor Hart —dijo el guardia—. No esperaba verlo de vuelta esta noche.

—No voy a tardar mucho, Joe —dijo él, mientras llevaba a Pam hacia el ascensor—. Tengo que recoger una cosa del despacho.

—Sí, señor.

El vigilante volvió a su mostrador y ni siquiera los miró cuando la puerta del ascensor se cerraba.

Las oficinas estaban muy silenciosas y en penumbra. Él se imaginaba que podía ver a su bisabuelo y a los demás Hart en cada una de las sombras, mirándolo con desaprobación. Sin embargo, se quitó aquello de la cabeza y continuó caminando hacia el despacho de Ethan.

La receta original estaba escaneada y guardada en un archivo encriptado al que solo tenían acceso Ethan y él. También estaba almacenado en flash drives que se hallaban escondidos en diferentes lugares por cuestiones de seguridad. Además, Ethan tenía otra copia en una cámara de un banco y otra en una caja fuerte. Lo hacía porque su padre también lo había hecho así. Como si tener la receta cerca fuera la clave del crecimiento de la empresa.

Aunque no era un ruego de fortuna al universo. Era más como un talismán familiar.

Y él estaba a punto de revelarlo.

Capítulo Cuatro

Sadie llegaba tarde, pero, de todos modos, paró en casa de su hermano. Quería hablar con Gina y no le importó desviarse del camino de vuelta a la mansión de Ethan.

Mike y Gina vivían en una subdivisión de Foothill Ranch. Las casas eran grandes, pero las habitaciones eran pequeñas. En las calles, trazadas con curvas, no había apenas sitio para aceras ni sitios de aparcamiento, ni para que las casas tuvieran jardín delantero. Sin embargo, siempre había muchos niños jugando por la calle, y ese era el motivo por el que su hermano y su cuñada seguían viviendo en aquella casa que se les estaba quedando pequeña.

—¡Eh! ¡Qué sorpresa! —exclamó Gina mientras le daba un abrazo. Después, hizo entrar a Sadie en casa—. ¿Cómo es que has conseguido escapar de tu captor?

Sadie se echó a reír. Mike y Gina no eran grandes admiradores de Ethan.

—Hoy ha habido muchas sorpresas. Por eso he venido. Tenía que contároslo.

—Oh, vaya, qué intriga —dijo Gina, con una sonrisa. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa blanca de Mike, e iba descalza. Su hija solo tenía tres semanas y Gina ya estaba fabulosa—. Vamos, ven a sentarte junto a la chimenea y nos cuentas lo que ha pasado.

—¿Los niños ya están acostados?

—Sí, los cansé en el parque y el bebé está en plena siesta, así que vamos a aprovechar este momento. ¿Te apetece una copa de vino?

—Sí, mucho —dijo Sadie, y dejó el bolso sobre la mesa del comedor.

Siguió a Gina a la cocina y, a través de la ventana, vio a Einstein, el perro, que estaba durmiendo la siesta en el césped. En el jardín había

juguetes y un trampolín en una esquina. Era el jardín de una familia, exactamente lo que ella deseaba. Y, por fin, había tomado el camino adecuado para conseguirlo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Gina. Le ofreció una copa de vino y se sirvió otra. Después, fueron al salón y se sentaron en el sofá, delante de la chimenea.

Sadie se lo contó todo. Mientras hablaba, observaba las reacciones de Gina, y se alegró de que coincidieran con lo que ella había estado sintiendo.

—No sé qué comentar primero —dijo Gina, cuando ella terminó de hablar—. Aunque me parece fantástico lo del dinero. Sin darse cuenta, Ethan te ha ayudado a dejar el trabajo.

—Sí, es cierto. Creo que todavía no se ha dado cuenta. Al final, no le va a hacer mucha gracia.

Gina le dio unas palmaditas en la mano.

—Pero, cariño, es genial. Vas a poder tomarte un tiempo antes de empezar en otra cosa. Y comprarte un coche nuevo antes de que el tuyo se caiga a pedazos y te quedes en plena calle agarrada a un volante.

Triste, pero cierto.

—Eso es lo que he pensado yo.

—Además, ya no te tendrán como rehén en la fábrica de bombones, así que a lo mejor podemos emparejarte con Josh, el amigo de Mike —dijo Gina, y le guiñó un ojo—. Es un tío estupendo. Guapísimo. Tiene unos ojos preciosos y un trasero espléndido.

—Pero... ¿tú no estabas casada con mi hermano?

—Por favor... no estoy ciega —dijo Gina, poniendo los ojos en blanco—. De todos modos, Josh empezó a trabajar en la estación de bomberos hace un mes, y a Mike le cae muy bien.

—Me estás buscando novio. Es la primera vez.

—Es que antes no habría tenido ningún sentido. ¿Para qué me iba a molestar? Demonios, si hasta tuviste que marcharte de la boda de Megan por culpa de tu trabajo.

Sadie se estremeció.

—Hoy mismo se lo he recordado a Ethan.

Gina metió las piernas bajo el cuerpo y se recostó en el respaldo del sofá.

—Cariño, esta es tu oportunidad de tener una vida. ¿Por qué estás tan preocupada?

—¿Crees que estoy preocupada?

—Tienes el ceño fruncido.

Sadie se pasó los dedos por la frente.

—No, no estoy preocupada, estoy... —dijo, y suspiró—. No sé quién soy. Ha sido un día muy raro.

—Sí, se puede decir que sí. Dejas el trabajo, tienes que ayudar a cuidar de un bebé, pobrecita, y recibes una buena cantidad de dinero.

—Y... después de renunciar al puesto, he notado que Ethan me miraba de otro modo.

Gina dio un resoplido.

—¿Quieres decir que se ha dado cuenta de que eres una mujer?

—Exacto —dijo Sadie, y le dio un sorbito a su vino—. Ha sido... emocionante.

Gina se dio una palmada en la frente.

—Oh, Dios.

—¿Qué?

—Sadie, el motivo por el que has dejado el trabajo es que quieres una vida nueva, ¿no? ¿No me dijiste hace dos semanas que querías encontrar al tipo idóneo para ti y olvidarte de la fantasía de Ethan?

—Sí, pero...

—¿Todavía tienes esa lista?

—Por supuesto —dijo Sadie. Llevaba dos años trabajando en aquella lista.

—¿Cuántos requisitos hay ahora?

—Cinco —respondió mirando su copa de vino.

—Dime cuáles son.

—De acuerdo. Tiene que ser sexy, aventurero, tener sentido del humor, querer pasar tiempo conmigo y adorar a los niños.

—Umm... ¿y cuántos requisitos cumple Ethan?

—Es sexy... —dijo ella, pero se quedó callada, porque no podía decir nada más—. Bueno, está bien. Él no es el hombre de mi lista.

—Gracias —dijo Gina en tono comprensivo—. Sadie, sé que estás loca por ese hombre, pero te mereces a alguien que esté loco por ti.

—Sí, ya lo sé, pero...

—Sin peros —dijo Gina—. Ethan no te va a dar lo que quieres.

—¿Y si lo único que quiero es tener unas relaciones sexuales increíbles?

Gina se echó a reír y dejó la copa en la mesita.

—¿Y quién no quiere eso? Pero no es lo único que quieres tú.

—No, claro que no.

—Aunque no es mala idea —dijo Gina, encogiéndose de hombros, y le dio otro sorbito a su vino—. Si crees que puede ser de ayuda, acuéstate con Ethan y así, cuando dejes definitivamente el trabajo, podrás hacerlo sin lamentarte. Sin preguntarte qué habría pasado si... Sadie, ya es hora de que empieces a pensar en ti misma.

Justo en aquel momento, se oyó un llanto de bebé a través del monitor que había sobre la mesa de centro. Gina suspiró.

—Se acabó el recreo. ¿Seguro que no quieres quedarte a dormir aquí esta noche e ir al rescate de Ethan por la mañana? Mike no acaba su turno hasta dentro de dos días y a mí me vendría bien la compañía.

—Es tentador, pero creo que Ethan está demasiado desesperado.

—Está bien, está bien. Pero, ahora que has dejado el trabajo, creo que a tus sobrinos les gustaría estar más tiempo contigo.

—Les llevaré a Disneyland —prometió Sadie, y le dio un abrazo a Gina—. Y vendré a estar contigo unos días cuando Mike esté en su turno.

—Eso me parece estupendo.

—Gracias —dijo Sadie—. En serio.

—No he hecho demasiado.

—Te casaste con el bobo de mi hermano porque sabías que yo necesitaba una hermana —bromeó Sadie.

—Sí, lo hice por eso. Y por el fantástico sexo, también.

—Bueno, naturalmente.

Si no hubiera sido tan eficiente, Sadie estaría de camino a casa de Ethan. Sin embargo, iba a pasar por la oficina a buscar el dossier con la información sobre la adquisición de Donatello. Como la reunión se había pospuesto hasta el día siguiente, Ethan y ella podían revisar de nuevo la documentación.

Joe le abrió la puerta y la dejó pasar, y ella se dirigió hacia el despacho de Ethan. No había un alma.

—Va a ser raro no venir aquí todos los días —susurró, y se estremeció un poco.

Abrió la puerta del despacho de Ethan y se quedó sorprendida.

—¿Gabe? ¿Qué haces aquí?

Gabriel se sobresaltó y se echó a reír.

—Dios, qué susto me has dado.

Estaba con una mujer guapa, de pelo negro y ojos castaños y grandes.

—Hola —dijo ella—. Soy Pam Cassini.

—Ah, claro —dijo Gabe. Le pasó un brazo por los hombros y comentó—: Sadie, te mueves con tanto sigilo que no te he oído entrar. ¿Qué haces aquí?

—Quería recoger una carpeta para llevársela a Ethan.

—¿Vas a ir a casa de Ethan?

—Sí —dijo ella.

Fue hacia uno de los archivadores del despacho y sacó la carpeta con la información acerca de Donatello. Aunque, obviamente, tenían todos los archivos en los ordenadores y en la nube, era mucho más fácil leer en papel.

—Es una larga historia —dijo—, así que es mejor que te la cuente Ethan, pero, en resumen, lo han nombrado tutor de una niña de seis meses.

—¿A Ethan? —preguntó Gabriel con asombro—. ¿Mi hermano va a tener que ocuparse de un bebé?

Sadie se echó a reír.

—Con mi ayuda. Pero... ¿por qué estáis vosotros aquí?

Gabe miró un segundo a Pam. Después, se encogió de hombros y respondió:

—Quería enseñarle la oficina a Pam, y el despacho de Ethan es el que tiene las mejores vistas.

Era cierto, pero no por la noche. Sin embargo, aunque fuera raro, no era asunto suyo lo que hiciera uno de los dueños de la empresa en la oficina después de la hora de cierre. Después de todo, ella también estaba allí, ¿no?

—Bueno —dijo, moviendo la carpeta de un lado a otro—, será mejor que me marche. Hasta mañana, Gabe. Y encantada de haberte conocido, Pam.

Pam sonrió y asintió.

Cuando bajó al vestíbulo, le dio las gracias a Joe y salió a la calle. En aquel momento recibió una llamada de Ethan.

Sonriendo, respondió:

—Hola, Ethan.

—¿Estás volviendo ya? —le preguntó—. Está haciendo ruiditos. Creo que se está despertando.

—Voy de camino —dijo ella—. Estaré allí dentro de veinte minutos, y no me ofrezcas más dinero si puedo llegar dentro de quince.

—Tú ven lo antes posible.

Sin dejar de sonreír, Sadie agitó la cabeza y se incorporó al tráfico de la Pacific Coast Highway.

—Se ha vuelto a dormir —dijo Sadie media hora después—. Le he acariciado la espalda un ratito y se ha dormido.

—Bien —dijo Ethan, mientras sacaba una cerveza de la nevera—. ¿Quieres algo?

—Comida, Ethan. Quiero comida.

Él asintió.

—He pedido comida china. Está en el horno.

Sacó la comida y la puso sobre la mesa. Después, abrió algunos armarios hasta que encontró los platos.

Ethan sacó los cubiertos, abrió una botella de vino y sirvió vasos de agua. A los pocos minutos, estaban sentados uno enfrente del otro, cenando

en la cocina que tenía vistas al jardín y al mar. De noche, como en aquel momento, había luces iluminando la parte inferior de algunos arbustos y árboles, y flanqueando un camino que descendía hacia el borde del acantilado.

Al pensarlo, Sadie dijo:

—Tendrás que poner una valla al final del pasillo. Cuando Emma empiece a andar, no habrá seguridad suficiente tal y como está ahora.

—Ya lo había pensado —respondió él—. Mientras estabas fuera, he llamado al constructor que hizo la reforma de la casa hace un par de años. Mañana va a venir a tomar las medidas.

—Vaya, qué rápido —dijo Sadie impresionada.

—Puede que no sepa cambiarle los pañales a un bebé, pero sé cómo mantenerlo seguro —respondió Ethan—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Después de recoger mis cosas, pasé por casa de mi hermano para hablar con Gina.

—¿Le has dicho que has dejado el trabajo?

—Sí —respondió ella—. Y otras cosas.

No estaba segura de si debía decirle que su cuñada le había sugerido que lo utilizara como objeto sexual. Ahora que había asimilado la idea, le parecía cada vez mejor.

—¿Y se alegró Gina al enterarse?

—Sí —dijo ella, y tomó un sorbito de vino—. Se alegró.

—Me parece muy bien que tu familia se alegre de que te quedes en paro —dijo él.

Sadie enarcó las cejas.

—Es porque sabe que no será durante mucho tiempo. De lo que se alegró fue de saber que ahora podrán verme más a menudo.

Él dejó caer el tenedor sobre el plato de porcelana.

—Tal y como lo dices, parece que estabas esclavizada. No era tan malo.

—La boda de Megan —dijo ella.

—Una vez.

—No solo una vez. No pude llegar al hospital a tiempo para ninguno de los nacimientos de mis sobrinos —le recordó ella.

—Y es todo culpa mía —dijo él.

Por su tono de voz, estaba claro que no lo creía así.

—En parte, sí. Pero, sobre todo, mía —dijo ella—. Yo podía haberte dicho que no iba a salir de la boda de mi prima, o que no iba a trabajar tantas horas. Pero no lo hice porque me gustaba mi trabajo, Ethan. Y, como me gustaba, dejé que invadiera toda mi vida.

—Bueno, de todos modos, te doy las gracias por ello —murmuró él.

—No había terminado —dijo ella, moviendo el tenedor hacia él—. Tú haces lo mismo, Ethan. No tienes vida fuera del trabajo.

—Eso ya me lo has dicho —replicó él, y apartó su plato—. Pero mi vida es exactamente como me gusta que sea.

—¿De verdad? ¿Te gusta vivir solo en una casa en la que vivirían cómodamente más de veinte personas?

—Me gusta la tranquilidad —dijo él.

—Sí, claro. Lo que pasa es que te estás escondiendo, Ethan.

Él se echó a reír.

—¿Escondiéndome? ¿De qué? Eso es absurdo.

—No, claro que no. Desde tu divorcio, te apartaste de todo.

Ethan se quedó helado. Su risa cesó de repente, y apretó los labios con fuerza.

—No vamos a hablar de eso.

—Claro que no. Nunca lo has hecho —dijo Sadie, y apoyó los brazos en la mesa para inclinarse hacia él—. En esta ocasión no tienes por qué ser tú quien hable. Lo haré yo.

—Vaya, estás muy atrevida después de haber presentado la renuncia. Ella asintió.

—Es cierto. Como ya te dije, resulta muy liberador.

Él no sonrió.

—Supongo que puedes decir lo que quieras, pero yo no tengo por qué escucharte.

—¿Escondiéndote otra vez?

—No, no me estoy escondiendo. Lo que pasa es que no me interesa hablar de esto.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Qué es lo que te interesa, Ethan?

—Mi empresa.

—¿Y?

—¿Y qué? Eso es todo —respondió él, y se puso de pie. Llevó su plato al fregadero, se dio la vuelta y la miró—. Mi familia fundó esta empresa hace más de cien años y, en este momento, me corresponde a mí mantenerla en lo más alto del negocio. Protegerla. Y ¿desde cuándo hablamos tú y yo de estas cosas?

—Desde que presenté la renuncia y ya no tengo que preocuparme de que mi jefe me despida —respondió ella, y llevó también su plato al fregadero.

—Todavía puedo decirte que te marches.

—Pero no lo vas a hacer.

—Vaya, crees que estás a salvo, ¿eh?

—Pues sí.

—Pero... te das cuenta de que vas a estar trabajando para mí durante todo el mes que viene...

—Claro, pero no de manera oficial.

—Pues, para ser no oficial, voy a pagar una gran cantidad de dinero.

—Yo merezco la pena —dijo ella, y vio aquel brillo en sus ojos que le había parecido detectar en más ocasiones.

Por muy breve que fuera aquel brillo, producía un destello muy parecido dentro de ella. Tuvo una sensación de calor en el estómago, que comenzó a deslizarse lentamente hacia el sur e invadió el centro de su cuerpo mientras lo miraba a los ojos. Tuvo que hacer un esfuerzo por controlarse y no hacer ningún movimiento.

—Sí, supongo que sí —dijo él en un susurro.

De repente, se le oscurecieron los ojos, como si acabaran de reflejar unas emociones que ella no podía descifrar. Habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando Ethan, pero, al momento, tuvo su primera pista.

—Es extraño —dijo él.

—Hoy han pasado muchas cosas raras —respondió ella—. ¿No puedes ser más concreto?

—De acuerdo. Creo que esta es la primera vez que te veo con ropa distinta a la de trabajo...

Sadie se miró. Se había puesto unos pantalones vaqueros negros, una camiseta de manga larga de color rojo y unas manoletinas negras. No era precisamente un atuendo como para poner aquella expresión de interés en su cara, pero allí estaba.

—Y tú vas descalzo y llevas pantalones vaqueros —dijo ella—. Yo ni siquiera sabía que tuvieras vaqueros. Es la primera vez que estamos juntos fuera del trabajo.

—No es cierto —replicó él, mientras ponía ambas manos en la encimera, una a cada lado de ella—. Hicimos un viaje a Dublín el verano pasado.

—Pero era un viaje de negocios —murmuró ella mientras notaba su calor. Ethan estaba haciendo aquello a propósito. ¿Por qué lo estaba haciendo? Bueno, no tenía importancia el motivo. Ella no quería que se detuviera.

—¿Y esa vez que fuimos a un pub después de la reunión?

—Trabajo —dijo ella.

—¿Y las canciones? —preguntó él.

—Trabajo, aunque divertido —respondió ella, recordando aquella noche en Irlanda, que había sido una de las mejores de los últimos cinco años.

—Entonces, por lo menos, reconoces que te divertiste esa noche.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Um... ¿Y ahora? ¿Te estás divirtiéndote? —preguntó Ethan, e inclinó la cabeza un poco más hacia ella.

—Podría ser, si supiera qué es lo que te propones. Pero creo que tú sí te estás divirtiéndote.

—Sí, yo, sí —dijo él, pasando la mirada por los rasgos de su cara.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Te pongo nerviosa? —preguntó Ethan.

—¿Y si me pusieras nerviosa?

—Entonces, pararía.

—Pues no, no me pones nerviosa.

—Me alegro de oír eso.

De repente, la diversión desapareció de su mirada. La miró con cierta tensión, como si la viera por primera vez. Cuando se inclinó hacia ella, ella lo imitó. Se le había cortado la respiración y tenía el corazón acelerado. Lo deseaba, y parecía que iba a conseguirlo, y su cuerpo estaba reaccionando con explosiones de alegría.

—He pensado en hacer esto —murmuró él.

—Yo, también —dijo ella suavemente.

—¿Ah, sí? —preguntó Ethan con una ligera sonrisa—. Yo no hice nada porque trabajabas para mí. Pero ahora ya no.

—Buena observación —dijo ella.

Lo miró a los ojos y, después, se fijó en sus labios y, después, volvió a mirarlo a los ojos.

—Entonces, ¿vas a besarme, sí o no?

—Deja de hablar, Sadie.

Y la besó.

Capítulo Cinco

Aquel primer contacto con sus labios fue eléctrico. A Sadie se le iluminó todo el cuerpo como si fuera un neón. Él le tomó la cara entre las manos, le inclinó la cabeza y le separó los labios con la lengua. Ella recibió aquella caricia íntima con entusiasmo. Era todo lo que se había esperado, y más.

Ethan la estrechó contra su pecho y la acarició por todas partes. Agarró su trasero y se lo apretó, y ella sintió que la excitación invadía todas sus células. Le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él mientras sus bocas se encontraban, danzaban y se prometían más.

Sexo con Ethan. Iba a suceder de verdad. Iba a mantener relaciones sexuales con Ethan. Sus fantasías se iban a hacer realidad.

Entonces, se oyó un grito.

Los dos se apartaron y se miraron el uno al otro mientras trataban de tomar aire. Por su expresión, Sadie supo que Ethan se había quedado tan anonadado como ella. Ni siquiera en sus más descabelladas fantasías habría imaginado que tendría aquella reacción al besarse con él. Había estado con otros hombres, pero la mejor de las noches que hubiera podido pasar con ellos no se acercaba a lo que había sentido solo con un beso de Ethan.

Emma volvió a gritar. El grito les llegó perfectamente a través del monitor que habían dejado sobre la encimera de la cocina. La niña estaba pidiendo atención y no había forma de ignorarlo.

—Debería ir a verla —dijo Sadie, con la voz entrecortada.

—Sí. Sí, deberíamos ir a verla.

Ethan la soltó y dio un paso atrás. Sadie notó al instante la falta de su calor, pero no supo si agradecía o lamentaba que el bebé los hubiera interrumpido. La pequeña Emma les había dado, sin saberlo, más tiempo

para pensar. Para analizar lo que podría ocurrir y decidir si eso era lo que querían... Oh, Dios, ella sí lo quería, y esperaba que él, también.

—De acuerdo, ya...

—Hablaremos de esto —dijo él, acabando la frase en su lugar.

Ella asintió. Salió de la cocina y se dirigió hacia las escaleras. Ethan la siguió, y a ella le sorprendió que estuviera dispuesto a contribuir al cuidado de la niña.

Sin embargo, lo que ocupaba sobre todo su mente era la pregunta de si su charla iba a convertirse en otra cosa.

Unos días más tarde, ya se habían instalado en la vida cotidiana. Un tipo de vida que Ethan nunca había deseado. El hecho de tener a un bebé en casa ya era bastante inquietante, pero ver todos los días a Sadie era difícil de soportar, más de lo que él hubiera pensado. Llevaba días pensando en aquel beso. Quería más, pero sabía que no debía tenerlo.

Sin embargo, deseaba a Sadie.

Ninguno de los dos había vuelto a hablar de lo sucedido, pero la tensión aumentaba a cada minuto. Él sentía un deseo demasiado fuerte que no tenía visos de desaparecer. Después de cinco años trabajando juntos, todo se había desencadenado por un beso.

Intentó concentrarse en el trabajo, pero, sorprendentemente, la campaña para el Día de la Madre no podía interesarle menos en aquel momento. Tenía demasiadas distracciones. Habían entrevistado a dos candidatas para el puesto de ama de llaves, pero ninguna de ellas era adecuada para el trabajo. Sadie y él iban a llevar a Emma a la guardería todos los días, pero esa no era una solución factible. Él no iba a llevar a una niña yendo y viniendo del trabajo todas las mañanas y tardes. Necesitaba espacio y tiempo para pensar. Necesitaba que su vida volviera a estar en orden.

Por otro lado, por mucho que deseara a Sadie, sabía que estar con ella podía dar pie a todo tipo de problemas. ¿Y si ella se tomaba de una forma equivocada el significado de que mantuvieran relaciones sexuales? ¿Y si esperaba que tuvieran una relación? Él no estaba dispuesto a seguir por aquel camino otra vez.

Ya había intentado la vida matrimonial una vez y había aprendido la lección. No se le daba bien. Le gustaba tener su espacio y no le interesaban las fiestas ni la fama.

Cuando se casaron, Marcy, su mujer, pensaba que harían grandes viajes, que irían a grandes fiestas, que tendrían amigos famosos. Pero él no era así, y ella no se había molestado en disimular su decepción y le había pedido el divorcio. Él no se había opuesto. ¿Para qué? Marcy no era feliz, así que, ¿para qué iba a intentar mantenerla a su lado?

Además, su breve matrimonio le había enseñado que estaba mejor solo. No le había gustado aquel fracaso y no tenía planes de volver a arriesgarse a otro desastre. Le gustaban las mujeres, pero no quería estar con una de manera permanente. Ni siquiera con una mujer que le hiciera sentir lo que le hacía sentir Sadie. Ella quería tener hijos. Quería tener un matrimonio. Una familia.

Lo que él quería podía conseguirlo con unas cuantas noches apasionadas.

Se levantó del escritorio y se acercó al ventanal del despacho, con la esperanza de que las vistas al mar lo calmaran un poco. Cuando llamaron a la puerta, ni siquiera se molestó en darse la vuelta para ver quién era.

—¿Ethan?

Él cerró los ojos. Tan solo el sonido de su voz era como un puñetazo visceral.

—¿Qué ocurre, Sadie?

—Te traigo el dossier sobre Donatello. La reunión es dentro de una hora, así que...

Él volvió la cabeza para mirarla.

Sadie se encogió de hombros y dejó la carpeta en el escritorio.

—Pasé por aquí aquella primera noche para recoger la documentación, pensando que podríamos revisarla antes de la reunión... Pero se pospuso de nuevo y se me olvidó. Bueno, para ser sincera, aquella noche se me olvidó todo. En la casa. Cuando...

—Sí, supongo que a los dos se nos olvidaron cosas esa noche.

—Y, sin embargo, todavía no hemos hablado de ello.

A él se le escapó una carcajada seca.

—¿De verdad piensas que se va a solucionar con hablar?

—No sabía que hubiera que solucionar algo.

—Sadie... —dijo él, y suspiró—. Sabes muy bien que lo que sucedió esa noche cambió las cosas.

—Sí —respondió ella, y se mordió el labio.

Pero él no quería hablar. Quería saborear, acariciar, explorar. Así que volvió a su escritorio, miró la carpeta y dijo:

—Gracias. Lo miraré antes de la reunión.

—Claro —dijo ella. Pero no se marchó.

—¿Algo más?

—Sí. ¿Qué está pasando?

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes.

—Déjalo, Sadie —dijo él—. Este no es el momento.

—Pues a mí me parece que sí. Dijimos que íbamos a hablar. Han pasado días. Yo quiero hablar de ello.

—¿Aquí?

—Es donde estamos siempre, Ethan.

—Podemos hablar en casa, esta noche.

—Esta noche vamos a tener que cuidar del bebé. En este momento, Emma está en la guardería, así que no va a haber interrupciones.

—De acuerdo —dijo él. Se levantó y rodeó el escritorio, y se sentó al borde para que estuvieran frente a frente—. Habla.

—Sí. Estos últimos días he estado pensando mucho.

—Yo, también.

—Eso está bien. Pero, ahora, necesito que sepas lo que he pensado.

—¿Y qué es?

—Que, seguramente, es mala idea que nos acostemos.

—Sí, lo sé —respondió él, con una opresión en el pecho—. Yo también lo creo.

—Oh —dijo ella, en tono de desilusión—. Pero, al mismo tiempo, creo que sí deberíamos hacerlo, de todos modos.

En cuanto lo dijo, él se separó del escritorio y la tomó entre sus brazos.

—Estoy de acuerdo —respondió, y la besó con todo el deseo que había acumulado aquellos días.

Fue como la primera vez. Ethan sintió que las llamas devoraban su cuerpo. Aquello era lo que le hacía Sadie, lo que nunca había sentido con otra mujer. Saborearla, dejar que sus lenguas se acariciaran, sentir sus senos aplastados contra su pecho... Todo era por Sadie. Y, más allá de satisfacer la necesidad que tenía en aquel momento, no quiso pensar en lo que podía significar.

Se separó de su boca y, rápidamente, le abrió la chaqueta roja que llevaba. Empezó a desabotonarle la camisa.

—Ethan...

—Tengo que acariciarte —murmuró él.

—Oh, Dios...

Ethan abrió la tela de la camisa y vio su sujetador rosa claro.

—Bonito, pero se interpone en mi camino.

—Se desabrocha por delante.

—Buenas noticias.

Cuando desabrochó el enganche, los preciosos pechos de Sadie quedaron desnudos en sus manos y, al notar el contacto con su piel, él tomó aire bruscamente. Empezó a acariciarle los pezones con los dedos pulgares hasta que se pusieron rígidos.

Ethan vio a que a ella se le empañaban los ojos y notó perfectamente su reacción. Sadie movió las caderas contra él, sin poder evitarlo, y él sonrió. Bajó la cabeza y tomó uno de sus pezones con la boca. Su sabor y su olor lo rodearon, y su mente se convirtió en una neblina a causa de las exigencias físicas de su cuerpo.

—Ethan —murmuró ella, mientras pasaba los dedos entre su pelo y le arañaba el cuero cabelludo. Él lamió y mordisqueó y succionó sus pechos, y el calor aumentó exponencialmente entre ellos.

Aquello era lo que necesitaba. Había intentado ignorar durante años el deseo que sentía por ella, pero se estaba liberando de las cadenas con las que se había atado a sí mismo.

—Ethan —dijo ella, con la voz ahogada—. Hagas lo que hagas, no pares.

—No es mi plan —respondió él.

Siguió acariciándole los pechos hasta que ella se retorció sobre el escritorio, indefensa ante el deseo. Y él sabía lo que podía hacer para

ayudarla. Metió la mano entre sus piernas y la acarició. Al notar el primer roce, ella echó la cabeza hacia atrás y se movió hacia él. Sus pantalones estaban en el camino, y él quería tocar su calor hasta notar que ella llegaba al clímax. Pero, por el momento, siguió frotando a través de la tela y, al mismo tiempo, saboreando y mordisqueando, hasta que ella no fue más que una masa de deseo. Y su respuesta alimentó también la pasión que él sentía.

Cuando Sadie empezó a notar las primeras ondas del orgasmo, se inclinó hacia delante y posó la cabeza en su hombro. Él oyó el sonido áspero que se le escapó, pero sabía que lo había amortiguado a propósito para que nadie oyera lo que estaba sucediendo allí. Al final, ella se quedó callada, y él se irguió. Se apartó un poco, y ella lo miró mientras respiraba entrecortadamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Ahora mismo vuelvo.

—Pero... ¿es que te marchas? —preguntó ella con indignación.

—No —respondió él. Fue hacia la puerta, la cerró con pestillo y volvió a su lado en un abrir y cerrar de ojos—. No quiero que entre nadie antes de que hayamos terminado.

—Ah, me alegro de saber que no hemos terminado.

—Ni de lejos.

Ella asintió y se humedeció los labios.

—Entonces, cerrar con pestillo ha sido buena idea.

—Eso me ha parecido.

Él fue al otro lado del escritorio, abrió uno de los cajones y sacó la caja de preservativos que había comprado aquella mañana, cuando habían parado a comprar más pañales para Emma. Sadie lo estaba mirando y sonrió.

—Me encanta que un hombre esté preparado para cualquier situación.

—Los he comprado hoy. Por si acaso terminábamos haciendo lo que parecía que íbamos a hacer.

—Buena idea.

—Pero no quiero esperar hasta esta noche.

—Yo, tampoco. Ahora, Ethan. Podemos hablar más tarde, pero, en este momento, necesito que lo hagamos antes de que explote.

—Es cuando lo hagamos cuando vas a explotar.

—Demuéstramelo.

Él abrió la caja y sacó uno de los preservativos.

—Deja que te ayude —susurró ella, y le tendió la mano para que él le entregara el pequeño paquete.

Él se acercó y se lo dio. Entonces, ella le desabrochó el pantalón con sus dedos esbeltos y lo liberó. En cuanto sus dedos se curvaron alrededor de su cuerpo, él gruñó. Su cuerpo nunca había reaccionado así al sentir una caricia. Sadie rodeó toda su longitud y lo acarició lentamente, de un modo que estuvo a punto de hacer que perdiera el control.

—Ponme el preservativo, Sadie. No voy a poder aguantar mucho más...

Ella sonrió.

Cuidadosamente, extendió el preservativo por su miembro y se lo puso. Cuando terminó, Ethan estaba respirando con intensidad y sentía el dolor del deseo en todas las partes del cuerpo. La necesidad era como una bestia agazapada en su interior.

—Ahora —gruñó, y ayudó a Sadie a quitarse el pantalón y los zapatos.

Después, posó la mano en su sexo cálido y húmedo y ella se echó a temblar. Deslizó un par de dedos en su interior y comenzó a frotar y a explorar, mientras apretaba con la yema del dedo pulgar el centro de su cuerpo. Ella se puso tensa entre sus brazos y separó las piernas para acogerlo.

Ethan la miró a los ojos y vio el reflejo efímero de muchas emociones mientras se apretaba y se movía contra su mano. Nuevamente llegó al éxtasis y se mordió el labio para no gritar de placer.

Él admiraba su dominio, pero quería arrebatárselo. Quería oír que gritaba su nombre. Necesitaba más.

Cuando dejó de temblar, él apartó todo lo que había sobre el escritorio, que cayó sobre la alfombra, y la sobre la superficie, boca abajo. Mientras se quitaba la ropa, se llenó los ojos con ella, con su cuerpo desnudo, y comenzó a acariciarle las nalgas.

—Ethan, ahora.

—Ahora —dijo él, asintiendo.

Entró en su cuerpo de una larga embestida y gruñó de satisfacción. Ella movió las caderas y miró hacia atrás por encima de su hombro. Él también la miraba. No podía dejar de mirarlos a los dos juntos.

Sintió su respuesta cuando sus músculos femeninos empezaron a contraerse a su alrededor. Sadie volvió a llegar al clímax, con dureza, y se mordió el labio para mantenerse en silencio. Pero él ya había visto su reacción y se dejó llevar, y tuvo que apretar los dientes cuando llegó su propia rendición y se entregó a ella.

Unos minutos después, cuando se calmó su corazón, Ethan se quedó asombrado por lo que habían hecho. Dios Santo, él nunca había mantenido relaciones sexuales en la oficina, nunca. Cinco minutos a solas con Sadie, y ese récord había sido fulminado. No sabía si podría volver a trabajar allí; siempre la vería tendida sobre su escritorio, deliciosamente desnuda.

Salió de su cuerpo y la ayudó a incorporarse. Ella gimió un poco al ponerse en pie.

—¿Te he hecho daño, Sadie?

—¿Me lo preguntas en serio? ¡Me siento fantásticamente bien!

Y él volvió a desearla. ¿Cómo no se había imaginado, después de tantos años, la clase de mujer que era Sadie Matthews? Siempre había pensado que era muy eficiente, pero era mucho más que eso.

Aquello iba a ser un problema.

Sadie se vistió rápidamente y él hizo lo mismo. Entonces, la tomó por los hombros.

—Ha sido una locura.

—Ya lo sé —respondió ella—. Ha sido una locura y ha sido increíble.

Ethan se pasó una mano por la nuca y dijo:

—Creo que tenemos que hablar.

—De acuerdo. Empieza tú —respondió Sadie, y comenzó a recoger los bolígrafos y papeles que habían caído del escritorio.

—No tienes por qué hacer eso —le dijo Ethan con irritación.

—Todavía trabajo aquí, Ethan. Relájate.

Cuando ella lo reunió todo, él la tomó del brazo para que se levantara. Sadie lo puso todo en el escritorio y le dio una suave palmadita a la madera.

—A partir de ahora voy a tenerle un gran afecto a este escritorio.

Él la miró con incertidumbre. Parecía que ella se deleitaba por lo que había pasado, pero él no sabía si habían cometido un grave error.

—Estás preocupado, y no tienes por qué —le dijo Sadie. Se acercó a él, le puso una mano sobre el pecho y lo miró a los ojos—. Lo que ha pasado aquí ha pasado porque queríamos los dos. No me debes nada, y no te voy a pedir nada. Así que quítate esa cara de pánico.

—No tengo pánico. Lo único que pasa es que no quiero que pienses que esto significa más de lo que es.

—Ethan, te conozco desde hace más de cinco años. Si hay alguien que sabe que tú no eres un hombre de relaciones duraderas, soy yo. Además, he dejado el trabajo, no sé si te acuerdas. Dentro de cuatro semanas me habré ido y no tendrás que preocuparte de esto.

Sadie se marchó hacia la puerta, le dijo adiós con la mano y salió del despacho. La habitación todavía estaba llena de energía sexual, y Ethan solo podía pensar en lo que le había dicho ella: «Dentro de cuatro semanas me habré ido».

Y, demonios, él ya se había dado cuenta de que cuatro semanas no iban a ser suficientes.

Capítulo Seis

Gabriel lo tenía todo bien pensado.

Uno de los pasteleros de Heart Chocolates iba a hacer las muestras de los nuevos sabores. Era la mejor solución. Jeff Garret ya trabajaba para su empresa de ayudante de chocolatero y quería ascender en su profesión. Además, él no tenía que sacar la receta de Heart Chocolates. Lo único que tenía que hacer era alquilar una cocina profesional un par de noches.

—Todavía no entiendo por qué no se lo has encargado al pastelero que yo te recomendé —le dijo Pam con ira.

Y él no entendía por qué estaba tan enfadada. Así había estado desde que le había dicho el nuevo plan.

—Porque no lo conozco.

—Yo, sí.

—Bueno, me alegro —respondió Gabe—. Pero Jeff es pastelero en mi empresa. Ha estudiado con los mejores chocolateros de Bélgica y quiere un puesto de más responsabilidad. Esta es su oportunidad para demostrar su valía —dijo Gabe. Se echó a reír un poco, y añadió—: Supongo que Jeff y yo tenemos mucho en común en este sentido.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Esto no tiene gracia, Gabe. Para mí, no.

—Sí, ya lo veo. Pero no entiendo por qué.

—Estábamos haciendo esto juntos y, ahora, de repente, ya no. ¿Qué le voy a decir a mi amigo?

—Dile la verdad. Que es la receta de mi familia y que no puedo confiársela a cualquiera.

—¿Es que yo soy «cualquiera»? Me alegro de saberlo. No estabas confiando en mi pastelero, Gabe. Se suponía que confiabas en mí.

Pam se dio la vuelta y se alejó de él.

Gabe la alcanzó rápidamente y la tomó del brazo para que se diera la vuelta.

—Sí confío en ti.

—Claro. Ya lo veo.

Gabe se sentía cada vez más confuso. Estaban en su apartamento del hotel. Supuestamente iban a celebrar la ocasión con una buena cena y una botella de champán. Lo había encargado todo en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Sin embargo, la cena estaba intacta y el champán se estaba quedando sin burbujas.

Pam salió al balcón y se quedó mirando al mar. Él la siguió, quería saber cuál era la causa de su enfado.

—No entiendo por qué no te has ceñido a nuestro plan —le dijo ella.

—Porque este plan es mejor. Te lo he explicado. Así, la receta continúa en la familia.

—Lo siento —dijo ella, de repente—. Es que me he quedado sorprendida, Gabe. Ni siquiera me dijiste que ibas a cambiar el plan.

—Eh —dijo él—. Sinceramente, no entiendo por qué te molesta tanto. Esto no tiene nada que ver con la confianza, Pam. Seguimos siendo un equipo. Las cosas no han cambiado.

—Pues no da esa impresión —dijo ella, moviendo la cabeza—. Ya, no.

—¿Qué demonios pasa, Pam? ¿De dónde sale toda esta furia? Yo no conozco de nada a tu amigo pastelero. ¿Por qué no puedo encargárselo a alguien que ya conozco? Este chico tiene muchísimo talento. Y ya trabaja para mí.

—Muy bien —dijo ella, y movió una mano para rechazar aquel argumento—. Pero ahora yo tengo que explicarle a mi pastelero que no puede formar parte de la nueva línea de bombones.

—Eso no habría ocurrido de todos modos. Él iba a hacer las pruebas, nada más. Pero, si las cosas salen bien, Jeff conseguirá un ascenso y yo tendré la satisfacción de oír las disculpas de Ethan. Tendrá que reconocer que se ha equivocado, por primera vez en su vida.

No parecía que eso importara mucho a Pam.

—No entiendo nada de esto —le dijo Gabe, que cada vez estaba más frustrado—. Y no pienso pedir perdón por proteger a mi familia.

—Eh —dijo ella rápidamente—. Nadie te ha obligado a hacer nada. Tú querías hacer esto. Yo no te he convencido de nada. De hecho, te dije que no tenías que hacerlo si no querías.

Él se le acercó, le puso las manos en los hombros y notó que estaba vibrando de ira.

—Nena, eso ya lo sé. Esto es cosa mía. Por eso voy a hacerlo a mi manera. Dijiste que entendías lo que es la lealtad familiar.

—Y lo entiendo.

—Pues, entonces, también deberías entender por qué lo estoy haciendo así.

Ella lo pensó unos instantes, dio un suspiro y respondió:

—Lo entiendo, Gabe. Pero no sé por qué me lo has ocultado.

—Lo he organizado todo hoy mismo, y nos hemos reunido hace media hora. ¿Cuándo iba a decírtelo?

—Cuando empezaste a pensar en cambiar los planes.

—¿Qué es lo que ocurre realmente, Pam?

—¿A qué te refieres?

—Hay algo más, aparte de que tu amigo no sea el encargado de hacer las muestras. Dime qué ocurre.

—No hay nada que decir —respondió ella. Se sacó el teléfono del bolsillo y miró la hora—. Tengo que irme. Es el cumpleaños de mi padre y toda la familia se va a reunir en su casa.

—No me lo habías dicho.

—Bueno, pues te lo digo ahora.

—Pero... tenemos la cena. Y champán.

—Sí, bueno... a mí no me apetece mucho celebrar nada.

—Demonios, Pam, dime lo que te pasa.

—Nada.

Antes de que él pudiera decir algo más, ella entró a la habitación de nuevo y tomó su bolso del sofá. Ignoró por completo la mesa de la cena, que estaba suavemente iluminada con unas velas.

—Pam.

—¿Qué? —preguntó ella con un semblante serio.

—¿Vas a estar allí cuando hagamos los nuevos bombones?

Ella sonrió, aunque su mirada permaneció igual, oscurecida, indescifrable.

—Claro que sí. Quiero verlo todo contigo.

—Bien —dijo él—. Te llamo mañana.

—Claro, Gabe. Mañana.

Pam se marchó, y él se preguntó si aquella idea iba a destruir su relación con ella como, seguramente, destruiría su relación con Ethan.

—Han pedido más dinero —dijo Ethan unos días más tarde mirando a Sadie.

A ella se le cortó la respiración. Ethan estaba sentado en su escritorio y, no hacía mucho, ella estaba allí tendida como si fuera el plato principal de un festín. Al recordarlo, tuvo un escalofrío de excitación. Era difícil seguir concentrada en el trabajo cuando solo podía pensar en...

—¿Sadie? ¿Me estás oyendo?

—¿Qué? Sí, por supuesto. Quieren más dinero.

—Yo creía que estábamos a punto de terminar. El padre quiere vender, pero sus hijos le están haciendo dudar —dijo Ethan. Dejó un bolígrafo sobre el escritorio y se puso de pie—. Los abogados de ambas partes están intentando redactar el acuerdo, pero...

—¿Por qué no lo haces tú personalmente?

—Yo no me encargo de las negociaciones. Para eso pago a los abogados.

Ella se echó a reír y cabeceó.

—Sí, esa es la forma de hacerlo en general. Pero tal vez Donatello sea algo distinto.

—¿En qué sentido?

—Bueno, Donatello es un negocio familiar.

—Sí, eso ya lo sé. Acabo de decírtelo. Son los hijos los que están pidiendo más dinero, pero, al mismo tiempo, le dicen al padre que no venda —dijo Ethan con el ceño fruncido—. Si no se entrometieran, ya

habríamos terminado. No sé por qué están poniendo tantas dificultades. Les hemos hecho una oferta justa.

—Sí —dijo Sadie, y se encogió de hombros—. Bueno, tú sabes lo que sientes por Heart Chocolates. Es el negocio de la familia Hart. Los dos sabemos que harías cualquier cosa por la empresa, así que, por un minuto, ponte en su lugar.

Él dio un resoplido.

—No es lo mismo. Sí, Donatello tiene una gran reputación, pero son una empresa pequeña, solo tienen una tienda.

—Así es como empezó Heart Chocolates.

—Hace muchísimo tiempo.

—Donatello tiene casi cincuenta años. Y es una buena empresa, tan sólida como para que tú quieras comprarla.

—Bueno, sí. Porque tienen una excelente presencia en internet, una ubicación perfecta en Laguna y una lista de clientes portentosa.

—Todo eso son puntos a su favor. Pero lo que yo digo es que la tienda de bombones Donatello empezó como empezó la vuestra hace cien años. Con mucho trabajo familiar, haciéndose una gran reputación.

Él frunció el ceño de nuevo. Sin embargo, Sadie se dio cuenta de que estaba pensando en lo que ella le decía. Así pues, continuó.

—¿Es tan horrible ofrecerles más dinero? Creo que Richard Donatello se lo ha ganado. Levantó una empresa que tú deseas comprar. A lo mejor, si los hijos ven que estás tratando muy bien a su padre, se retiran de la operación.

—Puede ser —dijo él pensativamente.

—A mí, por ejemplo, me has pagado ciento cincuenta mil dólares por un mes.

—Sí, pero eso era por algo personal. Esto son negocios.

—No del todo. Hay negocios de por medio, lógicamente, pero también es una cuestión de familia. De su familia, Ethan. Hay un legado que es tan importante para ellos como lo es el tuyo para ti.

Pasaron un par de segundos, y él volvió a asentir.

—De acuerdo. Pensaré en todo lo que me has dicho.

Sadie sabía muy bien cuándo había que dejar en paz a Ethan.

—Bueno. Ahora, volvamos al plano personal...

—No creo que tenga tiempo para uno rápido hoy, Sadie.

—No recuerdo haber dicho nada de eso.

Él se frotó la nuca.

—Es verdad, no lo has dicho. Lo siento. No tenía que haberlo dicho así.

—Ya. Bueno, no se trata de sexo, Ethan. Iba a decirte que la agencia va a enviar a otra ama de llaves para que la entrevistes esta noche.

—Ah —dijo él—. Bien.

—Se llama Julia Cochran. Es madre soltera de una niña de cinco años. Es buena cocinera y no tiene ningún problema para cuidar de un bebé. Y necesita el trabajo.

—¿Quieres que venga otra niña a mi casa?

Sadie estuvo a punto de suspirar. Pensaba que habían progresado algo durante aquellos últimos días. Oír su pregunta era muy decepcionante.

—Seguro que la niña no tiene la peste, ni nada por el estilo, así que estarás a salvo.

—No tiene gracia.

—No. Nada de esto tiene gracia. Pero Julie es una madre soltera que necesita un trabajo. La agencia dice que es una de sus mejores...

—Entonces, ¿por qué no tiene trabajo?

—Porque trabajaba para una anciana que ha muerto hace poco.

—Oh.

—Ethan, quieres a alguien que sea bueno con los niños. Julie lo es. La habitación del ama de llaves es lo suficientemente espaciosa como para que vivan ella y su hija. Además, es cocinera. En realidad, reúne todos los requisitos.

—Yo no necesito otra niña en casa —dijo Ethan—. Ni siquiera quería la que ya tengo.

—Vaya.

Sadie se quedó mirándolo fijamente. Por algún motivo, ella tenía la impresión de que él estaba empezando a acomodarse a la situación. Estaba ayudando a cuidar de Emma. La noche anterior le había dado el biberón y

la había bañado. La habían acostado en su cuna entre los dos. Así pues, ¿cuál era el problema?

—Demonios, no me mires así.

—¿Cómo? —le preguntó ella—. ¿Horrorizada? ¿Decepcionada?

—De ninguna de las dos formas.

—No sé por quién me siento más insultada, si por Emma, o por mí.

—Pues yo no estoy intentando insultaros a ninguna de las dos.

—Pues enhorabuena —replicó ella con tirantez—. Parece que se te dan tan bien los insultos que ni siquiera necesitas intentarlo.

—Demonios, Sadie...

—Ahora no estoy hablando de mí, Ethan. Se trata de Emma. Solo la has tenido durante una semana. Dale una oportunidad.

—Se la estoy dando, ¿no?

—¿De verdad? Yo creía que sí, y me parece que eres realmente bueno cuidándola, pero, al oírte ahora, no sé si estás haciendo lo correcto al quedártela.

Él se quedó mirándola con sorpresa.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Le prometí a su padre que sería su tutor.

—Un tutor significa algo más que un sitio donde vivir y un ama de llaves que se ocupe de ella. Una promesa hecha diez años no es motivo suficiente para quedarte con una niña. Emma necesita algo más que el mero hecho de que cumplas con tu deber. Se merece que la quieran. Y, si tú no puedes hacerlo, deberías plantearte darla en adopción a alguien que sí pueda.

Él se quedó asombrado.

—¿De verdad piensas que yo haría eso?

—Hace cinco minutos, no. Pero tus quejas son muy convincentes.

—Estupendo, gracias.

Ethan volvió a colocarse detrás de su escritorio, como si estuviera atrapado.

—Me alegro de saber que cuento con tu apoyo.

—¿Como yo cuento con el tuyo? ¿Qué es lo que acabas de decir sobre «uno rápido»?

—Sabes perfectamente que no quería decir nada con eso.

—¿De verdad?

—Deberías saberlo —le espetó él—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo como para que tomes un comentario estúpido y lo saques de quicio.

—¿Qué es lo que te pasa, Ethan? —le preguntó ella.

—Nada.

—Sí, claro —respondió ella, cruzándose de brazos—. Casi no me has dirigido la palabra desde que estuvimos juntos. Todas las mañanas te vas sin decir nada y, cuando te ves obligado a hablar conmigo en el trabajo, eres frío y distante. Y hoy, por ejemplo, acabas de ser insultante.

—He dicho que lo sentía.

—Bueno, mejor —dijo ella, y se puso las manos en las caderas—. ¿Por qué me estás evitando?

—He estado muy ocupado.

—Yo, también. Y soy yo la que ha llevado a Emma a la guardería. La que ha ido a verla a la hora de comer. Y seguro que también seré yo la que la lleve de vuelta a casa. Has estado ignorándonos a las dos, Ethan, ¿Por qué?

Él le lanzó una mirada fulminante y, después, apartó la vista.

—Porque las cosas son diferentes desde que estuvimos juntos.

Ella se quedó sorprendida.

—¿Diferentes? ¿En qué sentido?

—Eso lo cambió todo. He pensado en ello y creo que lo que hicimos fue un error.

Sadie se puso nerviosa. Sintió ira y vergüenza. No le había avergonzado quedarse desnuda delante de él, pero oír que despreciaba lo que habían compartido fue suficiente para estropear el recuerdo.

—¿De verdad?

—Sí —respondió él con tirantez, y la miró fijamente—. Ahora están sucediendo muchas cosas y no creo que debamos repetirlo.

—¿Cuánto tiempo llevas preparando este discursito?

—¿Qué?

—Tú no piensas. Tú ya lo has decidido todo. Gracias, Ethan. Qué amable eres por haberlo resuelto todo sin consultarme.

Él se estremeció ligeramente.

—Escucha...

—Sí, ahora tú ya estás dispuesto a hablar, y yo tengo que sentarme y escuchar tus planes.

—Yo no he dicho eso...

—Deja que te lo pregunte, Ethan, ¿tengo voto en algo de esto?

—Por supuesto que sí —dijo él.

—Qué democrático por tu parte, Ethan. Entonces, ¿por qué no hablaste conmigo de esto antes de establecer tus nuevas reglas?

Él se pasó una mano por la mandíbula.

—Es complicado.

—No, no lo es —dijo ella—. Por el amor de Dios, Ethan, no tiene por qué ser complicado, a menos que tú lo compliques. No sé lo que estás pensando, pero déjalo ya.

Él se echó a reír.

—Claro. Voy a dejar de pensar.

—Piensas demasiado, Ethan. Ese es el problema. ¿Por qué no puedes ver las cosas tal y como fueron? Dos adultos, disfrutando el uno del otro en esta mesa. Yo no te pedí nada, ¿no te acuerdas? Tú no me debes nada, y yo no necesito que me protejas de ti mismo.

Él se pasó las manos por el pelo con un gesto de desesperación.

—No quiero esto. No quiero que haya problemas.

—Pues los habrá —respondió ella, con un suspiro—. La vida está llena de problemas, Ethan. Es algo que pasa siempre. Pero relájate. Yo no voy a echarme a tus pies pidiéndote atención.

—Yo nunca he dicho que tú vayas a hacer eso.

—Y estás totalmente a salvo de cualquier proposición —le dijo ella para tranquilizarlo—. Créeme cuando te digo que tú no eres el hombre adecuado para mí.

Él se quedó ofendido.

—¿Qué significa eso?

—Yo tengo una lista de requisitos para el hombre que quiero, y tú solo cumples uno de ellos —respondió Sadie. Se detuvo un momento y recordó las relaciones sexuales que habían mantenido, de repente, en aquel escritorio, a pleno día, y tuvo que admitir que Ethan no solo era sexy, sino también aventurero—. Bueno, dos. Pero no es suficiente.

—¿Cuántos puntos tiene esa lista? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Cinco —dijo ella—. Y dos de cinco no es suficiente para mí. Así que, no te preocupes, estás completamente a salvo.

—Maravilloso —respondió él.

—Bueno, pues, si ya estás más tranquilo, voy a volver a trabajar —dijo ella. Se giró hacia la puerta y se detuvo—. ¿Vas a llegar a tiempo esta tarde para entrevistar a Julie?

—Sí.

—Bien. Y, cuando te hayas recuperado de esta conversación, a lo mejor podemos probar una cama la próxima vez...

Sadie no esperó a oír su respuesta.

No era necesario.

Salió y se apoyó en la puerta cerrada. La oficina estaba en su apogeo; los teléfonos no dejaban de sonar y todo el mundo estaba tecleando en sus ordenadores. Pero ella no prestaba atención a nada de eso.

Su mente estaba centrada en el hombre a quien dejaría de ver muy pronto. Y para siempre.

Capítulo Siete

—**B**ueno, ¿qué te parece?

Ethan miró a Sadie y vio que tenía un brillo de triunfo en los ojos. No podía culparla.

—Creo que tenías razón. Julie va a funcionar muy bien.

—Vaya. Yo tenía razón. Me gusta oír eso.

Él enarcó una ceja.

—No te acostumbres.

Sadie se echó a reír, y aquel sonido le causó un cosquilleo en el pecho. Después de la conversación de aquella tarde, él se habría jugado hasta el último penique a que Sadie iba a hacérselo pagar con una actitud fría, silencio y miradas duras. Así era como se vengaban las otras mujeres que había conocido, así era como le hacían comprender lo equivocado que estaba en la situación personal que estuviera dándose en ese momento.

Pero él debería haber previsto que Sadie también sería distinta en eso. Se estaba comportando como si no hubieran tenido ninguna discusión.

—No sé —dijo ella con una sonrisa—. Creo que estoy en el buen camino. Vas a ofrecerle más dinero a Donatello. Has contratado a Julie, a pesar de que tenga a la niña...

Era cierto. Había aumentado la oferta por la tienda de bombones de Laguna. Todavía no tenía respuesta, pero Sadie había conseguido que se diera cuenta de algunas cosas en las que no había pensado. Donatello era una tienda pequeña, pero llevaba cuarenta y cinco años en la misma ubicación. Habían levantado una empresa familiar de la nada, como su propia familia. Eso era algo que había que respetar, y él se avergonzaba porque, hasta que Sadie no se lo había hecho notar, él no se había dado cuenta. Era difícil reconocerlo, pero...

En cuanto a Julie, había sido una de las decisiones más fáciles que había tenido que tomar en la vida. Habría otra niña en casa, sí, pero incluso él tenía que admitir que Alli era una niña encantadora. Eso no significaba que se estuviera ablandando, no. Pero tenía ojos en la cara, se dijo.

—Fue la cena que preparó lo que terminó de convencerme —dijo.

—Tienes razón. Estaba deliciosa. Ahora ya sabes por qué se empeñó en cocinar para nosotros. Para demostrar que sabe lo que se hace en la cocina.

—Sí —dijo él—. Todo esto hace que me pregunte por qué soporté tanto tiempo a Alice.

—Porque odias los cambios.

Él la miró y vio su cara de diversión.

—Debe de ser por eso, sí.

Aunque, para odiar tanto los cambios, había hecho bastantes en su vida últimamente.

—Bueno, ahora que Julie está contratada y va a cuidar de Emma, supongo que no necesitas que me quede todo el mes, ¿verdad?

Él se sobresaltó. No se le había ocurrido pensar en eso. El brillo del fuego que ardía en la chimenea se reflejaba en los rasgos de Sadie y le arrancaba reflejos a sus enormes ojos azules. ¿Por qué no se le había pasado por la cabeza? Todavía le quedaban tres semanas más con Sadie y, demonios, las quería.

Ya había malgastado demasiado tiempo preocupándose por las consecuencias cuando ella, claramente, no tenía ninguna preocupación.

—Todavía tenemos que encontrar una institutriz —dijo con firmeza.

—Sí, pero Julie puede cuidar a Emma hasta que la encuentres, así que...

Ethan fue hacia el sofá del despacho para acercarse donde ella se había sentado. La puso en pie y, cuando Sadie estuvo directamente frente a él, dijo:

—Sí, pero te he pagado para que te quedaras un mes más, y todavía te necesito.

—¿Por qué?

Él le dijo la verdad.

—Porque no estoy preparado para que te marches todavía.

—¿Por qué? —preguntó ella con una sonrisa.

Él también sonrió, aunque con reticencia.

—¿Vas a obligarme a decirlo?

—Sí, creo que sí —respondió ella.

—De acuerdo —dijo Ethan. Tragó saliva y dejó que el deseo lo recorriera libremente. Se le tensó el cuerpo y se le aceleró el corazón—. También tienes razón en esto. Te deseo, Sadie. Todo el tiempo.

—Y eso es bueno, ¿no?

—No es solo bueno. Es un regalo de la vida —respondió él con un gruñido.

Entonces, ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Muy bien, ¿y qué hacemos al respecto?

—Buena pregunta.

Ethan tomó a Sadie entre sus brazos, y ella sintió un escalofrío que le llegó hasta los huesos. Él la estrechó contra su pecho y la miró a los ojos, y ella vio el hambre que se reflejaba en su expresión. Claramente, había dejado de fingir que podían ignorar lo que había entre ellos. El deseo que irradiaba Ethan alimentó el suyo e hizo que temblara.

Habían pasado varios días desde que estuvieron juntos, y Sadie se había preguntado si volvería a suceder. Conocía muy bien a Ethan y sabía que él se había estado cuestionando si debía volver a tocarla. Era un hombre que meditaba mucho las cosas y no actuaba por capricho. Pero allí estaba, mirándola con la promesa de lo que iba a ocurrir, y ella tuvo que aceptar que seguía queriéndolo. Siempre lo querría. Y no importaba que se marchara, que intentara encontrar a otra persona con la que construir una vida.

Una parte de sí misma siempre estaría allí. Con Ethan.

—Me has acusado de pensar demasiado, pero, ahora, estoy viendo cómo dan vueltas los engranajes de tu cerebro —le dijo él, mientras la llevaba hacia las escaleras—. ¿Has cambiado de opinión?

—No, en absoluto —respondió Sadie. Después, intentó pensar en algo que pudiera disimular lo que estaba sintiendo, y optó por el sentido del humor—. Me estaba preguntando lo rápidamente que serías capaz de subir las escaleras...

—Estamos a punto de averiguarlo —dijo él con una sonrisa, y llegó al segundo piso en pocos segundos.

—Impresionante —dijo ella, y le pasó las uñas por la nuca.

Ethan tomó aire profundamente y se giró hacia su habitación.

—Solo estoy empezando a impresionarte.

Ella sintió un nudo de impaciencia en el estómago y algo parecido al burbujeo del champán por todo el cuerpo. Le acarició la mejilla, y él apretó los dientes.

En el cuarto del bebé no se oía nada, gracias a Dios, porque ella no quería ninguna interrupción, ni aunque fuera del bebé más precioso del mundo. Lo único que quería, en aquel momento, era a Ethan. Siempre desearía a Ethan.

Al entrar en su habitación, ella miró a su alrededor durante unos segundos. Por supuesto, era un dormitorio muy grande. Tenía un ventanal muy ancho con vistas al jardín y al mar. Seguramente, a la luz del día, aquella imagen debía de ser impresionante.

Había una chimenea y, sobre ella, una televisión colgada de la pared. La cama era muy grande y tenía un edredón de color azul marino con muchos almohadones de color blanco y gris. Había una cómoda alargada y baja junto a la pared.

—Es muy bonito —dijo ella.

Aunque era cierto, aquel dormitorio también era impersonal. No había ni rastro de objetos personales de Ethan Hart. Era como la habitación de un hotel palaciego. En realidad, durante aquella semana, ella no había visto que Ethan pasara demasiado tiempo en su preciosa casa. En su cuarto no había fotos de su familia, ni llaves sobre la cómoda, ni monedas en algún rincón... Ethan tenía menos vida de lo que ella había imaginado. Quizá pudiera ayudarlo a corregirlo.

—Gracias —dijo él—. Me alegro de que te guste.

Con una sonrisa, la llevó hacia la cama y la depositó en el colchón sin demasiados miramientos.

A Sadie se le escapó un gritito de sorpresa, pero sonrió mientras botaba.

—Muy blandito.

—De nuevo, gracias.

Empezaron a desnudarse uno al otro y, al ver de nuevo su pecho, Sadie pensó que debía de tener un gimnasio en alguna parte de la mansión. Le acarició los músculos mientras él se quitaba el pantalón. En un instante, los dos estaban desnudos uno frente al otro.

Bajo el calor ardiente de su mirada, ella se sintió hermosa. Él comenzó a acariciarle los pechos, le pasó las manos por ellos y le frotó los pezones con los dedos pulgares. Sadie inclinó la cabeza hacia atrás y notó una acumulación de calor en la boca del estómago. Se sentía muy bien. Él hacía que se sintiera muy bien. Sus manos eran fuertes y delicadas y... tan llenas de talento...

Abrió los ojos para mirarlo y vio su propio deseo reflejado en su mirada.

—Te he echado de menos —admitió ella.

—Yo, también —dijo él—. Y no quería que sucediera.

Sadie estuvo a punto de reírse. Aquello era tan propio de Ethan...

—Pues, entonces, me alegro el doble de oírlo —dijo, y le besó la palma de la mano.

Al instante, él se tendió sobre ella sobre la cama y la besó. Sus lenguas se entrelazaron y se movieron lentamente y, cada vez, con más frenesí. Sadie le acarició los brazos y los hombros y él recorrió todo su cuerpo con las manos mientras bajaba la cabeza y comenzaba a succionar uno de sus pechos. Succionó con fuerza hasta que ella empezó a suspirar y a retorcerse de placer bajo él, y le acarició el centro del cuerpo, hundiendo los dedos en su calor como ya había hecho en otra ocasión. Aquella vez fue incluso mejor.

¿Por qué? ¿Porque estaban allí, en su casa, y podía gritar si quería? ¿Porque, por fin, había aceptado que el amor que sentía por él no iba a desaparecer?

De todos modos, no importaba. Lo único que importaba era su siguiente beso. Su siguiente caricia. La impaciencia que le entrecortaba la respiración. La conexión que sentía, más allá del aspecto físico y del sexo, era lo que siempre había esperado.

Él se sentó y se inclinó hacia la mesilla.

—Date prisa, Ethan.

Él se giró y le lanzó una sonrisa.

—Tenemos toda la noche, Sadie. No hay necesidad de prisas.

Toda la noche. Aquello sonaba maravilloso, pero, por el momento, su deseo era demasiado intenso. Sadie se apoyó sobre los codos y se apartó el pelo de la cara.

—Ahora date prisa y, después, ya nos tomaremos el tiempo que sea.

Él se puso un preservativo, volvió a su lado y la acercó a su cuerpo. Levantó sus piernas y se las colocó sobre los hombros. Sadie se movió, se retorció, balanceó las caderas, cualquier cosa con tal de conseguir que él continuara. Estaba tan tensa que le parecía que iba a estallar.

Y casi sucedió en cuanto Ethan posó la boca en su cuerpo. Se quedó impotente, en sus manos. Solo podía gemir, gritar y pedir el alivio que él mantenía fuera de su alcance. Ethan lamió, mordisqueó y la sujetó contra su boca, pasando la lengua por aquel nudo sensible hasta que ella tuvo la sensación de que se había electrificado.

Sadie movió las caderas y él la tomó con más fuerza, con más rapidez, pellizcándole el trasero mientras la atormentaba con los labios. No se detuvo ni siquiera cuando ella llegó al clímax y gritó.

Antes de que hubieran pasado las últimas ondas de placer, él la dejó caer sobre el colchón y penetró en su cuerpo de una larga embestida. Sadie se sintió como si se hubiera hecho pedazos. Empezó a moverse para que él acelerara su ritmo y se hundiera en ella más profundamente.

—¡Ethan!

—Vamos —le ordenó él, con dureza—. Córrete otra vez, Sadie. Hazlo por mí.

Ella hizo un gesto negativo. Si volvía a tener un orgasmo, no podría recuperarse. Pero no pudo evitarlo y gritó de nuevo su nombre mientras se deleitaba con las acometidas del cuerpo de Ethan, que la golpeaban una y otra vez.

Abrió los ojos para poder verlo cuando él llegara al límite. Él tenía los ojos ardiendo y la mirada clavada en ella. Se movía cada vez más rápidamente y con más fuerza, y Sadie se apresuró para compartir aquel estrepitoso final. Y, cuando él llegó al clímax, ella dijo su nombre a gritos.

—Ha sido... —dijo Sadie, con un suspiro de agotamiento y de euforia.

—Sí, es verdad —dijo Ethan, y rodó con ella por la cama para colocarla sobre su cuerpo y acariciarle la espalda.

—Creo que no puedo moverme —dijo ella.

Nunca, en toda su vida, había experimentado algo como lo que había vivido con Ethan.

Él era el hombre al que siempre había buscado. Y era el hombre a quien no podía conseguir.

Al pensarlo, se le rompió el corazón, a pesar de su cuerpo estaba vibrando de alegría.

—Me alegro —dijo él—, porque no quiero que te muevas.

Ella se echó a reír.

—No podemos quedarnos así para siempre, Ethan. Nos moriríamos de hambre.

—Podemos pedir pizza —repuso él—. Yo alcanzo al teléfono desde aquí.

—¿Y el repartidor nos la va a subir al dormitorio? Un poco embarazoso, ¿no crees?

Él sonrió.

—Yo te tapo el excelente trasero con el edredón.

—¿Excelente? Gracias.

—Por supuesto —dijo él, mientras le estrujaba una nalga—. Nadie puede ver este trasero salvo yo.

—Está bien. En realidad, tu cama es muy cómoda. Más cómoda que el escritorio.

A él le brillaron los ojos.

—Ahora le tengo muchísimo cariño a ese escritorio.

—Yo, también —dijo ella, y se estremeció.

—¿Tienes frío?

—Un poco —respondió Sadie, y se le escapó un grito porque él rodó de nuevo, súbitamente, por la cama, y la tapó con su cuerpo.

—¿Mejor?

—Mejor.

Entonces, Sadie jadeó, porque él tomó uno de sus pezones entre los labios otra vez.

—Bueno —susurró ella—. Ya no tengo frío.

Él alzó la cabeza y le guiñó un ojo.

—Me alegro de saberlo. Y, ahora, vamos a calentarnos más todavía.

Ella tragó saliva y le dijo a su corazón que se calmara para que no le explotara en el pecho. Él la acarició por todas partes, y ella gimió. Se besaron, y ella sintió una enorme necesidad.

Con los ojos cerrados, aquello se convirtió en un mundo estrictamente sensorial. Oyó rasgarse el paquete del preservativo, oyó cómo se lo colocaba Ethan y, al instante, él la tendió boca abajo, le hizo alzar las caderas y le separó las piernas. Entonces, ella miró hacia atrás y lo vio preparado para entrar en su cuerpo. ¿Cómo era posible que volviera a desearlo tanto, tan pronto?

Se humedeció los labios y susurró:

—Hazlo, Ethan. Tómame.

A él le ardían los ojos verdes. Irradiaba deseo. Entonces, se hundió en su cuerpo, y a ella se le olvidó todo.

Se movió hacia él, meciéndose y empujando. Él le acarició las nalgas y pasó una mano por delante de su cuerpo para acariciarla. Siguió acometiendo y acariciando hasta que Sadie volvió a llegar al éxtasis y, un momento más tarde, él la siguió.

Con los cuerpos ardiendo, con los corazones acelerados, se acurrucaron uno junto al otro y se quedaron dormidos.

Para Ethan, los días siguientes fueron un reto. Tenía una nueva ama de llaves con una hija de cinco años en casa y, además, Sadie y él habían cruzado las barreras que los separaban. Ella pasaba todas las noches en su habitación, porque ¿qué sentido tenía que estuviera yendo y viniendo desde el cuarto de invitados?

Hacían el amor todas las noches con una pasión que aumentaba. Él no podía dejar de acariciarla. De desearla. Se despertaba a medianoche y palpaba la cama para tocarla. Se había convertido en algo... esencial. Él no estaba seguro de cuándo había ocurrido, ni cómo.

Aquella mañana se había despertado y había descubierto cosméticos en la encimera de su baño. En la ducha, había champú femenino junto al suyo, y toda la habitación olía a deliciosos limones. Ella había puesto su ropa y sus zapatos en el armario. Todo había sido gradual y, al darse cuenta, tuvo un momento de pánico.

Hacía mucho tiempo que no compartía aquella parte de su casa con una mujer, y aquello había terminado tan mal, que se había prometido que no volvería a correr ese riesgo. Pero lo que tenía con Sadie era distinto. No era el comienzo de una relación amorosa, sino el final de una relación laboral.

—Pero eso tampoco me gusta —murmuró.

Habían pasado tres semanas ya desde que habían hecho el trato, y ninguno de los dos había hablado del hecho de que, una vez que Julie estaba trabajando para él y cuidaba a Emma, en realidad no necesitaba una niñera. Por lo menos, no con urgencia.

Así pues... ¿por qué le había pedido a Sadie que se quedara? ¿Por qué no le había dicho que ya podía marcharse de su casa?

—Porque... no quieres que se marche —murmuró de nuevo, y giró la silla para mirar al mar.

Por supuesto, le preocupaba ver lo mucho que se había adaptado a su casa, cómo estaba instalada en su habitación. Sin embargo, pasar las noches con ella era algo adictivo. La deseaba cada vez más y, si se marchaba, tal vez no volviera a acostarse con ella. Y no estaba dispuesto a renunciar a eso todavía.

Además, estaba Emma.

La niña se estaba abriendo hueco en su corazón y eso también era asombroso. No había esperado sentir algo por el bebé. Claro que iba a cuidar de ella, se lo debía a Bill y a su mujer. Les había hecho aquella promesa e iba a cumplirla. Sin embargo, nunca había tenido mucho trato con niños, porque así era como le gustaban las cosas.

Ahora, Emma le estaba abriendo los ojos al hecho de que, tal vez, se había equivocado. La noche anterior se había dado cuenta de cuánto le estaban afectando los cambios de su vida. A través del monitor, había oído a Emma moviéndose en su cuna y se había levantado para que Sadie no se despertara. Cuando llegó a la habitación de Emma, la niña abrió los ojos, lo miró y sonrió. Lo conocía. Confiaba en él. Estaba contenta de verlo.

Y, en aquel instante, se le formó una burbuja de calor en el pecho, una burbuja que le envolvió el corazón. No se lo esperaba, no estaba preparado para todo lo que iba a significar en su vida, pero no podía negarlo.

Emma. Sadie. Lo estaban cambiando todo, y él estaba llegando a un punto en el que no recordaba cómo era vivir en aquella casa antes de que ellas estuvieran allí.

Lo único que quedaba de esa vida tan ordenada era su trabajo. Su empresa. E incluso eso había cambiado en los últimos tiempos, porque ahora estaba en constante enfrentamiento con Gabriel, aunque su hermano no hubiera vuelto a decirle nada sobre hacer cambios. Lo cual, en realidad, debería preocuparle...

Alguien llamó a la puerta y Sadie se asomó al despacho.

—Ethan. Ha venido la señora Gable, de los servicios sociales.

Vaya. Aquel momento de reflexión no podía durar demasiado. Se preguntó si aquella sería una visita de protocolo o la mujer estaba pensando en quitarle a Emma. Si ese era su plan, se iba a llevar una decepción.

Emma y Sadie eran suyas y no estaba dispuesto a renunciar a ninguna de las dos.

Capítulo Ocho

—**Q**ue pase, Sadie.

Melissa Gable entró en su oficina con paso decidido. Ethan le concedió varios puntos por su presencia intimidante. Llevaba un traje negro y una camisa blanca impecables y tenía un semblante serio. Seguramente, mucha gente sentía temor bajo aquella mirada impertérrita. Sin embargo, él no estaba preocupado. La señora Gable no iba a conseguir nada que él no quisiera ceder.

Se estrecharon las manos y la señora Gable sacó de su bolso un sobre grande de color marrón. Cuando se sentaron, ella dijo:

—Ya he estado en la guardería del edificio para ver a Emma.

—Ah. ¿Y cómo sabía que no estaba en casa con una niñera? —preguntó él por curiosidad.

—No, no lo sabía, pero mi trabajo es ser minuciosa, así que antes fui a ver la guardería.

—¿Y?

—Parece que la niña está contenta y sana —dijo la señora Gable—. También quiero felicitarle por su asistente y el cuidado que recibe Emma en su casa. No hay demasiados empleados que se den cuenta de que una buena atención es de vital atención a esas edades.

—De acuerdo —dijo él, y asintió—. Vale la pena tener contentos a los empleados y, cuando no tienen que preocuparse por sus hijos, son más productivos.

Vaya, aquello le sonó frío incluso a él mismo. Tal vez ese fuera el motivo por el que había empezado con la guardería en primer lugar. Pero, desde que Emma había entrado a formar parte de su vida, se había dado cuenta de que, para la gente con hijos, era muy importante el hecho de

poder comprobar que estaban bien durante el día. Él ya había bajado a la guardería varias veces.

—Sí, bueno... —murmuró la señora Gable. Consultó sus notas y lo miró de nuevo—. He hablado con los encargados de la guardería y ellos me han dicho que Emma está bien alimentada, limpia y, obviamente, bien cuidada.

Aquello le causó enfado.

—¿Esperaba que no fuera así?

—No, pero incluso la gente más bienintencionada, a veces, no es capaz de hacerse con las riendas de la situación tan rápidamente como parece que lo ha conseguido usted. Fui a su casa hace un rato y su asistenta me enseñó la habitación de Emma. Apruebo lo que ha hecho usted allí y... —miró sus notas y preguntó—: ¿Julie, no es así? Ella me dijo que Emma está bien cuidada y que está contenta.

—De nuevo... ¿le sorprende?

La señora Gable cerró el expediente, volvió a meterlo en su bolso y dijo:

—Disculpe, señor Hart, pero no me pareció que se pusiera demasiado contento cuando supo que Emma estaría a su cuidado.

Él se estremeció por dentro, porque la asistente social había dicho la verdad: no quería al bebé. Sin embargo, las cosas habían cambiado y la niña, que había empezado siendo una responsabilidad para él, era mucho más. Ahora, era suya.

Recordó lo que le había dicho Sadie: «Si no puedes querer a Emma, tal vez deberías dársela en adopción a alguien que sí pueda hacerlo». Pensó en la pequeña. En cómo se sentía cuando le agarraba un dedo con la manita, en lo que sentía cuando ella posaba la cabeza en su hombro. Cuando la veía sonreírle con deleite.

La quería.

No contaba con que le sucediera eso, pero Emma se había convertido en alguien muy importante para él, y no iba a dársela a nadie.

—¿Señor Hart?

—Emma se queda conmigo —dijo, rotundamente, saliendo de su ensimismamiento—. Estoy a la búsqueda de niñera y, hasta que la encuentre, mi asistenta, Julie, nos está ayudando a cuidarla.

—¿A quiénes?

—A mi secretaria, Sadie Matthews, y a mí. Sadie también me está ayudando con la niña.

—Entiendo —dijo la señora Gable. Asintió, se puso de pie y le tendió la mano—. Muy bien. Por lo que he podido ver, tiene la situación bajo control. Enviaré un informe a mis superiores con la recomendación de que la tutela sea permanente. Si, al final, desea adoptar legalmente a Emma, estaré encantada de ayudarle.

Él se quedó sorprendido y agradado. Se puso en pie y asintió.

—Se lo agradezco.

Cuando la señora Gable se marchó, Sadie entró en el despacho, cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha hecho? ¿Pensado?

Él se echó a reír. El entusiasmo de Sadie era contagioso.

—Emma se queda conmigo.

—¿De verdad? —Sadie sonrió y lo miró con aprobación. Qué bien se sintió él al saber que se sentía orgullosa de lo que había hecho—. Me alegro, Ethan.

—¿Por qué?

—Porque creo que Emma es buena para ti.

Él enarcó una ceja.

—¿Hoy es el día de más muestras de sinceridad?

Sadie se encogió de hombros.

—Ya es un poco tarde para cambiar. Además, ¿preferirías que te mintiera?

—No.

Ella sonrió.

—Mejor. Porque está claro que quieres a ese bebé.

—Bueno, está claro que sí me importa —dijo él, tratando de descartar la palabra «amor». En realidad, no iba a usarla porque no importaba. Emma ya era parte de su mundo y de su vida. Iba a cuidarla y a cerciorarse de que fuera feliz. ¿No era eso suficiente?

—¿Es que te resulta tan difícil admitir que sabes querer a los demás?

—No es que me resulte difícil. Es que no quiero.

—Y eso es muy triste.

—Vaya, gracias.

—Ethan... —murmuró Sadie. Dio un paso hacia él y se detuvo—. Yo solo voy a estar aquí un par de semanas más. ¿Qué pasará cuando me vaya?

Un par de semanas más. No quería pensar en ello. El tiempo pasaba muy deprisa. No solo era Emma la que había invadido su vida, también Sadie. Y el hecho de saber que iba a irse tan pronto era como una espina clavada en el costado. Quería encontrar la forma de que se quedara con él, pero todavía no había tenido ninguna idea. Sin embargo, no iba a perder a Sadie.

Casarse no era una de las posibilidades. Ya había fracasado estrepitosamente en ese sentido y no tenía interés en repetir el error.

—No tienes por qué marcharte.

—Ya hemos hablado de esto, Ethan.

—No quiero que te marches.

—¿Qué? —preguntó ella con asombro—. ¿Qué estás diciendo?

—Que estamos bien juntos, Sadie —respondió Ethan. Rodeó el escritorio, le tomó las manos y le acarició los nudillos—. Somos un buen equipo. ¿Por qué tenemos que separarnos?

—Ethan...

—Las cosas han cambiado entre nosotros. Tú lo sabes tan bien como yo. Ahora hay muchas más cosas entre nosotros. No tienes por qué marcharte, Sadie.

Parecía que estaba pensándolo, así que él continuó.

—Durante estas dos últimas semanas hemos sido más flexibles con el tiempo de trabajo, ¿no?

—El tiempo de trabajo —repitió ella, y frunció el ceño.

—Sí —respondió él. Al notar que Sadie trataba de soltarse, apretó las manos—. Puedes trabajar las horas que quieras. Puedes tomarte vacaciones. Y yo no volveré a sacarte de ninguna celebración familiar.

—Ya...

—Podemos estar juntos.

—Como hemos estado hasta ahora.

—Sí. Las cosas han funcionado muy bien para los dos durante estas dos últimas semanas, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿para qué vamos a cambiarlas?

Ella sonrió apagadamente y movió la cabeza. A él no le gustó lo que veía en su mirada.

—Porque quiero tener más cosas en la vida aparte del trabajo y unas buenas relaciones sexuales.

—¿Qué más?

—El amor, Ethan —dijo ella, mirándolo con intensidad—. Quiero alguien a quien pueda querer y que me quiera. Y quiero formar una familia.

—Tienes a Emma —dijo él—. Tú quieres a esa niña. Lo veo siempre que la tienes en brazos.

—Sí, es cierto. Pero no es mía, Ethan —respondió ella—. Es tu bebé. Para ella, yo nunca seré nadie más que alguien que va y viene, que entra y sale de su casa. Como una tía que va de visita.

—Pues ven a vivir allí con nosotros.

Ella respiró profundamente y exhaló un suspiro.

—Quieres que viva contigo, que me acueste contigo, que te ayude con Emma y que trabaje aquí, para ti.

—¿Tan malo es todo eso? Por Dios, Sadie, ya estamos haciendo todo eso. ¿Por qué no podemos seguir?

—Porque no es suficiente.

—Para mí, sí.

—Para mí, no. Quiero tener mi propia vida, tener lo que es importante para mí y, para conseguirlo, tengo que irme. Para ti, no sería nunca más que una amante.

—¿Y eso es malo?

—Para mí, sí. Necesito más. Me merezco más.

Él no podía discutirlo, porque se merecía todo lo que quisiera. Sin embargo, él no podía dárselo. No iba a volver a casarse.

—De acuerdo —dijo, y volvió a sentarse detrás de su escritorio, como si fuera una armadura—. Lo mejor es que sigas ocupándote de buscar a tu sustituto en la oficina. Y todavía necesito la niñera para Emma.

—Ethan, ojalá...

Él lo ignoró.

—Ponme con marketing, por favor. Quiero echarle otro vistazo a la campaña del Día de la Madre antes de que todo esté listo.

—De acuerdo.

—Y tráeme un café cuando tengas un minuto.

—Claro.

Ella salió del despacho.

Cuando se fue, Ethan se dijo que debía acostumbrarse a aquella sensación de vacío. Iba a estar con él mucho tiempo.

—Te has acostado con alguien.

—Sí —dijo Sadie, y tomó la copa de vino que le ofrecía Gina—. Muchas veces.

—Por fin —dijo Gina con un suspiro, y le dio un sorbito a su copa—. ¿Y quién es el afortunado?

—Ethan.

Gina se atragantó con el vino y se dio unas palmadas en el pecho. Tosió y se le llenaron los ojos de lágrimas. Sadie se sintió un poco culpable e intentó ayudarla, pero Gina cabeceó y movió la mano. Cuando, por fin, pudo respirar de nuevo, gritó:

—¿Qué quiere decir eso de que muchas veces? ¿Te has vuelto loca?

—No. Él es...

—No, no lo digas. Querida, sé que te dije que te acostaras con él, pero era para quitarte el capricho, no para que te aferraras más a él.

Sin embargo, eso era lo que había sucedido. A pesar de lo que habían dicho en el despacho aquella misma tarde, ella no podía arrepentirse de lo que tenía con Ethan. Quería que comprendiera lo que de verdad podían tener juntos.

—Necesito galletas —dijo Gina, y se puso a rebuscar en uno de los armarios. Sacó unas galletas de chocolate y explicó—: Esta es mi reserva

privada. No lo sabe ninguno de los niños. Ni siquiera Mike. Pero no me importa compartirla contigo.

—Eres una santa —dijo Sadie sonriendo, y tomó una galleta.

—Si fuera una santa, no te habría dicho que te acostaras con Ethan.

—Tampoco podrías habérmelo impedido.

—Bueno, eso no se lo digas a Mike. Le tengo convencido de que soy todopoderosa.

Sadie se echó a reír y mordió su galleta.

—No puedo evitar sentir lo que siento, Gina.

—Pero tienes la esperanza de que esto se convierta en un cuento de hadas, o algo así. Lo veo en tus ojos.

—Sí. Aunque sea muy molesto, sí. Pero también hay una parte racional en mí que sabe que esto no tiene futuro. Aunque, Gina, él ya está cumpliendo más requisitos de los de mi lista...

—¿De verdad?

—Sexy... oh, sí. Aventurero... —Sadie recordó la noche anterior, en la ducha, y se sonrojó de placer—. Vaya que sí. Y está pasando más tiempo conmigo. Y quiere a Emma.

—¿Lo ha dicho de verdad?

—No, pero se nota.

—¿Y lo del sentido del humor?

—Sí, también tiene de eso. No lo demuestra a menudo, pero está ahí.

—Sadie, esa lista era para demostrarte a ti misma que Ethan no era el hombre para ti. Y, en vez de eso, lo que estás haciendo es amañarla para procurar que cumpla los requisitos. Eso no es nada bueno.

—Ya lo sé —dijo Sadie con inquietud. Sin mirar a Gina, añadió—: Estamos buscando niñera. En cuanto la encontremos, me marcharé.

—Sé que no quieres.

—No, no quiero —dijo Sadie con una sonrisa de tristeza—. Lo quiero. Como tú quieres a Mike.

—También lo sé. Pero, cariño, ponerte en situación de que te rompan el corazón no es lo más inteligente que has hecho en tu vida.

—Es verdad. Pero, sinceramente, en esto no puede haber final feliz y, por lo menos, he tenido este tiempo para estar con él.

—No será suficiente.

—Pues tendrá que serlo.

Gabriel observó cómo hacía el pastelero las muestras que iban a presentarle a Ethan.

Hacer bombones de calidad era más una ciencia que un arte, aunque la mayoría de la gente no lo supiera. Por supuesto, también tenía mucho de arte.

Atemperar el chocolate sobre la encimera de mármol hasta que alcanzara la temperatura adecuada, con la que se convertiría en una pieza brillante y con la suficiente dureza como para que se partiera al morderla. Mezclar el ganache hasta obtener la textura perfecta, antes de añadirle los sabores con los que Gabriel esperaba poder convencer a su hermano de que probara algo nuevo. Y, una vez que el ganache estuviera listo, moldear a mano las trufas y darles un tamaño uniforme.

Jeff era el ayudante del chef en Heart, y tenía mucho talento. Además, estaba impaciente por ascender. Aquella noche era su oportunidad.

—Umm... qué bien huele aquí —murmuró Gabe.

No quería molestar a Jeff mientras mezclaba las últimas especias con el ganache.

—Sí —dijo Pam, sin apartar la mirada del chef y de los bombones que tenía sobre el mármol, frente a sí—. ¿Todavía tienes aquí la receta? —le preguntó a Gabe—. Solo por si tiene que empezar de nuevo.

—Ni lo menciones —dijo Gabe, estremeciéndose—. Jeff lleva horas trabajando. Si tuviéramos que empezar de nuevo...

—Pero la receta está segura, ¿no?

—Sí, por supuesto. No te preocupes mucho.

—Es solo que... sé que esto significa mucho para ti.

Pam siguió observando a Jeff mientras él utilizaba un tenedor de dulces para sumergir una trufa de lavanda en un baño de chocolate blanco. La sacó cuidadosamente y la depositó sobre el mármol frío. Hizo lo mismo con cinco trufas más, hasta que tuvo una fila ordenada. Había preparado ya bombones de coco y frambuesas con chocolate amargo y trufas de Earl

Grey recubiertas de cacao en polvo. Lo último que preparó fue un ganache de chocolate negro con café de Sumatra, el favorito de Ethan, y licor de naranja.

Las muestras eran deliciosas y muy bonitas. Jeff se concentró en adornarlas todas para que brillaran.

—El pastelero que te recomendé habría hecho los bombones de chocolate blanco con una lluvia de chocolate negro para resaltar el color rojo de la frambuesa —dijo Pam, un poco ofendida.

Gabe la miró con desconcierto.

—Las creaciones de Jeff son perfectas.

—Sí, son muy bonitas —dijo ella, mientras se encogía de hombros—. Pero creo que un chef con más experiencia lo habría hecho mejor.

Bueno, pensó Gabe, desde su primera pelea por el pastelero, Pam había estado un poco irritable. En aquel momento no estaba enfadada, pero no era ella misma. Él quería que estuviera allí con él porque, en realidad, todo había empezado por una idea de Pam. Los dos, juntos, enfrentándose a Ethan.

Sin embargo, desde que había decidido que fuera Jeff quien hiciese las pruebas, Pam estaba... distinta.

—¿Qué te pasa, Pam? —le preguntó—. Jeff estudió con maestros chocolateros en Bélgica. Lleva cuatro años trabajando en Heart Chocolates. Ha ido ascendiendo hasta llegar al puesto de ayudante del chef, y desea tanto como nosotros que esto salga bien.

—Cierto —dijo ella—, pero tú ni siquiera le diste una oportunidad a mi pastelero.

—No era necesario —dijo él con impaciencia.

Después de todo, aunque aquello hubiera empezado por una idea de Pam, se trataba de su vida y de su empresa. Ella no tenía nada que perder.

Pam lo miró con dureza y dijo:

—Ya te expliqué que creía que estábamos juntos en esto, Gabe. Estábamos tomando decisiones y, de repente, cambiaste las reglas sin avisarme. ¿Cómo crees que debería sentirme?

Él exhaló un suspiro y trató de verlo desde su perspectiva. También estaría enfadado si la situación hubiera sido a la inversa. Sin embargo, al final, era su vida, no la de Pam.

—Sé que querías ayudar —le dijo, intentando mantener la paciencia. La quería, pero no la entendía—. Por supuesto, confío en ti, pero esta es mi empresa. Tengo que hacer lo que sea mejor para Heart Chocolates.

—Lo sé, Gabe, de verdad. Y te quiero. Es solo que...

Volvió a encogerse de hombros y siguió observando a Jeff. El pastelero terminó de adornar los bombones con un corazón y miró a Gabe.

—Son perfectos —dijo Gabe.

Jeff sonrió.

—Gracias, jefe.

Así pues, todo estaba preparado para enfrentarse a Ethan y exigirle que asumiera algunos riesgos en el futuro. Su hermano se iba a poner furioso cuando se enterara de que él había sacado la receta de la caja fuerte, así que esperaba que aquellos bombones fueran lo suficientemente buenos como para convencerlo de que él tenía razón, o trabajar con él a partir de aquel momento iba a ser una pesadilla.

—¿Cuándo se los vas a llevar a Ethan? —le preguntó Pam.

—Mañana —dijo Gabe con firmeza—. ¿Tú estás listo, Jeff?

—Sí, por supuesto —dijo el pastelero—. Ya tengo preparadas las cajas. En cuanto se hayan asentado, los guardaré para mañana.

—Muy bien. Ve a mi despacho a las diez con los bombones. Iremos juntos a ver a Ethan —dijo Gabe, y miró a Pam—. ¿Tú vas a venir?

—Claro —dijo ella, y alzó la barbilla—. Ya te lo he dicho, Gabe, estoy contigo en esto.

Gabe le pasó un brazo por los hombros. Ella se puso tensa durante un par de segundos y, después, se relajó y apoyó la cabeza en su hombro. Él sonrió para sí. Pasara lo que pasara, iban a superarlo. Pero, por el momento, tenía que concentrarse en su plan. Sabía que era un paso hacia el futuro para Heart Chocolates, e iba a encontrar la forma de convencer a Ethan.

Porque, si no lo conseguía, no solo perdería la oportunidad de dejar su marca en Heart Chocolates. También podía perder a su hermano.

Ethan ya estaba de mal humor cuando Gabe entró en su despacho a la mañana siguiente. No había dormido en toda la noche porque Sadie no estaba con él. Por primera vez desde que se había mudado a su casa, ella había pasado la noche en el cuarto de invitados. Sabía lo que era necesario

para que Sadie volviese a su lado, pero no podía dárselo. O, más bien, no estaba dispuesto a dárselo: era una relación permanente, una familia, un compromiso.

Ya había cambiado bastante últimamente, ¿no?

La había llevado a su casa y había estado con ella más tiempo que con ninguna otra persona, salvo con su exmujer. Él ya sabía que no había sido un buen marido, así que ¿por qué iba a arriesgarse a casarse con ella, si haría que se sintiera triste? No.

Lo mejor para Sadie era permitirle que encontrara a otro hombre, pero... con solo pensarlo, a él se le encogía el corazón. No podía pensar en que fuera otro el que disfrutara de sus sonrisas, de su amor...

—Ethan —dijo Gabriel, sacándolo de sus pensamientos—. Tenemos que hablar.

—Esto parece más una reunión que una conversación —dijo Ethan, observando a su hermano menor, a Sadie y a Jeff Garrett, uno de sus pasteleros.

Ethan tuvo una sospecha que le hizo estremecerse.

—¿De qué se trata, Gabe?

—Jeff y yo tenemos algo y queremos que lo pruebes.

Gabe le hizo una seña al chef, que se adelantó y le mostró tres pequeñas cajas de bombones. Las puso sobre el escritorio.

Ethan trató de contener el enfado. Gabe lo había hecho. Había actuado a sus espaldas y había encargado las muestras de bombones que quería que se incorporaran a los productos de la fábrica.

—¿Tú sabías algo de esto? —le preguntó a Sadie.

—No —dijo ella, y miró a Gabe con dureza.

—Sadie no tiene nada que ver. Ella no sabía nada —confirmó Gabe. Se cruzó de brazos y añadió—: Esto ha sido idea mía. Bueno, mía, y de Pam.

Su hermano se giró y extendió una mano hacia una mujer que estaba cerca de la puerta.

—Ven, querida.

Ethan la miró mientras ella caminaba hacia su hermano y frunció el ceño.

—¿Quién es?

—Pam Cassini —dijo Gabe—. Está conmigo.

Increíble. ¿Había llevado a su nueva novia a su despacho? Ethan la miró detenidamente. Le resultaba muy familiar, pero no sabía por qué. Dejó a un lado aquella inquietud y se concentró en su hermano.

—¿Qué demonios has hecho?

Capítulo Nueve

Gabe alzó la barbilla y le devolvió a Ethan la mirada fulminante.

—He alquilado una cocina profesional para que Jeff pudiera hacer algunas muestras de los sabores de los que te hablé.

Ethan miró a Jeff, que estaba mucho más preocupado que Gabe.

—Sabes que podría despedirte por esto —dijo, con tirantez.

Jeff tragó saliva.

—Sí, señor. Lo sé. Pero estoy de acuerdo con Gabriel. Es hora de salirse de lo establecido.

Ethan se quedó asombrado. Se sintió acorralado. Enarcó las cejas y le preguntó al pastelero:

—¿De lo establecido? ¿Es que Heart Chocolates es aburrido? ¿Es eso?

—No, Jeff no ha dicho eso —intervino Gabe—. Y tampoco la tomes con él, Ethan. No puede defenderse.

—Pero tú, sí —respondió Ethan.

Su tono era tan controlado, tan bajo, que Gabriel debería haberse mostrado cauteloso. Sin embargo, la actitud de Gabe era desafiante y rebelde.

Sadie captó la reacción de Ethan y le apretó disimuladamente la mano. Con aquel contacto, calmó su mal humor y su frustración y le ayudó a centrarse en la situación.

—¿Qué has hecho, exactamente?

—Ya te lo he dicho —respondió Gabe.

—Sí, pero ¿cómo has hecho el chocolate? Para que estas muestras sean una representación verdadera de Heart Chocolates, deberías haber tenido la receta en tus manos.

En cuanto dijo aquellas palabras, vio la verdad reflejada en el semblante de su hermano, y la furia se apoderó de él.

—¿Has tomado la receta?

—Yo también soy un Hart, Ethan —respondió Gabriel con el mismo ímpetu—. Sí, tomé nuestra receta. Hice una copia de la que está en tu caja fuerte.

—¿Cómo te has atrevido?

Sadie le tiró de la mano y él la miró.

—Me encontré con Pam y Gabe aquí, en tu despacho, la noche que llegó Emma. No te lo mencioné porque no me pareció nada raro —le explicó ella.

Ethan tuvo la sensación de que iba a explotar. Miró los enormes ojos azules de Sadie y vio que le suplicaba, con la mirada, que tuviera paciencia. Le estaba pidiendo demasiado, pero, por ella, lo intentaría. Respiró profundamente, miró con severidad a su hermano y preguntó:

—¿Qué hiciste con el original?

Gabe se ofendió con aquella pregunta. Fue hacia la caja fuerte y la abrió de par en par.

—Ahí está la receta. En su sitio. ¿Qué crees que iba a hacer con ella? ¿Acaso crees que iba a ponerla en peligro?

—Es exactamente lo que has hecho —gritó Ethan.

Sadie le apretó la mano de nuevo, pero, en aquella ocasión, él casi no lo notó. Se sentía enormemente traicionado por su propio hermano. Gabe y él habían discutido mucho, pero aquello era algo inesperado para él.

—¡Claro que no! —respondió Gabe, mirándolo con el mismo enfado—. Utilicé la receta, pero el chocolatero que ha trabajado en estas muestras ya trabaja para nosotros. Yo confío en él, como deberías hacer tú, porque es uno de nuestros mejores empleados.

Ethan apretó los dientes con fuerza.

—El problema aquí no es Jeff.

Se oyó el respiro de alivio del pastelero.

—De acuerdo —dijo Gabe—. Soy un traidor. Que me arrastren por el suelo y me descuarticen mañana. Pero, hoy, prueba los dichosos bombones.

Ethan se quedó asombrado. Gabe seguía actuando como si aquello no fuese tan importante.

—¿En serio? ¿Crees que voy a seguirte el juego cuando lo has hecho todo a mis espaldas?

—No me dejaste otra elección, Ethan. Quería hacer esto con tu aprobación, pero eres demasiado obstinado. Te resistes a todos los cambios...

—Ah, entonces, todo es culpa mía —dijo Ethan con ironía.

—Bueno, yo no lo habría dicho, pero, ya que lo has dicho tú...

—Eres increíble, Gabe.

—¿Tan difícil es ver las cosas desde mi punto de vista, Ethan? No estoy intentando hacerle daño a la empresa. Estoy intentando hacer algo positivo, y no entiendo por qué tengo que luchar contra ti todos los días para conseguirlo.

—Tú tampoco eres capaz de ver las cosas a mi manera —replicó Ethan—. Yo no quiero cambiar con los tiempos. No quiero pasarme la vida intentando averiguar en qué dirección sopla el viento en este negocio. No vale la pena seguir las modas.

—Tampoco vale la pena ignorar los avances.

—Bueno, señores... —dijo Sadie, tratando de mediar, pero ninguno de los dos le hizo caso.

—Yo no estoy ignorando nada —dijo Ethan—. Pero tampoco voy a arriesgar lo que somos.

—Yo quería que las muestras las hiciera un chocolatero que conozco —dijo Pam, hablando por primera vez—. Pero Gabe no lo aceptó. No quería poner en riesgo la receta. Él insistió en que el trabajo lo hiciera uno de los empleados de Heart Chocolates para protegerla.

Aquella mujer seguía resultándole muy familiar, pero Ethan no sabía identificarla. Sin embargo, ella estaba recalcando lo que había dicho Gabe. Ethan asintió, un poco más apaciguado, asintió y respiró profundamente. Agarró la mano de Sadie como si fuera una tabla de salvación, sin preguntarse tan siquiera por qué lo hacía.

Gabe debió de pensar que lo peor había pasado ya. Le hizo una señal a Jeff que, cautelosamente, se acercó al escritorio y abrió las cajas para mostrar los bombones que había creado la noche anterior.

—Son una belleza —susurró Sadie.

Ethan lo reconoció en silencio. Los bombones estaban presentados de una manera muy artística y eran variados. Había piezas de chocolate blanco decoradas con colores y bombones decorados con polvo de cacao...

—Gracias —dijo Jeff, sonriendo.

—No solo son bonitos —añadió Gabe con satisfacción—. Sino que, además, están deliciosos.

Ethan lo miró con el ceño fruncido, y Gabe sonrió.

—Reconócelo —le dijo—. Quieres probarlos.

Por muy enfadado que estuviera, Ethan también se sintió orgulloso de Gabe. Tenía su propia visión y no le asustaba dar pasos para hacerla realidad. Su hermano creía en algo y había encontrado la manera de conseguirlo.

—¿Y qué ocurre si no me gustan?

Gabe sonrió aún más.

—Eso no va a ser un problema.

—Parece que está muy seguro de sí mismo —dijo Sadie, y le guiñó un ojo a Gabe.

—Siempre lo ha estado —murmuró Ethan.

Gabe se acercó a Pam y le pasó el brazo por los hombros. Después, observó a Jeff, que desplegó una servilleta blanca sobre el escritorio y se hizo a un lado para esperar.

—Bueno, ha llegado el momento de la verdad —dijo Ethan, y miró a Sadie—. Quiero que los pruebes tú también. Confío en tu opinión.

Ella sonrió tanto que se le iluminaron los ojos, y a Ethan se le hinchó el corazón. Después, se volvió hacia los bombones.

—Esta es una trufa de lavanda —le dijo Jeff, y observó la pieza que había tomado Sadie—: Y esa es una chocolatina de chocolate negro, coco y frambuesa, salpicada de chocolate blanco.

—Interesante —murmuró Ethan.

Con cuidado, partió la trufa por la mitad y sintió satisfacción al oír el crujido de la cobertura de chocolate. Después, inhaló el aroma y disfrutó al percibir el olor a especias. Sin embargo, la prueba de fuego era el sabor. Mordió la trufa, y el ganache se le derritió en la lengua mientras el sabor

explotaba en su boca. Con renuencia, tuvo que admitir que su hermano estaba en lo cierto: aquella trufa era perfecta.

Miró a Gabe y vio que tenía un brillo de triunfo en la mirada.

—Está riquísima, ¿verdad?

Ethan asintió.

—Sí. Mejor de lo que había imaginado.

Jeff exhaló un suspiro de alivio. Ethan no podía culparlo; el pastelero había arriesgado al preparar aquellas muestras. Había trabajado mucho para llegar a ocupar su puesto en Heart Chocolates, pero no había dudado a la hora de poner en peligro todo lo que había conseguido.

—Sadie, ¿tú qué opinas?

Ella movió la cabeza con asombro después de comerse el bombón.

—Esta chocolatina es increíblemente buena. La frambuesa está dulce, pero no domina al sabor del chocolate negro, y el coco le da un sabor ligeramente salado. Increíble.

Jeff sonrió. Gabe estaba tan orgulloso que parecía que iba a explotar.

Siguieron probando las muestras mientras los dos explicaban el proceso y el motivo por el que habían elegido los diferentes sabores.

—Este último es de café de Sumatra y licor de naranja —dijo Gabe.

—Ah, qué listo —murmuró Ethan—. Engatusarme con un sabor que me encanta.

—Yo prefiero otro —dijo Sadie, y tomó un bombón de limón y mora.

Pam estaba muy callada, pero Ethan supuso que era porque, en realidad, no le incumbía el asunto. Aquella no era su empresa, y estaba allí solo para apoyar a Gabe.

—Has hecho un buen trabajo —le dijo a su hermano, cuando terminaron de probar las muestras.

Tenía que reconocer que eran tan buenas que la única salida era la que había propuesto Gabe. Por mucho que él odiara los cambios, había tenido que enfrentarse a muchos de ellos durante aquellas últimas semanas y no lo habían matado. Y, verdaderamente, aquellos bombones estaban buenísimos. Tal vez Gabe tuviera razón y hubiese llegado el momento de diversificar.

—¿Qué significa eso, exactamente? —le preguntó su hermano con cautela.

Ethan miró los bombones, miró a Sadie y miró a Gabe.

—Significa que deberíamos hablar en privado. Pam y Jeff, ¿os importaría salir del despacho unos instantes?

—Ella no tiene por qué irse —dijo Gabe.

—No te preocupes —dijo Pam con una sonrisa apagada—. Te espero fuera.

Cuando se marcharon, Ethan se sentó al borde del escritorio y dijo:

—Has demostrado que tenías razón, Gabe. No me gusta cómo lo has hecho, pero tienes razón con respecto a los bombones.

Gabe se agarró el corazón.

—Un momento. Creo que necesito una ambulancia.

—Si sigues así —le dijo Ethan, con una media sonrisa—, puede que la necesites de verdad.

De repente, Gabe se puso muy serio y preguntó:

—Entonces, ¿vamos a seguir adelante con la nueva línea?

—Eso depende.

—¿De qué?

—No quiero empezar otra línea con solo cinco o seis ofertas —respondió Ethan—. ¿No podéis desarrollar Jeff y tú una docena completa de sabores nuevos?

—¡Claro que sí! Jeff tiene un millón de ideas y... ¿Vas a nombrar a Jeff jefe de cocina para este proyecto?

—Creo que se lo ha ganado, ¿y tú?

—También lo creo. Entre los dos podemos encontrar unos sabores que acabarán con la competencia —dijo Gabe con emoción. Tenía los ojos brillantes y una gran sonrisa.

—Pues adelante —dijo Ethan—. Pero los sabores que vamos a sacar los decidiremos entre los dos.

—De acuerdo, Ethan. Gracias —dijo Gabe, e hizo el gesto de recoger las cajas de los bombones.

—No, no, déjalos —le pidió Ethan, y su hermano se echó a reír.

Gabe salió para darle la noticia a Pam. Ethan y Sadie se quedaron a solas en el despacho.

—Bien hecho —le dijo Sadie, y le acarició la mejilla.

—Me saca de mis casillas, pero ha conseguido unos sabores estupendos —dijo él, suspirando mientras movía la cabeza—. Lo ha hecho de una forma equivocada, pero supongo que tenía razón en varias cosas. En realidad, no le di más opción.

—¡Vaya! Lo has reconocido —dijo Sadie, sonriendo—. Creo que este es un gran momento.

Él la tomó de la mano.

—Pasa de vez en cuando —respondió.

—Y no estabas obligado a ponerlos a cargo del proyecto a Jeff y a él. Esto también ha estado muy bien —añadió Sadie, con una sonrisa aún más amplia.

Ethan también sonrió.

—¿Estás de broma? Él quería sacar la nueva línea, así que ya puede ocuparse bien de ella. Me parece lo justo.

Sadie se echó a reír.

—Así que le das lo que quiere y le castigas al mismo tiempo. Qué astuto.

—Sí, ya lo sé —dijo él. Después, la atrajo hacia sí—. Te eché de menos anoche.

—Yo a ti también.

—No quería.

—Ya lo sé —respondió Sadie, con melancolía.

Él la miró a los ojos.

—No puedo ser quien tú quieres que sea, Sadie. Pero... ¿tenemos que dejarnos antes de dejarnos por completo? Ellaladeó la cabeza.

—No, Ethan. Vamos a estar juntos mientras podamos.

—Bien —dijo él, y le dio un beso.

Gabe salió de aquella reunión dispuesto a comerse el mundo. Si había sido capaz de convencer a Ethan de que sacaran una nueva línea de bombones, podía conseguir cualquier cosa.

Esperaba encontrar a Pam esperándolo junto al despacho, pero la vio un poco más alejada, enfrente de los ascensores, hablando con Jeff. Y, por sus gestos y expresiones de enfado, no parecía una conversación agradable.

Él se acercó rápidamente, con el ceño fruncido, ignorando el ruido de la oficina, los teléfonos que sonaban, el sonido de los teclados, las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor.

—Le repito que yo no puedo hacer eso —le estaba diciendo Jeff a Pam—. Es una información confidencial.

Pam estaba desesperada.

—Por el amor de Dios, no es ningún secreto. La vio usted anoche. Solo le pido que me cuente...

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabe, mirando a Pam.

Sin embargo, fue Jeff quien respondió.

—Pam quiere que le dé la receta del chocolate de Heart Chocolates.

—¿Cómo? —preguntó Gabe, y se quedó estupefacto. Aquello no tenía sentido. Ella sabía que la receta era el secreto mejor guardado de la empresa. Acababa de estar presente mientras su hermano le recriminaba severamente haber sacado una copia—. ¿Por qué haces eso?

Ella respiró profundamente y exhaló un suspiro. Miró de un lado a otro y, al final, miró a Gabe a los ojos.

—Porque la necesito para la empresa de mi padre.

—Pero... ¿qué demonios, Pam?

Habló en voz baja para que nadie oyera su conversación. Jeff se marchó sin que él se diera cuenta. De repente, muchas de las cosas que no entendía empezaron a cobrar sentido. Lo impaciente que estaba Pam por hacer aquellas muestras. Lo rápidamente que había sugerido que las preparara un chocolatero a quien ella conocía. Lo furiosa que se había puesto cuando él había elegido a Jeff para el proyecto, en vez de a su chocolatero.

Dios. Se sentía como un idiota por haber confiado en ella.

El ascensor llegó y Pam se volvió para entrar en la cabina, pero él la agarró del brazo.

—Me debes una, Pam. ¿Qué demonios estabas haciendo? ¿Algo de lo que ha ocurrido entre nosotros ha sido real, o solo era una forma de conseguir la receta?

A Gabe se le escapó una carcajada amarga mientras iba tomando conciencia de lo que había ocurrido. A ella nunca le había gustado. Lo había hecho todo por la receta de Heart Chocolates.

—La verdad es que tengo que admirarte... Has hecho todo lo posible por conseguir tu objetivo. Has fingido que me querías para asegurarte de que tu plan saliera bien. Por eso te llevaste esa decepción cuando no le encargué las muestras a tu chocolatero.

Ella tiró del brazo para zafarse de él y lo miró con dureza.

—Pues sí, fue una decepción. Mi hermano es chocolatero. Podría haber hecho las muestras y haberse quedado con la receta para utilizarla en contra de vosotros.

Él se sintió terriblemente dolido, y se enfureció.

—¿Por qué? ¿Qué tienes en contra de la familia Hart?

El ascensor comenzó a cerrarse, y ella agitó la mano junto a la puerta para mantenerla abierta.

—Yo no me apellido Cassini, Gabe. Me apellido Donatello.

—¿Cómo?

Se quedó atónito. Recordó todas las veces que habían hablado de negocios. Le había contado que su hermano quería comprar Donatello y que estaba ansioso por hacerse con la tienda de Laguna y convertirla en un nuevo local de Heart Chocolates. Había confiado en ella.

La miró como si la viera por primera vez. ¿Quién era Pam? ¿La mujer a la que amaba o una espía industrial?

—Me has estado mintiendo todo el tiempo.

—No todo ha sido mentira —dijo ella. Se le quebró la voz, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Cassini es el apellido de soltera de mi madre.

—Ah, bueno. En ese caso, no ha pasado nada.

Gabe movió la cabeza mientras intentaba controlar la furia.

—¿De verdad trabajas en relaciones públicas?

—No. Hago chocolate con mi familia, como tú.

—Claro. Es lógico —murmuró él. No era de extrañar que supiera tanto de la industria del chocolate—. ¿Y por qué querías destruir Heart Chocolates? ¿Para vengarte de que compremos la tienda de tu padre?

—Tu hermano le está destrozando la vida a mi padre —respondió ella con desesperación—. Mi padre no puede enfrentarse a una empresa del tamaño de Heart Chocolates. No tiene más opción que vender porque el todopoderoso Ethan Hart ha decidido que necesita una ubicación en esa calle, y se ha decidido por la tienda de mi padre —dijo, mientras se le caían las lágrimas—. Los Donatello llevamos cuarenta y cinco años dirigiendo esa tienda, Gabe. Es tan importante para nosotros como es Heart Chocolates para ti. Mi hermano y yo crecimos en esa tienda. Lo es todo para nosotros.

Aquellas lágrimas lo conmovieron profundamente. Quiso abrazarla, decirle que todo iba a salir bien, pero no estaba seguro. Ni siquiera sabía lo que estaba sintiendo en aquel momento. Quería a Pam Cassini, pero ¿existía realmente esa mujer?

—Te quiero, Gabe —confesó ella—. No quería enamorarme, pero sucedió. En eso no estaba fingiendo. Pero se trata de mi padre, y tenía que hacer lo posible por ayudar.

Pam entró al ascensor rápidamente y siguió mirándolo mientras la puerta se cerraba.

—Te quiero...

—Demonios, Pam...

Gabe se lanzó hacia ella, pero la puerta se cerró. Entonces, ella desapareció.

Unas horas más tarde, Sadie estaba sentada en el asiento del pasajero del coche de Ethan. Gabe estaba en el asiento trasero, inclinado hacia delante, hablando con ellos. Llevaban mucho tiempo hablando; desde que Pam le había arrojado aquella bomba a Gabe.

—Es su padre, Ethan —repitió ella—. Creo que entendemos la lealtad familiar.

—De acuerdo —respondió él, y miró a su hermano un segundo antes de concentrarse de nuevo en la autopista de la costa del Pacífico. Estaba tan impresionado como su hermano por la revelación de Pam, pero, por lo menos, ya sabía por qué le había resultado tan familiar. Conocía personalmente a Richard Donatello, su padre, y su hija se parecía mucho a él.

—Lo ha hecho todo muy mal, pero, por lo menos, vosotros dos tenéis algo en común.

—Ethan, eso no es justo —dijo Sadie—. Sí, Pam ha mentido y, sí, supongo que Gabe también, pero...

—Eh... —dijo Gabe.

—Bueno, es cierto —respondió Sadie, y le dio unas palmaditas en la mano—. Pero los dos teníais buenas razones para hacerlo.

Eso era cierto. Desde el momento en que Gabe había vuelto al despacho de Ethan para contarle quién era realmente Pam Cassini, se había comportado como si estuviera poseído. No podía dejar de hablar de ella. Ethan miró a Sadie, y no se le escapó que tenía una expresión llena de melancolía. ¿Acaso envidiaba lo que sentía Gabe por Pam?

—No esperaba que te lo tomaras tan bien —dijo Gabe—. Pensaba que te ibas a enfadar muchísimo porque Pam me haya utilizado para conseguir la receta.

—Tengo que reconocer que estoy con Gabe. A mí también me has sorprendido, Ethan —dijo Sadie. —Vamos a dejarlo en que últimamente ha habido muchos cambios en mi vida, y tal vez esté respondiendo a ellos —dijo. Miró a Sadie de reajo, y vio que ella sonreía—. No estoy del todo feliz, pero entiendo por qué lo hizo Pam.

Giró para entrar a una calle tranquila de Laguna y se detuvo delante de una casa baja de estilo Craftsman. En el jardín delantero había un árbol enorme, un porche muy amplio con dos mecedoras y una mesita pequeña. Había macetones con flores de invierno que le daban un toque de alegría a aquel día gris. Apagó el motor del coche y se giró para mirar a Gabe.

—Por eso hemos venido. Quiero hablar con el padre de Pam y con su familia de esto.

—Muy bien —dijo Gabe, y se rascó la mandíbula—. ¿Qué te dijo su padre cuando llamaste?

—Richard ya lo sabía. Parece que ella se lo confesó todo a sus padres cuando te dejó en la oficina. Richard está deseando aclarar las cosas.

—Eso está bien, ¿no? —preguntó Gabe. Bajó del coche y se quedó en la acera, mirando hacia la casa como si pudiera ver, a través de los muros, a la mujer a la que quería.

Ethan también salió del coche y miró a su hermano. Esperaba que todo terminara bien, pero no sabía qué iba a ocurrir durante la conversación. Cuando Sadie bajó del coche, él la miró y se sintió bien por tenerla a su lado. Demasiado bien, en realidad, porque ahora dependía de

ella incluso más que cuando era su secretaria. Pero ese era un problema que tendría que resolver más tarde.

Ethan tomó a Sadie de la mano, y ella se alegró al ver que recurría a ella automáticamente. Se preguntó si él se daba cuenta de que lo hacía con mucha frecuencia. Y se preguntó cómo iba a arreglárselas sin aquellas caricias despreocupadas.

Richard Donatello les abrió la puerta de su casa y les dio la bienvenida. Su hija se le parecía mucho, y Sadie se imaginó que ese era el motivo por el que le resultaba tan familiar a Ethan. La casa era muy acogedora y más grande de lo que parecía por fuera.

Richard los llevó al comedor, donde esperaban su esposa, su hijo y Pam.

—Gracias por recibirnos —dijo Ethan.

—De nada. Por favor, siéntense —dijo Richard. Se colocó en la cabecera de la mesa y esperó a que todos estuvieran sentados para empezar a hablar—. Gracias por no haber denunciado a Pam.

—¡Papá!

—Podrían haberte detenido —dijo su padre con severidad.

Pam se estremeció y miró a Gabe de reojo.

—Les presento a mi mujer, Marianna, y mi hijo, Tony. Pam me ha contado lo que ha ocurrido y les pido disculpas.

—Papá —dijo Pam, pero su padre la silenció con una mirada.

Sadie lo comprendía todo. Sabía que Pam quería a Gabe, y se imaginaba que la muchacha se había visto atrapada entre dos lealtades, pero, lógicamente, había permanecido del lado de su familia.

—No es necesario que se disculpe, Richard —dijo Ethan, y le apretó la mano a Sadie—. Si hay algo que entendemos bien mi hermano y yo es la lealtad hacia la familia.

—Gracias —dijo Richard, y miró a Gabe antes de volverse hacia su hija—. Te equivocaste al hacer las cosas así, Pam. Y, Tony, tú no deberías haberla apoyado.

Su hijo asintió.

—Lo sé, papá. Pero solo queríamos ayudar. Queríamos salvar la tienda.

—Esto no es una oferta hostil —dijo Ethan, pero antes de que pudiera continuar, Pam lo interrumpió.

—Claro que sí lo es. Donatello no tiene ni la más mínima oportunidad de luchar contra Heart Chocolates.

—Pam —dijo su madre suavemente—. No es una lucha. Ethan vino a vernos hace dos meses para presentarnos una oferta de compra de la tienda. Hablamos de ello y, después de más negociaciones, vuestro padre y yo decidimos aceptarla.

—Pero ¿por qué? —preguntó Pam, mirando a sus padre—. Es porque no podéis luchar contra una empresa tan grande. Por eso yo quería la receta. Pensé que podríamos negociar por ella. Ellos la recuperaban y nosotros nos quedábamos con la tienda.

—Entonces, ¿querías chantajearlos? —le preguntó Richard, desconcertado—. ¿Tú harías algo así?

—Para ayudar a la familia, sí. No es que me sienta orgullosa de ello, papá. No quería hacerlo. No quería mentir. Pero no sabía cómo ayudarte a salvar el negocio.

—No queremos la tienda —dijo su padre.

Todos se quedaron asombrados, y se hizo el silencio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tony, después de unos segundos—. Es nuestra. Llevamos trabajando en ella desde que yo tengo uso de razón.

—Y ya está bien —respondió su madre, sonriendo a su padre.

—No lo entiendo —dijo Gabe.

—Pues no eres el único —respondió Pam con una sonrisa tímida.

—Quiero jubilarme —dijo Richard—. Vuestra madre y yo queremos vivir un poco mientras podamos.

—Pero... ¡si no tenéis edad para retiraros!

—Mejor aún —dijo Marianna—. ¿Para qué vamos a esperar a no poder movernos más que en silla de ruedas? Queremos disfrutar, Pam. Ya es hora de que vuestro padre deje de trabajar tanto.

Richard sonrió mirando a su familia.

—Vuestra madre tiene razón.

—Pero la tienda... —murmuró Pam.

—Ha sido muy buena para nosotros —dijo Richard—. Hemos conseguido ganarnos la vida de un modo decente. Os hemos dado una buena educación y hemos trabajado todos juntos para construir algo muy especial.

Marianna y su marido se sonrieron de un modo que a Sadie le causó envidia. Aquella pareja tenía lo que ella anhelaba. Un vínculo verdadero. Se habían querido durante décadas, trabajando y viviendo juntos.

—Con el dinero que nos va a pagar Heart Chocolates por la ubicación de la tienda, la lista de clientes y la página web... bueno... —dijo Richard, y volvió a sonreír a su mujer—. Puedo llevar a tu madre a todos los viajes que ha querido hacer todos estos años. En mayo vamos a hacer un crucero por Europa para celebrar nuestro treinta aniversario.

—¿A Europa? —preguntó Tony, con asombro.

Sadie suspiró. Debía de ser maravilloso quererse tanto como para desear estar juntos todo el tiempo, incluso después de tantos años de matrimonio.

—Exacto —dijo su madre—. Vamos a divertirnos un poco, para variar. Tu padre no tendrá que levantarse a las tres de la mañana todos los días...

—Estoy deseándolo —dijo Richard.

—Entonces, todo esto ha sido para nada... —susurró Pam—. Me siento como una idiota —añadió, mirando a Gabe—. Lo siento. No quería traicionarte, ni mentirte.

—Lo sé —dijo él. Se levantó de la silla, caminó hacia ella e hizo que se pusiera en pie—. Te quiero, Pam Cassini Donatello.

Ella sonrió entre lágrimas y se apoyó en su pecho.

—Yo también te quiero, Gabe.

—Oh, qué bonito —dijo Marianne—. Creo que a lo mejor también tenemos que organizar una boda.

—¡Mamá! —exclamó Pam, y escondió la cara en el pecho de Gabe.´

Ethan cabeceó mirando a su hermano pequeño, y Sadie casi pudo oír lo que pensaba: «Amor, no, Gabe. Cualquier cosa menos eso». Y se le encogió el corazón, porque se dio cuenta de que aquella historia no podía tener un final feliz. Ethan y ella iban a separarse y lo único que le quedaría serían los recuerdos de aquellas maravillosas semanas. Eso le resultaba insoportablemente triste.

Ethan se giró hacia Richard.

—Entonces, ¿el trato sigue en pie? ¿No más negociaciones?

—Eso espero —dijo Marianna—. Hoy mismo he hecho la reserva del crucero.

—Sí, trato hecho —dijo Richard, y le tendió una mano—. No se me ocurriría decepcionar a mi mujer. Pero, si me permite que se lo diga, debería contratar a mi hijo Tony. Es un magnífico maestro chocolatero.

—¡Papá!

—Hecho —dijo Ethan, y los dos hombres se estrecharon la mano.

Media hora después, Ethan y Sadie salieron juntos de la casa. Gabe se quedó con Pam, y Sadie pensó que Marianna iba a conseguir celebrar la boda que esperaba. Ella sintió una punzada de envidia, pero trató de contenerla. Que ella no fuera a terminar casada con su héroe no significaba que no pudiera alegrarse por los demás.

—Me alegro de que todo haya salido bien —dijo, mientras Ethan le sujetaba la puerta del coche para que entrara.

—Sí —dijo Ethan mirando hacia la casa—. Yo, también. Gabe está enamorado. Nunca creí que lo vería.

—Puede ocurrirle a cualquiera, Ethan.

Él la miró y negó con la cabeza.

—No, no es así. Lo que tenemos tú y yo es diferente, Sadie. No quiero hacerte daño.

—Pues no me lo hagas —replicó ella.

Ethan la abrazó, y ella se aferró a él y se empapó de su fuerza y su calor durante todo el tiempo que pudo, porque aquello se parecía mucho a un adiós. Él se estaba despidiendo de lo que tenían.

Ethan se alejó de repente, con los ojos oscurecidos.

—Sadie, no es tan fácil.

—Me pregunto por qué estás buscando el modo fácil, Ethan —le dijo ella suavemente—. Nada que merezca la pena se consigue con facilidad.

No podía seguir mirándolo a los ojos, viendo cómo él erigía todas las barreras de protección, así que entró en el coche y se sentó en el asiento, y él cerró la puerta. Un segundo después estaba sentado detrás del volante, mirándola.

—No estoy buscando el modo fácil de hacer las cosas. Esto no tiene nada de fácil.

—Yo creo que es mucho más fácil darle la espalda a todo y marcharte que quedarte y trabajar por lo que quieres.

—Esto lo estoy haciendo por ti.

—¿El qué, Ethan? ¿Apartarme? Gracias, pero no te he pedido eso.

—No es necesario. ¿Acaso crees que no veo lo que está ocurriendo entre nosotros? Yo no sería un buen marido, Sadie. Hice muy infeliz a Marcy, y no quiero lo mismo para ti.

A ella se le escapó una carcajada seca.

—Y es todo por ti, ¿no?

—En esto, sí. Deberías darme las gracias.

—Sí, claro. Debería darte las gracias por que me partas el corazón.

—Demonios, ¿no lo entiendes? Eso es precisamente lo que estoy intentando evitar.

—Pues llegas tarde. Yo ya te quiero, idiota.

Capítulo Diez

Ethan la miró con dureza.

—No. No digas eso.

—No me digas lo que tengo que hacer, Ethan.

—Maldita sea, Sadie. ¿Qué te propones? Yo no quiero que me quieras.

—Pero no puedes decidirlo todo en este mundo —respondió ella.

—Esto es exactamente lo que estaba intentando evitar, Sadie.

—Ya te lo he dicho. Tú no controlas el universo.

Ethan la observó y movió la cabeza.

—¿Vas a hacer bromas con esto?

—¿Prefieres que me eche a llorar?

—Dios, no.

—Pues ríete. Yo lo estoy intentando. No me queda más remedio que reírme ante lo absurdo que es haber querido a un hombre durante cinco años y que él ni siquiera se haya dado cuenta.

—¿Cinco años? —preguntó él, con una expresión de absoluto horror. Habría sido gracioso si no fuera tan triste.

—Mira, Ethan —dijo ella—, ya hemos acordado que me marcharía en cuanto encontráramos una buena niñera. Así que vamos a encontrarla rápidamente y hagamos como que esta humillante conversación nunca se ha producido.

—Demonios, Sadie...

—En serio, Ethan —dijo ella, mirándolo con fijeza—. Me he hartado de esto. No quiero oírte decir que lo sientes, o que estás enfadado, ni nada

por el estilo. Estos son mis sentimientos y no necesito que tú me digas lo que tengo que hacer con ellos.

—De acuerdo —respondió él. Tenía la mandíbula apretada y los ojos verdes, ardiendo.

—Bien —dijo ella, y se giró en su asiento para mirar al frente—. Pues vamos a casa. Quiero ver a Emma.

Aquella niña no iba a formar parte de su vida durante mucho más tiempo, pero, por muy duro que fuera para ella, iba a convertir en su prioridad encontrarle una niñera. No podía seguir con Ethan ahora que él sabía que estaba enamorada. Porque lo único que no deseaba de él era que le tuviera lástima.

Sadie lo quería.

Ethan sintió a la vez placer y pánico mezclados con algo de culpabilidad. Sin embargo, aquello no era culpa suya. Él no le había pedido que lo quisiera. Sabía que estaba dolida, pero aquel dolor era mucho más ligero de lo que sería si él intentara hacer funcionar una relación con ella.

Estaba en su despacho, mirando hacia el mar. Los rayos del sol atravesaban las nubes y se clavaban en la superficie del agua. Y toda la belleza que veía debería ser suficiente para aclararle la cabeza. Pero no lo era.

Solo habían pasado dos días desde su confesión y desde entonces habían estado tratándose con amabilidad, como si fueran dos extraños.

En aquel momento, lo único que le hacía sonreír era Emma. Había entrevistado ya a cuatro niñeras para ella, porque quería encontrar a alguna rápidamente. Cuanto antes lo consiguiera, antes podría marcharse Sadie.

Sadie podría marcharse... Eso era lo mejor para todos, pero no se lo parecía.

Alguien llamó a la puerta del despacho, y él se dio la vuelta.

—Adelante.

Fue ella quien entró, y a él se le aceleró el corazón. Ignoró aquella sensación. Eran solo las hormonas. La lujuria. Llevaba varios días sin tocarla y su cuerpo la echaba de menos. Demonios, sus relaciones sexuales habían sido tan satisfactorias que su reacción le parecía normal. No tenía nada que ver con sus enormes ojos azules, ni con cómo le cantaba a Emma a primera hora de la mañana. Ni con su olor, ni su sabor. Ni con el sonido de su risa, ni el contacto de su piel...

—¿Qué ocurre, Sadie? —le preguntó él, malhumorado.

Ella enarcó una ceja.

—Rick me va a sustituir esta tarde. Yo voy a casa a buscar a Emma. Tiene cita en el pediatra.

Al oírlo, él se irguió.

—¿Qué le pasa?

—No le pasa nada, Ethan. Es una revisión.

Él se calmó y asintió.

—De acuerdo. ¿Puede Rick hacerse cargo de todo?

—Sí, Ethan. Solo tienes que tener paciencia con él al principio.

—No pienso tener contemplaciones, Sadie. Si no puede hacer el trabajo, buscaré a otra persona.

—Puede hacerlo. Tú no te pongas hecho un idiota y no lo asustes.

Él cabeceó.

—Vaya, parece que todavía te sientes libre para decir lo que se te pase por la cabeza, ¿eh?

—Más libre que nunca —respondió ella—. Ahora tengo que irme.

Se marchó. Él se quedó solo otra vez. Demonios.

Aquella tarde encontraron a la niñera.

La elegida tenía un currículum impecable. Se llamaba Teresa Collins y se había formado en una academia de institutrices de renombre internacional. Emma simpatizó inmediatamente con ella y, como Teresa tenía más de cuarenta años, no había peligro de que dejara el trabajo para formar una familia propia. En otras palabras, era todo lo que habían estado buscando.

Sadie estaba en el jardín de Ethan y se dio cuenta de que el muro que iba a servir de valla ya estaba terminado. Medía un metro veinte centímetros de alto y era de ladrillo rojo, y estaba rematado con otros sesenta metros de verja de hierro forjado. Emma iba a estar segura. Y feliz.

A ella le apenaba mucho pensar que no iba a formar parte de la vida de la niña.

—¿Sadie?

Se giró. Ethan se estaba acercando, y ella notó un pinchazo en el corazón. Tenía que irse cuanto antes de allí, por su propio bien.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera? —le preguntó él.

—Estaba mirando la valla. Han hecho un buen trabajo.

—Sí. La vista se ha estropeado, pero la niña estará segura.

—¿Qué querías, Ethan?

—Le he asignado a Teresa la habitación contigua a la de Emma.

—Perfecto.

—Y le he pedido a Julie que empiece a hacer tu equipaje.

Ella tomó aire y notó el olor a mar. También notó que se le formaba un doloroso nudo en la garganta.

—Vaya, es muy... repentino.

—Es lo mejor que podemos hacer.

—Que puedes hacer tú, querrás decir —respondió ella suavemente—. El modo fácil.

Ethan se metió las manos en los bolsillos del pantalón y adquirió una expresión neutra.

—El trato era que te quedarías hasta que encontráramos una niñera. Teresa ya está aquí, así que...

—Tienes razón, Ethan. Ya es hora de que me marche.

Él asintió, y a ella se le encogió el corazón.

—Solo quiero que me prometas una cosa, Ethan: que no vas a ignorar a Emma.

—Pero... ¿por qué iba a hacer algo así?

—Porque sería lo más fácil. Dejársela a Teresa y decirte a ti mismo que es lo mejor que puedes hacer. Pero no es verdad, Ethan. No engañes a Emma y, sobre todo, no te engañes a ti mismo.

—Sadie...

Ella cabeceó. No quería oír lo que él tuviese que decirle, porque sabía que no iba a ser lo que quería oír. Que la quería. Que la necesitaba. Que no le importaban los errores del pasado, y que la deseaba solo a ella.

—Buena suerte, Ethan.

Se dirigió hacia la casa. Esperaba que Julie ya hubiera terminado de recoger su ropa, porque necesitaba salir de allí lo más pronto posible, antes de que su corazón la convenciera de que debía quedarse y luchar por lo que quería.

Durante la semana siguiente, Sadie durmió hasta tarde por las mañanas, pintó el salón de su casa, compró plantas nuevas y fue a ver a sus sobrinos. Durante las visitas, bebía una copa de vino con Gina y lloraba en su hombro. Después, volvía a su casa, un lugar vacío. Trataba de convencerse de que todo mejoraría.

Esperaba que mejorase rápidamente.

—Bueno, ya está bien —dijo Gina mientras servía otras dos copas de vino.

Sadie le dio un sorbito a la suya y observó a su hermano, que estaba envuelto en una nube de humo de la parrilla. Sus hijos estaban jugando en el trampolín del jardín.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo ella riéndose. Mike estaba moviendo un guante de cocina para disipar el humo—. Propongo que salgamos a comprar unos tacos.

—No me refiero al último intento de mi marido por ser Gordon Ramsay —dijo Gina—. Estoy hablando de ti y de tu festival de lamentaciones.

Sadie alzó la nariz, ofendida.

—Yo no me lamento. Estoy de mal humor. Es mucho menos patético.

—Seguro, pero estoy harta, así que he hecho algo al respecto.

—¿Eh? ¿Qué has hecho?

—Te he conseguido una cita con Josh. El bombero que trabaja con Mike. Te hablé de él, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro —dijo Sadie.

Lo recordaba, pero ¿cómo iba a poder interesarse en alguien cuando su mente y su corazón estaban obsesionados con Ethan?

—Habéis quedado mañana para tomar un café por la tarde.

—Oh, Gina... no, creo que no.

—Sadie, llevas... de mal humor más de una semana. Estás enamorada de Ethan, pero no vas a hacer nada al respecto.

—Pero... ¿qué puedo hacer?

—No lo sé. ¿Luchar por lo que quieres?

—Eh... Yo pensaba que eras anti Ethan.

Gina movió la mano.

—Yo estoy en contra de que sufras. Pero, si lo quieres, lucha por él.

—Si no puedes ganar, ¿de qué sirve luchar?

—Y, si te rindes antes de empezar, ¿de qué sirve nada de lo que hacemos? —preguntó Gina. Se quedó callada y dijo—: Lo siento, lo siento. Le prometí a Mike que no iba a entrometerme.

—Ya sabía que era imposible —gritó Mike, desde el jardín.

—Lo oye todo —murmuró Gina. Después añadió, en voz alta—: Mira, si no vas a luchar por Ethan, tienes que convencerte de que hay unos cuantos millones de hombres más en el mundo. Le dije a Josh que te verías con él en CJ's Diner, la cafetería de Seal Beach, para tomar un café mañana por la tarde.

—Ah, gracias. ¿Y le dijiste qué era lo que tenía que pedir para mí?

—Claro. Un café. ¿Es que no estás prestando atención?

Sadie se echó a reír sin poder contenerse. Gina era una fuerza de la naturaleza.

—De acuerdo. ¿A qué hora tengo que estar allí?

—A las cuatro —respondió Gina—. Le dije que, si el café iba bien, así tendríais tiempo para la cena.

—¿Allí o vamos a ir a otro sitio?

—Bueno, eso os lo dejo a vosotros dos.

—¡Ja! Le dio a Josh una lista de restaurantes —gritó Mike, y cerró de golpe la tapa de la parrilla para sofocar las llamas que salían entre la rejilla.

—Solo eran sugerencias —le respondió Gina.

—Te lo agradezco, Gina, pero...

—No digas que no, cariño —le dijo su cuñada, apretándole suavemente la mano—. Dale una oportunidad a Josh. Ve a tomar un café con él y mira a ver qué pasa. ¿Qué mal puede haber en eso?

Ethan quería convencerse de que estaba perfectamente.

Ya no había problemas. Podría concentrarse en el trabajo, una vez que su mundo había recuperado el orden. Sadie ya no estaba allí y no tenía motivos de distracción. Lo único que le obsesionaba ahora era su recuerdo. Sentía su presencia por toda la casa y, en la oficina, las cosas no eran mucho mejor. Casi no podía soportar sentarse tras el escritorio porque no dejaba de acordarse de lo que habían hecho allí. Además, siempre estaba esperando a que ella llamara a la puerta y asomara la cabeza. Sin embargo, era Rick el que estaba en su puesto y, desde luego, no era tan bueno en su trabajo como Sadie.

Solo dos días antes habían perdido un envío completo de bombones a causa del descarrilamiento de un tren en Denver. Sadie habría resuelto la situación en una hora, pero, en aquella ocasión, él mismo había tenido que resolver la crisis porque Rick no sabía lo que tenía que hacer.

Era lógico que la echara de menos, ¿no? Ella era la que había dirigido su vida y su despacho impecablemente durante cinco años, así que, naturalmente, su ausencia podía desequilibrarlo todo.

—¿A quién estás intentando engañar? —se preguntó en voz baja, y tiró el bolígrafo sobre el escritorio—. No es la eficiencia de Sadie lo que echas de menos. Es todo.

—Hablar solo no es buena señal.

Ethan frunció el ceño y alzó la vista. Gabe estaba junto a la puerta.

—Pues lo tradicional es llamar a la puerta antes de entrar a un despacho.

—Soy un rebelde —dijo Gabe, mientras se acercaba al escritorio y se sentaba frente a él—. He venido a contarte que Jeff ha ideado otros cuantos sabores que estarán listos dentro de una semana para que los pruebes.

—Bien —dijo Ethan. Recogió el bolígrafo y fingió que leía los documentos que tenía ante sí—. Estupendo. Adiós.

Gabe se echó a reír.

—Yo también te quiero —dijo—. ¿Sabes? Antes era más fácil llevarse bien contigo. Me pregunto por qué sería. Oh... ¿quizá por influencia de Sadie?

—Será mejor que te calles ahora mismo —respondió Ethan, fulminándolo con la mirada.

—No.

—No es asunto tuyo.

Gabe se encogió de hombros.

—No, pero tú me ayudaste cuando la situación con Pam se vino abajo, así que he pensado en devolverte el favor.

—Yo no necesito ayuda.

—Pam y yo nos hemos comprometido.

Ethan se alegró mucho por su hermano, pero no quería oír hablar de amor ni de matrimonio. No quería que nadie le recordara a Sadie.

—Enhorabuena. Márchate.

Gabe se echó a reír de nuevo.

—El hermano de Pam, Tony, ha estado trabajando con Jeff en la línea nueva de bombones. Es tan buen chocolatero como nos dijo Richard.

—Ya lo sé.

Habían acordado que usarían la tienda de los Donatello para lanzar su nueva gama de bombones. Gabe y Pam estaban dirigiendo el proyecto, y Tony y Jeff eran los maestros chocolateros. Si las cosas funcionaban, abrirían más tiendas dedicadas a las novedades y especialidades en chocolate. Él quería hablar de todo aquello con Sadie, quería saber cuáles eran sus sugerencias e ideas. Sadie era muy inteligente y no temía expresar su opinión, y él lo echaba mucho de menos.

—Ayer me encontré con Sadie.

Ethan alzó la cabeza bruscamente, y Gabe sonrió.

—He captado toda tu atención, ¿eh?

—¿Qué tal está? —preguntó Ethan.

—Muy bien, contenta. Estaba con su cuñada en Bella Terra, de compras. Ya sabes, ese centro comercial que hay en Huntington Beach.

—Sí, claro que lo sé —gruñó Ethan.

Así que Sadie ya estaba por ahí de compras, divirtiéndose. Seguramente, ya salía con otros hombres. ¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Con quién saldría?

Al pensar en que ella pudiera estar con otro hombre, se quedó helado. Pero era él quien la había dejado, ¿no? Así que tenía que vivir con esa decisión.

—¿Cuándo vas a reconocer que la echas de menos?

—¿Cuándo vas a dejar de inmiscuirte en mi vida?

—Cuando dejes de estropearlo todo —dijo Gabe—. Sadie no es Marcy.

Ethan respiró profundamente para contener el enfado que sintió cuando su hermano le mencionó el pasado. Pero Gabe tenía razón. Sadie no era como Marcy. Sadie siempre había sabido decirle lo que pensaba, mientras que Marcy se había guardado todo el resentimiento y no le había dicho que era infeliz. Pero ni Sadie ni Marcy tenían la culpa. El problema estaba en él. Era él quien había echado a perder su matrimonio, así que, ¿cómo podía saber que no iba a suceder lo mismo con Sadie?

—Y tú tampoco eres el mismo —continuó Gabe—. Sadie te ha hecho cambiar. Solo te lo digo porque, a lo mejor, quieres arreglar las cosas antes de perder la oportunidad.

—Creo que ya es demasiado tarde —murmuró Ethan al recordar la mirada de Sadie antes de marcharse de su casa. Él la había dejado, no solo eso, prácticamente la había echado por la puerta. ¿Por qué iba a querer volver?

—Sí —dijo Gabe—. Puede ser. Pero no lo sabrás con certeza hasta que lo intentes.

Capítulo Once

Josh era muy agradable.

En cualquier otro momento de su vida, Sadie habría disfrutado en su compañía. Era guapísimo, tenía una sonrisa preciosa y un enorme sentido del humor. Era todo lo que ella hubiera podido desear. Pero, por desgracia, no era Ethan.

Estaban sentados en la cafetería, y ella estaba escuchándolo mientras él hablaba de la estación de bomberos y de sus compañeros. Sin embargo, en vez de asimilar lo que decía, estaba pensando en Ethan, preguntándose cómo estaba y cómo se sentía. ¿La echaría de menos, o estaba contento de haberse librado de ella?

—Eh —dijo Josh—. ¿Estás bien?

—Oh, lo siento —respondió Sadie—. Sí, estoy bien. Creo que solo estoy un poco cansada.

El sol inundaba el local, entrando a través de los cristales del escaparate. Al otro lado de la calle estaba el mar, que brillaba bajo la luz invernal. La playa estaba llena de gente paseando. Nada podía impedirles a los californianos disfrutar de la playa.

Ojalá ella estuviera de humor para disfrutar de cualquier cosa.

—Podemos quedar cualquier otro día —le dijo Josh, encogiéndose de hombros.

—No, de veras. Estoy bien —respondió ella, y se apartó a Ethan de la cabeza para poder concentrarse en el hombre que tenía delante—. Y estoy interesada. Cuéntame por qué decidiste hacerte bombero.

Él sonrió.

—Siempre es peligroso pedirle a un hombre que hable de sí mismo. Podemos hacerlo durante horas.

Sadie se echó a reír.

—Estoy dispuesta a arriesgarme.

Entonces, Josh empezó a hablar, y ella intentó prestarle toda su atención. Sin embargo, menos de un minuto después, Ethan entró en la cafetería con Emma en brazos, y ella se hundió.

Josh siguió la dirección de su mirada, volviéndose hacia atrás. Después, se giró de nuevo hacia ella.

—¿Qué ocurre? Parece que has visto un fantasma.

—Más o menos —dijo ella. Se le había acelerado el corazón y se le había secado la boca.

Ethan se acercó a su mesa e, ignorando a Josh, dijo:

—Cariño, no hagas esto.

—¿El qué? —balbuceó Sadie.

—Sé que hemos tenido problemas —respondió él, como si ella no hubiera hablado—, pero tenemos un bebé. No puedes irte así como así. Te necesitamos.

Ella se sintió horrorizada, avergonzada, y se levantó. No podía creer que Ethan estuviera haciendo algo así. Y ¿cómo la había encontrado? Pensó en Gina y dio un gruñido. Era la única forma.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Josh, mirando a Sadie con severidad—. ¿Quiénes son? Gina no me dijo nada de que tuvieras un bebé. Ni un marido.

—¿No sabe nada de nosotros? —preguntó Ethan, haciéndose el dolido—. Aunque estés enfadada conmigo, no puedes olvidarte de nuestra hija. Sadie, te necesitamos. Vuelve a casa.

—Oh, por el amor de Dios —dijo ella, mirando a Ethan con furia. Se giró hacia Josh—. No es mi hija...

Pero, justo en aquel momento, Emma se puso a chillar de alegría y se arrojó hacia Sadie. Sadie la tomó en brazos, instintivamente, y la estrechó contra sí. Estaba tan calentita y olía tan bien, que Sadie sonrió sin poder evitarlo. La bebé le dio palmaditas en las mejillas. Oh, cuánto la había echado de menos.

—Bueno —dijo Josh—. No sé lo que está pasando aquí, pero me voy.

Se levantó de su sitio, dejó un billete de diez dólares en la mesa y añadió:

—Buena suerte con lo que sea todo esto.

Cuando se marchó, Sadie miró a Ethan y frunció el ceño al ver que tenía una gran sonrisa.

—¿Por qué has hecho eso?

Él se encogió de hombros.

—Necesitaba librarme de él, y no sabía si me lo ibas a permitir —respondió, y se sentó frente a ella.

—Tienes razón, no te lo habría permitido —dijo Sadie mientras mecía a Emma—. Ha sido Gina la que te dijo dónde podías encontrarme, ¿no?

—Sí, pero antes también me ha dicho lo que pensaba de mí. Tiene una gran creatividad para el vocabulario.

Sadie se echó a reír al imaginárselo.

La camarera se acercó y sirvió dos tazas de café. Cuando se quedaron a solas, ella le preguntó:

—¿Por qué has venido aquí? ¿Y por qué has traído a Emma?

—Cuanto tienes que luchar, lo mejor es llevar toda tu munición.

Sadie se quedó desconcertada.

—¿Luchar? ¿A qué te refieres?

—A que quiero que vuelvas.

—¿Que vuelva dónde?

—A trabajar conmigo. Ella suspiró de desilusión.

—No.

—Ya sabía que ibas a decir eso, así que he pensado en doblarte el sueldo.

—No. Ya no quiero trabajar para ti, Ethan.

Sadie se levantó, le devolvió a Emma y tomó su bolso para irse. Le resultó muy difícil separarse de la niña, porque Emma estiró los brazos hacia ella y se echó a llorar.

—Si has venido para eso, has perdido el tiempo.

—No, no por eso —dijo él. También se puso en pie, dejó dinero sobre la mesa y salió con Sadie de la cafetería—. No del todo. Vamos, no podemos hacer esto aquí.

—¿Hacer qué?

Sadie se detuvo en seco en la acera. No iba a continuar andando hasta saber qué se proponía Ethan. Había mucho tráfico, el viento soplaba con fuerza desde el mar y el sol brillaba tanto que tuvo que entrecerrar los ojos.

Él miró a su alrededor y frunció el ceño a causa del gentío y del ruido.

—Bueno, este no es el lugar que habría elegido, pero tengo que decir algo. Sujétame al bebé —dijo, y se la puso en los brazos, así que Sadie no tuvo más remedio que tomar a Emma.

—Te he ofrecido el doble del sueldo y me has dicho que no —comenzó a decir Ethan.

—Claro que no —replicó ella—. Así que no me ofrezcas más dinero.

—¿Y si te ofrezco otra cosa?

—Como, por ejemplo, ¿qué?

—¿Quieres casarte conmigo, Sadie?

De repente, el mundo desapareció a su alrededor. Sadie solo podía ver a Ethan, solo podía oír aquellas palabras que tanto había deseado.

—Sé que no soy precisamente un candidato perfecto —prosiguió él— y reconozco que estaba muy asustado de decirte lo que siento porque no quiero cometer otro error. Pero te quiero. Te quiero tanto que me estoy volviendo loco por no estar contigo.

Sadie inspiró profundamente y contuvo la respiración. Emma apoyó la cabecita en su hombro como si estuviera viendo el espectáculo y estuviera interesada en el final.

—Anoche me di cuenta de una cosa, Sadie. El único error que estaba cometiendo era no casarme contigo. Tú me haces reír y pensar... y me has obligado a quererte, a no poder vivir sin ti.

—Oh, Ethan... —susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora ya puedo decir las palabras —continuó Ethan—. Debería habértelo dicho antes. Pero, si aceptas mi proposición, te diré que te quiero todos los días, muchas veces, tantas, que al final te hartarás de oírlo...

—Eso no sucederá nunca —respondió ella.

—Cásate conmigo y vuelve al trabajo, también. Ella se echó a reír.

—En serio. Quiero que vuelvas al trabajo. Así podré besar a mi secretaria siempre que quiera. Y me salvarás de Rick. Es terrible.

Sin dejar de reírse, Sadie movió la cabeza y se apartó el pelo de la frente. No quería perderse ni un momento de aquello.

—Cásate conmigo, Sadie —dijo él—. He despedido a Teresa.

Ella se quedó sorprendida y abrazó a Emma un poco más.

—¿Por qué? Era perfecta.

—No. No era tú. Solo necesitaba una niñera porque iba a estar a solas con Emma, pero, si nos casamos, podemos cuidarla entre los dos. Y al resto de nuestros hijos. Además, tenemos a Julie para ayudar, ¿no?

—Sí. Juntos. Al resto de sus hijos.

—Si nos casamos...

—Ya. No hables más —dijo ella, y se acercó a él para que las abrazara a las dos. Ethan ya había dicho todo lo que necesitaba oír.

Él las tomó entre sus brazos y las envolvió en su calor, y Sadie pensó que aquel era el mejor momento de toda su vida.

—¿Eso es un sí? —le preguntó Ethan.

—Sí. A todo. Oh, Ethan, quiero estar contigo y con Emma, y quiero tener más hijos. Y quiero mi trabajo.

—Gracias a Dios.

—Pero no va a ser fácil —dijo, mientras él le tomaba una mano y le ponía un anillo de compromiso.

—¿Y quién quiere que las cosas sean fáciles? —preguntó Ethan. Tomó a Emma, le pasó un brazo por los hombros a Sadie y la dirigió hacia el aparcamiento—. ¿Sabes? Cuando nuestros hijos nos pregunten cómo le pedí a su madre que se casara conmigo, tendremos que inventarnos algo más romántico.

—Oh, no, no es necesario —dijo ella—. Ha sido perfecto.

Él le besó la coronilla y respondió:

—Te prometo que seré un buen marido y un buen padre.

—Lo sé —dijo ella, sonriéndole—. Porque yo voy a estar contigo a cada paso del camino.